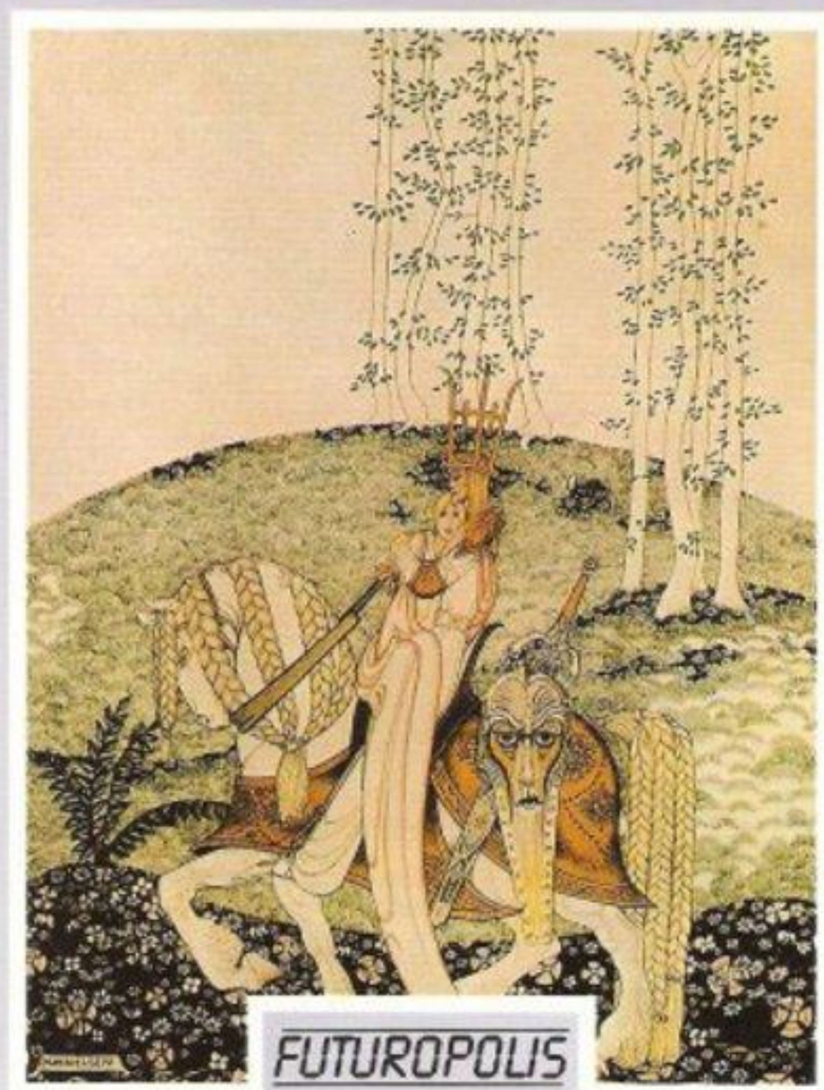
Roger Zelazny

El Signo del Unicornio

Serie Ambar III



FUTUROPOLIS

Miraguano Ediciones

Roger Zelazny

EL SIGNO DEL UNICORNIO

ÁMBAR - 03

Título original: *Sign of the Unicorn*

1975 by Roger Zelazny

Traducción: Elías Sarhan

Para Jadawin y su Demiurgo sin olvidar a Kickhaha.

I

Ignoré las preguntas que había en los ojos del mozo de cuadras mientras bajaba el espantoso paquete y le dejaba mi caballo para que lo cepillara y alimentara. Mi capa no podía ocultar del todo la naturaleza de su contenido mientras me lo echaba por encima del hombro, dirigiéndome hacia la entrada posterior del palacio. El infierno pronto exigiría su paga.

Rodeé el área de ejercicios y me encaminé hacia el sendero que conducía hasta el extremo sur de los jardines de palacio. Había menos ojos por esa ruta. Me verían, pero resultaría mucho menos extraño que ir por la entrada principal, donde siempre hay demasiada gente. Maldición.

De nuevo, maldición. Me encontraba en posesión de un amplio espectro de problemas; y algunos parecían agrandarse. Supongo que era una especie de forma espiritual de interés compuesto.

Había unos pocos paseantes al lado de la fuente, en el extremo del jardín. También pasaba una pareja de guardias entre los arbustos cerca del sendero. Los guardias me vieron aproximarme, mantuvieron una breve discusión, y miraron hacia otro lado. Eran prudentes.

Después de una semana tenía todos los problemas pendientes de resolución y la corte de Ámbar llena de sospechas y desconcierto. Y, en ese momento, surgía algo que aún hacía más peligroso e infeliz el prerreinado de Corwin I… yo.

Era hora de que hiciera lo que ya tendría que haber realizado. Pero, desde el principio, hubo tantas cosas que hacer… Tal como lo veía, nunca llegué a estar inactivo. Me había asignado prioridades que comencé a cumplir. Aunque en ese momento…

Atravesé el jardín, dejando las sombras y entrando en los oblicuos rayos del sol. Subí por la ancha y curva escalera. Un guardia se puso firme cuando entré en el palacio. Me dirigí hacia la escalera de atrás; luego, hasta el segundo piso. Luego al tercero.

Desde la derecha, mi hermano Random salió de su aposento al pasillo.

—¡Corwin! —dijo, estudiando mi cara—. ¿Qué ocurre? Te vi desde el balcón y…

—Dentro —respondí, señalando con mis ojos—. Vamos a tener una conferencia privada. Ahora.

Dudó, observando el bulto que llevaba.

—Celebrémosla dos habitaciones más allá —comentó—. Vialle está aquí.

—De acuerdo.

Fue delante y abrió una puerta. Entré en la pequeña sala de estar, busqué un sitio adecuado y dejé caer el cuerpo.

Random miró el fardo.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó.

—Desenvolver el paquete —le contesté—, y echarle un vistazo.

Se arrodilló y desenrolló la capa. Luego volvió a colocarla como estaba.

—De acuerdo, está completamente muerto —observó—. ¿Cuál es el problema?

—No has mirado lo suficientemente cerca —le dije—. Levántale un párpado. Ábrele la boca y mira los dientes. Toca los espolones en el dorso de la mano. Cuenta las articulaciones de los dedos. Luego me explicas el problema.

Comenzó a hacerlo. Tan pronto como miró las manos, se detuvo y asintió.

—De acuerdo —dijo—. Recuerdo.

—Recuerda en voz alta.

—Ocurrió en la casa de Flora…

—Allí fue donde yo vi por primera vez a alguien parecido —interrumpí—. Aunque iban detrás tuyo. Nunca averigüé por qué.

—Correcto —dijo—. Nunca tuve la oportunidad de contártelo. No llegamos

a estar juntos tanto tiempo. Es extraño… ¿de dónde surgió este?

Vacilé unos segundos, dudando en obligarle a contarme su historia o en contarle yo la mía. Se impuso la mía, ya que me afectaba a mí y era más inmediata.

Suspiré, hundiéndome en una silla.

—Acabamos de perder a otro hermano —dije—. Caine está muerto. Llegué un poco tarde. Esa cosa lo hizo. La quería coger viva, por razones obvias, pero opuso bastante resistencia. No tuve mucha elección.

Silbó suavemente, sentándose en la silla que había frente a mí.

—Ya veo —dijo en voz baja.

Estudié su rostro. ¿Existía la más leve de las sonrisas esperando en las comisuras de su boca para unirse a la mía? Posiblemente.

—No —afirmé llanamente—. Si fuera de otra manera, me hubiera contentado con que dudaras bastante menos de mi inocencia. Te diré lo que realmente ocurrió.

—De acuerdo —dijo—. ¿Dónde está Caine?

—Bajo una capa de hierba, cerca de la Arboleda del Unicornio.

—Hasta aquí ya es bastante sospechoso —añadió—. O lo será para los otros.

Asentí.

—Lo sé. Aunque en el intervalo oculté el cuerpo. No podía traerlo conmigo y responder a todas las preguntas que surgirían. No mientras hubiera hechos importantes, en tu cabeza, que me aguardaran.

—De acuerdo —repitió—. No sé cuan importantes son, pero son tuyos. Mas no me dejes con la incógnita, ¿en? ¿Cómo ocurrió esto?

—Justo después de comer —contesté—. Había comido con Gérard en el puerto. Luego, Benedict me subió a través de su Triunfo. De regreso en mis habitaciones, encontré una nota que, aparentemente, había sido pasada por debajo de la puerta. Me pedía un encuentro privado, por la tarde, en la Arboleda del

Unicornio. Estaba firmada por «Caine».

—¿Tienes la nota todavía?

—Sí —la extraje del bolsillo y se la entregué—. Aquí tienes.

La estudió, sacudiendo la cabeza.

—No sé —dijo— Podría ser su letra, aunque trazada con prisas, pero no creo que lo sea.

Me encogí de hombros. Recogí la nota, la doblé y volví a guardarla en el bolsillo.

—Sea lo que fuere, intenté ponerme en contacto con él por medio de su Triunfo, para ahorrarme el viaje. Pero no respondía. Pensé que, si era tan importante, se debía a que deseaba mantenerlo en secreto. Por lo que cogí un caballo y me puse en camino.

—¿Le dijiste a alguien a dónde te dirigías?

—A nadie. Pero sí decidí exigirle todo lo que pude al caballo, y me dirigí a la cita a toda prisa. No vi cuándo ocurrió, pero le vi yaciendo allí apenas entré en el bosque. Su cuello había sido cortado, y noté movimientos en los arbustos a cierta distancia. Le eché el caballo encima al sujeto, derribándolo; luché con él y tuve que matarlo. No mantuvimos ninguna conversación mientras esto ocurría.

—¿Estás seguro de haber matado al culpable?

—Tan seguro como lo estarías tú bajo tales circunstancias. Sus huellas conducían de vuelta hasta Caine. Tenía manchas de sangre fresca en sus ropas.

—Podrían haber sido de su propia sangre.

—Vuelve a mirar. No tiene ninguna herida. Le rompí el cuello. Justo en ese momento recordé dónde había visto tipos como este con anterioridad, por lo que inmediatamente te lo traje a ti. Pero antes de que me lo cuentes todo, hay algo más, con lo que acabo mi historia —.Extraje una segunda nota y se la pasé—. La criatura la llevaba encima. Supongo que se la quitó a Caine.

Random la leyó, asintiendo, y me la volvió a dar.

—De ti, a Caine, pidiéndole que te encontrara allí. Sí, ya veo. No hace falta decir…

—No hace falta decirlo —acabé—. Y sí se parece mucho a mi escritura… por lo menos a primera vista.

—Me pregunto qué hubiera ocurrido si tú hubieras llegado primero.

—Probablemente nada —dije—. Vivo y sospechoso… parece que es así como me querían. El truco estaba en que llegáramos en el orden adecuado, y tampoco me apresuré lo suficiente como para perderme lo que iba a suceder.

Asintió.

—Aceptando una planificación tan exacta —comentó—, tiene que tratarse de alguien que conozca bien la situación, tal vez del propio palacio. ¿Alguna idea?

Me reí entre dientes y cogí un cigarrillo. Lo encendí y me volví a reír.

—Acabo de regresar. Tú has estado aquí todo el tiempo —observé—. ¿Quién es el que me odia más estos días?

—Esa es una pregunta embarazosa, Corwin —declaró—. Todos tienen razones para culparte. Normalmente, mi candidato sería Julián. Sólo que en este caso no tiene consistencia.

—¿Por qué no?

—El y Caine se llevaban bien; desde hace años. Se protegían mutuamente, y pasaban gran parte de su tiempo juntos. Estaban muy unidos. Julián es frío y mezquino, y sigue tan desagradable como lo recuerdas, pero si alguien le gustaba, ese era Caine. No le creo capaz de lo que dices, ni siquiera para perjudicarte a ti. Después de todo, si eso era lo que quería, hubiera podido encontrar muchas otras maneras de hacerlo.

Suspiré.

—¿Quién es el siguiente?

—No lo sé. Simplemente, no lo sé.

—De acuerdo. ¿Qué clase de reacciones crees que provocará esto?

—Estás en apuros, Corwin. Todo el mundo pensará que lo hiciste tú, sin importar lo que digas.

Asentí, señalé el cadáver. Random negó con la cabeza.

—Ese podría ser algún pobre bastardo que sacaste de la Sombra para cargarle con la culpa.

—Lo sé —dije—. Es gracioso… regresar a Ámbar de la manera en que lo hice, fue el momento ideal para quedarme en una posición de ventaja.

—Un tiempo perfecto —acordó Random—. Ni siquiera tuviste que matar a Eric para conseguir lo que querías. Fue un golpe de suerte.

—Sí. Sin embargo, no es ningún secreto que eso es lo que vine a hacer, y sólo es una cuestión de tiempo que mis tropas —extranjeros, especialmente armados y acuartelados aquí— comiencen a provocar reacciones negativas. Hasta ahora, sólo una amenaza externa me ha salvado de ello. Y también están las cosas de las que soy sospechoso de haber hecho antes de mi retorno… como matar a los cuidadores de Benedict. Y ahora esto…

—Sí —dijo Random—. Lo vi venir tan pronto como me lo dijiste. Cuando tú y Bleys atacasteis hace años, Gérard desplegó parte de la flota para que permaneciera fuera de tu camino. Caine, por el contrario, se enfrentó a ti con sus naves y te obligó a retirarte. Ahora que ya no está, imagino que pondrás a Gérard a cargo de toda la flota.

—¿Y a quién más? Es el único hombre capacitado para el trabajo.

—Sin embargo…

—Sin embargo. Lo reconozco. Si tuviera que matar a alguien para fortalecer mi posición, Caine sería la elección lógica. Esa es la única y maldita verdad.

—¿Cómo te propones llevar este asunto?

—Diciéndole a todo el mundo lo que sucedió, intentando descubrir quién está detrás de esto. ¿Tienes alguna sugerencia mejor?

—He pensado en cómo te podría servir de coartada. Pero no encuentro nada adecuado.

Negué con la cabeza.

—Estás demasiado próximo a mí. No importa lo bien que lo planeemos, probablemente provocaría el efecto contrario.

—¿Has pensado en admitir que lo hiciste?

—Sí. Pero la defensa propia queda descartada. Con la garganta cortada, debió tratarse de un ataque por sorpresa. Y no tengo el estómago suficiente para planear la alternativa de buscar alguna evidencia de que estaba maquinando algo sucio y decir que lo hice por el bien de Ámbar. Me niego rotundamente a fingir que soy culpable bajo esos términos. De esa manera, también acabaría apestando.

—Pero con una fama real de tipo duro.

—No es esa la clase de dureza que deseo para el espectáculo que quiero montar. No, eso queda descartado.

—Eso abarca todo, entonces… o casi.

—¿Qué quieres decir con «o casi»?

Se estudió la uña del dedo pulgar izquierdo entrecerrando los ojos.

—Bueno, se me ocurre que si hay alguien más al que desees quitar del cuadro, este es el momento de considerar que cualquier sospecha puede ser manipulada.

Pensé en ello y acabé mi cigarrillo.

—No está mal —dije—, pero en este momento no puedo perder a ningún otro hermano. Ni siquiera a Julián. Además es hacia él al que menos se le pueden volcar las sospechas.

—No tiene por qué ser de la familia —dijo—. Hay un montón de nobles amberitas por ahí con posibles motivos. Fíjate en Sir Reginald…

—¡Olvídalo, Random! Este plan también queda descartado.

—De acuerdo. Entonces ya he agotado mis pequeñas células grises.

—Espero que no aquéllas que están a cargo de la memoria.

—Muy bien.

Suspiró, estirándose. Se puso de pie, pasó por encima del otro ocupante de la habitación, y se acercó a la ventana. Apartando las cortinas, miró fuera durante un rato.

—Muy bien —repitió—. Hay mucho que contar…

Entonces recordó en voz alta.

II

Mientras que el sexo encabeza muchas listas, todos tenemos otras cosas que nos gusta hacer cuando no lo practicamos. En mi caso, Corwin, hablo de tocar la batería, volar, y el juego… sin ningún orden en especial. Bueno, tal vez el deslizarme por el aire tenga una cierta ventaja —en planeadores, en globos, y otras variaciones—, pero mi estado de ánimo también influye bastante, ¿sabes? Quiero decir que, si me lo preguntas en otro momento, puede que diga alguna de las otras cosas. Depende de lo que más desee en ese momento.

De cualquier manera, hace unos años yo me encontraba aquí, en Ámbar, sin nada especial que hacer. Sólo estaba de visita, molestando a todo el mundo. Papá todavía no había desaparecido, y cuando me di cuenta de que pronto tendría uno de sus estados de ánimo coléricos, decidí que ya había llegado el momento de marcharme. Por un largo tiempo. A menudo me había dado cuenta de que su cariño por mí se incrementaba en función inversa a mi proximidad. Cuando le dije que me marchaba, me dio una preciosa fusta como regalo de despedida, supongo que para mostrarme su afecto. Pero era una fusta muy bonita —engastada en plata y bellamente trabajada—, y yo la utilicé bien. Había decidido ir en busca de un sitio donde todos mis sencillos placeres estuvieran reunidos en un sólo rincón de Sombra.

Fue un largo viaje —no te aburriré con los detalles—, hacia un lugar bastante alejado de Ámbar. Esta vez no buscaba un sitio donde yo fuera especialmente importante.

Eso se puede volver muy aburrido o complicado demasiado deprisa, dependiendo de lo responsable que desees ser. Yo sólo quería permanecer en el anonimato y simplemente divertirme.

Texorami era una ciudad portuaria abierta, con sofocantes días y largas noches, buena música, juego durante las veinticuatro horas, duelos cada mañana y sangrientas peleas en los intervalos para todos aquellos que no podían esperar. Y las corrientes aéreas eran fabulosas. Tenía un pequeño planeador con una vela roja con el que solía hacer *surf* aéreo cada dos días. Esa era la buena vida. Tocaba la batería a todas horas en un pequeño sótano río arriba, donde las paredes sudaban casi tanto como los clientes, y donde el humo solía danzar alrededor de las luces como ríos de leche. Cuando terminaba de tocar, iba en busca de algo de acción,

usualmente mujeres o cartas. Y a ello me dedicaba el resto de la noche. ¡Maldito Eric! Esto me recuerda lo que ocurrió una vez… En una ocasión me acusó de hacer trampas con las cartas, ¿lo sabías? Y es lo único en lo que no haría trampas. Cuando juego a las cartas, lo hago seriamente. Soy bueno y también tengo suerte. Eric no era lo uno ni tenía lo otro. Su problema es que era bueno en tantas cosas, que ni siquiera se hubiera reconocido a sí mismo que había algunas cosas que otra gente podría hacer mejor que él. Si continuamente le ganabas en algo, tenías que estar haciendo trampas. Una noche, inició una desagradable pelea sobre ello —podría haber sido seria—, pero Gérard y Caine la pararon. Hay que concederle eso a Caine. Se puso de mi lado esa vez. Pobre hombre… Una asquerosa manera de desaparecer… Su garganta… Bueno, continuando, allí estaba yo en Texorami, haciendo música y con mujeres, ganando a las cartas y cabalgando el cielo. Palmeras y flores que florecían por la noche; con un montón de buenos olores portuarios —especias, café, alquitrán, sal—, ya sabes. Gente agradable, mercaderes y peones… la misma gente corriente que hay en la mayoría de los lugares. Marineros y todo tipo de viajeros entrando y saliendo. Gente como yo, viviendo en el mismo borde de las cosas. Pasé casi dos años en Texorami, y fui feliz.

No mantuve mucho contacto con los otros. Apenas saludos de postal a través de los Triunfos muy de vez en cuando, y eso era todo. Ámbar estaba bastante alejada de mi mente. Todo esto cambió una noche, cuando estaba allí sentado, con una escalera en la mano, y el tipo que había enfrente mío tratando de decidir si era un farol o no.

La Jota de Diamantes comenzó a hablarme.

Sí, es así como empezó. De todas formas, yo me encontraba en un estado mental bastante raro. Acababa de finalizar unas actuaciones bastante calientes y todavía me encontraba un poco colgado. También estaba muy agotado después de haber volado todo el día, habiendo dormido muy poco la noche anterior. Luego pensé que era nuestro contacto mental, asociado a los Triunfos, lo que me hizo verlo de esa manera cuando alguien intentó ponerse en contacto conmigo y yo tenía cartas en la mano… sin importar qué clase de cartas fueran. Normalmente, nosotros recibimos el mensaje cuando tenemos las manos vacías, a no ser que seamos los que llamamos. Pudo haber sido que mi subconsciente —que en ese momento estaba bastante desperdigado— simplemente se agarró, por costumbre, al punto de apoyo disponible en ese momento. Sin embargo, más tarde tuve la ocasión de dudarlo. De verdad, no lo sé.

La Jota dijo: «Random». Entonces la cara se puso borrosa y dijo:

«Ayúdame». Por ese entonces, yo ya había comenzado a sospechar quién era el que llamaba, pero la llamada era muy débil. Todo era muy débil. Entonces la cara se transformó y vi que estaba en lo cierto. Era Brand. Tenía un aspecto horrible, y parecía estar encadenado o atado a algo. «Ayúdame», dijo de nuevo.

—Estoy aquí —comenté—, ¿qué ocurre?

—… prisionero —dijo, y algo más que no pude entender.

—¿Dónde? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No puedo traerte —dijo—. No tengo Triunfos, y estoy muy débil. Tendrás que venir por el camino más largo…

No le pregunté cómo se estaba comunicando conmigo sin mi Triunfo. Averiguar dónde se encontraba parecía ser lo más importante. Le pregunté cómo podía localizarlo.

—Observa bien —respondió—. Recuerda cada detalle. Tal vez sólo pueda mostrártelo una vez. Ven armado…

Entonces vi el paisaje… por encima de su hombro, a través de una ventana, más allá de una almena. No estoy seguro. Era un lugar muy alejado de Ámbar, en algún sitio donde las sombras enloquecen. Más lejos de lo que me gustaría ir. Era horrible, con los colores cambiando continuamente. Un día sin un sol en el cielo, con rocas deslizándose como planeadores a través de la tierra. Brand estaba allí, en una especie de torre: un pequeño punto de estabilidad en aquel escenario cambiante. Lo recordé todo, perfectamente. Y recordé al ser enroscado alrededor de la base de la torre. Brillante. Prismático. Parecía ser una especie de cosa que vigilaba… demasiado brillante para que yo pudiera distinguir su contorno, para que pudiera adivinar su verdadero tamaño. En ese momento todo desapareció. Inmediatamente. Y allí estaba yo, mirando otra vez la Jota de Diamantes, con el tipo enfrente mío sin saber si volverse loco por mi largo trance o estar preocupado de que me hubiera dado una especie de ataque.

Después de acabar esa mano, dejé de jugar y me marché a casa. Me tendí sobre la cama, fumando y pensando. Cuando yo me marché, Brand todavía estaba en Ámbar. Pero más tarde, cuando pregunté por él, nadie tenía idea de su paradero. Había estado sufriendo uno de sus ataques de melancolía, y un buen día

se le pasó y se marchó. Y eso fue todo. Tampoco hubo ningún mensaje… de ninguna de las partes. No contestaba ni hablaba.

Traté de dilucidar todos los ángulos. Él era inteligente, muy inteligente. Posiblemente la mejor mente de la familia. Se encontraba en problemas y me había llamado. Eric y Gérard eran más del tipo heroico, y probablemente les hubiera encantado la aventura. Creo que Caine hubiera ido sólo por curiosidad; Julián, únicamente por quedar mejor que los demás y por anotarse algunos puntos con Papá. O, lo más fácil de todo, Brand podría haber llamado a Papá. Él hubiera hecho algo. Pero me había llamado a mí. ¿Por qué?

Entonces se me ocurrió que quizá uno o más de los otros eran los responsables de sus actuales circunstancias. Supongamos que, por ejemplo, Papá se estuviera volcando hacia él… Bueno, ya sabes. Elimina lo positivo. Y si hubiera llamado a Papá, habría quedado como un debilucho.

Así que acallé mi impulso de pedir refuerzos. Me había llamado a mí, y existía la fuerte posibilidad de que yo fuera el culpable de que le cortaran el cuello si dejaba que alguien en Ámbar supiera que había podido enviar un mensaje. De acuerdo. ¿Qué ganaba yo con ello?

Si estaba de por medio la sucesión y él se había convertido de verdad en el favorito, pensé que podría hacer cualquier cosa menos dejar que me recordara por esto. Y si no lo era… Había muchas otras posibilidades. Tal vez había descubierto alguna trama rara en casa, algo que podría ser bueno conocer. Incluso tenía curiosidad por saber los medios que había utilizado para comunicarse sin los Triunfos. Así que fue curiosidad, me dije, lo que me decidió a ir solo y tratar de rescatarlo.

Desempolvé mis propios Triunfos e intenté llegar hasta él de nuevo. Como se podía esperar, no hubo respuesta. Entonces me sumergí en un profundo sueño que duró toda la noche, y lo volví a intentar por la mañana una vez más. Otra vez, nada. Muy bien, no tenía ningún sentido seguir esperando.

Limpié mi espada, comí una suculenta comida, y me vestí con mi ropa de batalla. También cogí un par de gafas oscuras y de cristales polarizados. No sabía cómo funcionarían allí, pero esa cosa-vigilante era terriblemente brillante… y nunca está de más llevar cualquier cosa extra que se te ocurra. Por eso mismo también cogí una pistola. Tenía la impresión de que sería inútil, y tuve razón. Pero, como ya he dicho, nunca se sabe hasta que lo intentas.

La única persona de la que me despedí fue otro batería, ya que me acerqué para darle mis tambores antes de marcharme. Sabía que los cuidaría bien.

Entonces bajé hasta el hangar, preparé el planeador, me elevé y cogí una corriente de aire adecuada. Parecía la manera correcta de hacerlo.

No sé si tú has planeado alguna vez a través de la Sombra, pero… ¿no? Bueno, me dirigí directamente hacia el mar hasta que la tierra sólo fue una línea borrosa hacia el norte. Luego las aguas se volvieron de color cobalto debajo mío, alzándose y sacudiendo centelleantes barbas. El viento cambió, y yo giré. Me dirigí con las olas hacia la playa, bajo un cielo que se oscurecía. Cuando volví a la boca del río, Texorami ya había desaparecido, emplazada por millas de pantano. Planeé en las corrientes hacia el interior, cruzando y recruzando el río en nuevos giros que había ido adquiriendo. Habían desaparecido los embarcaderos, los senderos, el tráfico. Los árboles eran altos.

Las nubes, de color rosa, perla y amarillo, se agrupaban en el oeste. El sol iba de una fase naranja hasta el rojo y luego hasta el amarillo. ¿Sacudes la cabeza? Es que el sol era el precio de las ciudades. Teniendo prisa, quito la población… o, más bien, voy por la ruta elemental. A esa altura, los aparatos hubieran sido una distracción. Dar textura a la Sombra se convierte en todo para mí. Eso es lo que te quería dar a entender cuando te dije que ir planeando es un poco diferente.

Bueno, continué hacia el oeste hasta que los bosques dieron lugar a una superficie verde, que rápidamente se desvaneció, dispersada, cambiando a color marrón, alquitrán, amarillo. Ligera y desmenuzable, con manchas irregulares. El precio de eso fue una tormenta. La navegué tanto como pude, hasta que los rayos se aproximaron demasiado a mí y tuve miedo de que las ráfagas de viento resultaran excesivamente fuertes para mi pequeño planeador. Entonces la hice desaparecer rápidamente, pero como resultado conseguí otro paisaje verde debajo. Sin embargo, saqué el planeador de la tormenta con un sol amarillo sólido y brillante a mi espalda. Después de un tiempo, hice que el paisaje se volviera nuevamente desértico debajo mío, severo y ondulante.

Entonces el sol se encogió y filamentos de nube cruzaron su faz, borrándolo poco a poco. Ese fue el atajo que me llevó más lejos de Ámbar de lo que jamás había estado.

Luego no hubo sol; sin embargo, la luz permaneció igual de brillante aunque ahora extraña, sin dirección. Engañaba a mis ojos, eliminaba la perspectiva. Bajé

más, limitando mi alcance de visión. Pronto aparecieron a la vista grandes rocas, y luché por las formas que recordaba. Gradualmente, éstas aparecieron.

El efecto de distorsión y fluidez era más fácil de conseguir bajo estas condiciones, pero realizarlo era físicamente desconcertante. Incluso me hacía más difícil juzgar mi efectividad pilotando el planeador. Había descendido más de lo que creía y casi choqué con una de las rocas. Hasta que por fin se alzó el humo y las llamas danzaron a mi alrededor como las recordaba… de acuerdo a ningún esquema en particular, simplemente surgiendo aquí y allí de grietas, agujeros, entradas de cuevas. Los colores comenzaron a comportarse extrañamente, tal como recordaba de mi breve visión. Luego aparecieron las rocas en movimiento… a la deriva, navegando como botes sin timón en un lugar donde chocan con los arcoiris.

Por ese entonces, las corrientes aéreas se habían vuelto locas. Un viento ascendente detrás del otro, como fuentes continuas. Luché contra ellas lo mejor que pude, pero supe que no podría mantener las cosas intactas mucho más tiempo a esa altitud. Me elevé a una distancia considerable, olvidándome de todo por un rato mientras intentaba estabilizar el planeador. Cuando volví a mirar abajo, fue como observar una regata de icebergs. Las rocas se deslizaban por los alrededores, chocando, retrocediendo, volviendo a chocar, girando, trazando arcos en los espacios abiertos, atravesándose mutuamente. Entonces recibí de lleno una ráfaga de viento, obligándome a descender, a subir… y vi que un puntal había cedido. En ese momento le di a las sombras el último empujón, y volví a mirar. La torre apareció en la distancia, con algo más brillante que el hielo o el aluminio estacionado en su base.

Aquel último empujón lo había conseguido. Me di cuenta de ello justo en el momento de sentir que los vientos comenzaban a interpretar una pieza desagradable. En ese instante se rompieron varios cables y comencé a caer… era como navegar por una catarata. Conseguí alzar el morro del planeador, vi hacia dónde nos dirigíamos y salté en el último momento. El pobre planeador fue pulverizado por uno de esos patéticos monolitos. Me sentía peor por el planeador que por los arañazos, contusiones y golpes recibidos.

Pero tuve que ponerme rápidamente en movimiento, ya que una colina se dirigía a toda velocidad hacia mí. Los dos giramos, afortunadamente en direcciones diferentes. No tenía la más mínima idea de cuál podía ser su fuerza motriz, y al principio no pude distinguir ningún esquema en sus movimientos. El suelo variaba de cálido a extremadamente caliente bajo mis pies, y junto con el humo y los ocasionales chorros de fuego, había escapes de un asqueroso gas de

numerosas aberturas en el suelo. Me apresuré hacia la torre, siguiendo un curso necesariamente irregular.

Me llevó un buen rato cubrir esa distancia. Cuánto, no estoy seguro, ya que no tenía manera de medir el paso del tiempo. Aunque por ese entonces comencé a darme cuenta de algunas regularidades interesantes. Primero, las piedras más grandes se movían a mayor velocidad que las pequeñas. Segundo, parecían estar en órbita las unas de las otras en algún lugar: ciclos dentro de ciclos dentro ciclos, las más grandes alrededor de las más pequeñas, ninguna inmóvil jamás. Tal vez la principal fuente de movimiento era una mota de polvo o una sola molécula. Yo no tenía ni tiempo ni ganas de dedicarle mi atención para determinar el centro del asunto. Pero con esto en mente pude observar lo suficiente, mientras me movía, para anticipar gran parte de su choques.

Ahora bien, fuera cual fuere la razón, las rocas evitaban la torre. Ésta parecía estar situada sobre una colina, pero al aproximarme me di cuenta de que sería más correcto decir que las rocas habían excavado una enorme cuenca a poca distancia. Sin embargo, desde el lado en que me encontraba no podía decir si el efecto era el de una isla o el de una península.

Me lancé a través del humo y los escombros, evitando los chorros de llamas que salían de las grietas y los agujeros. Finalmente, trepé por la pendiente, alejándome del camino principal. Entonces, durante unos instantes, me agarré a un punto justo debajo de cualquier línea de visión desde la torre. Revisé mis armas, controlé mi respiración, y me puse las gafas. Todo listo: de un salto llegué a la cima, donde permanecí agachado.

Sí, las gafas funcionaban. Y sí, la bestia esperaba.

Daba espanto verla, ya que en algunos aspectos era casi hermosa. Tenía el cuerpo de una serpiente, tan grande en su centro como un barril, con una enorme cabeza con forma de martillo sacaclavos, pero un poco ahusada en la parte del hocico. Los ojos eran de un verde muy pálido. Y era tan transparente como el cristal, con líneas muy finas que parecían indicar escamas. Fuera lo que fuese lo que fluía por sus venas, también era bastante transparente. Podías mirarla directamente y ver sus órganos… opacos o nebulosos, sea cual fuere el caso. Casi podías perder la concentración viendo cómo funcionaba ese bicho. Y tenía una crin densa, como cerdas de cristal, en torno a la cabeza y cubriéndole el cuello. Su movimiento al verme (alzó esa cabeza, adelantándola) fue como el fluir del agua… parecía agua viva, un río sin lecho y sin bancos. Sin embargo, lo que casi me

congeló, fue que pude ver dentro de su estómago. Había un hombre parcialmente digerido allí.

Alcé la pistola, apunté al ojo más cercano y apreté el gatillo.

Ya te dije que no funcionó. Así que la arrojé a un lado, di un salto a mi izquierda y me lancé sobre el lado derecho de la bestia, apuntando directamente al ojo con mi espada.

Sabes lo difícil que es matar reptiles de ese tamaño. Inmediatamente decidí tratar de dejarla ciega, cortándole la lengua como primera medida. Una vez hecho esto, como soy bastante rápido con los pies, quizá tuviera posibilidades de golpearla repetidamente en la cabeza hasta cercenársela. También esperaba que se encontrara un poco pesada, ya que aún estaba haciendo la digestión.

Si entonces estaba pesada, me alegré de no haber llegado antes. Apartó la cabeza fuera de la trayectoria de mi espada, y me lanzó un golpe mientras yo recuperaba el equilibrio. Su hocico pasó por mi pecho, y fue como si hubiera recibido de lleno un martillazo.

Me tiró al suelo completamente extendido.

Continué rodando para mantenerme fuera de su alcance, deteniéndome al borde mismo del terraplén. Me puse de pie mientras se desenroscaba, arrastrando un montón de peso en mi dirección; entonces se alzó y preparó su cabeza otra vez, a unos cinco metros por encima de mí.

Sé con maldita seguridad que Gérard hubiera elegido ese momento para atacar. El gran bastardo hubiera avanzado con esa monstruosa espada que tiene y hubiera cortado en dos a la cosa. Entonces probablemente se hubiera derrumbado encima de él, llena de espasmos, y él hubiera salido sólo con unas pocas magulladuras. Tal vez sangrando por la nariz. Benedict no habría fallado el golpe al ojo. Tendría uno en cada bolsillo y estaría jugando al fútbol con la cabeza mientras componía una nota al pie para Clausewitz. Pero ellos son los tipos verdaderos de héroes. Yo, simplemente permanecía allí de pie manteniendo la punta de mi espada hacia arriba, con las dos manos en la empuñadura, los codos en mis caderas, y la cabeza tan apartada de su camino como me era posible. Hubiera preferido salir corriendo y dar por terminado el trabajo. Sólo que sabía que si lo intentaba, esa cabeza me hubiera caído encima, aplastándome.

Los gritos que provenían del interior de la torre me indicaban que había sido

visto, pero no pensaba apartar los ojos de la cosa para ver qué era lo que ocurría. Entonces comencé a maldecir a la bestia. Quería que lanzara su golpe y acabar con el asunto, de una u otra manera.

Cuando por fin lo hizo, aparté mis pies y giré el cuerpo, colocando la punta de la espada en línea con mi blanco.

Mi lado izquierdo quedó parcialmente entumecido por el golpe, y me sentía como si me hubieran clavado treinta centímetros en el suelo. No sé cómo, pero pude permanecer de pie. Sí, lo había hecho todo a la perfección. La maniobra salió exactamente como yo esperaba.

Salvo por parte de la bestia.

No cooperaba, ya que no emitía ningún espasmo de muerte.

De hecho, empezaba a alzarse.

También se llevó mi espada con ella. La empuñadura sobresalía de la cuenca de su ojo izquierdo, y la punta salía como otra cerda entre la crin en la parte de atrás de su cabeza. Tenía la sensación de que el grupo de ataque estaba perdido.

En ese momento comenzaron a aparecer figuras —lenta, precavidamente— de una abertura en la base de la torre. Estaban armadas y tenían un aspecto desagradable; tuve el presentimiento de que no estaban de mi lado.

De acuerdo, sé cuándo es el momento de dejarlo y esperar una mejor racha otro día.

—¡Brand! —grité—. ¡Soy Random! ¡No puedo llegar hasta ti! ¡Lo siento!

Entonces di media vuelta y corrí, saltando por encima del borde hasta el lugar donde las rocas hacían esas cosas tan raras. Me pregunté si había elegido el mejor momento para descender.

Como tantas cosas, la respuesta era sí y no.

No era el tipo de salto que, por muchas razones, me gustaría hacer, salvo por las que ahora me obligaban a ello. Aterricé vivo, pero eso era lo único que se podía decir. Estaba aturdido, y durante un buen rato pensé que me había roto el tobillo.

Lo que me obligó a ponerme en movimiento otra vez, fue un crujido que venía desde arriba y la sacudida de la grava a mi alrededor. Cuando me reajusté las gafas y miré hacia arriba, vi que la bestia había decidido descender y acabar el trabajo.

Se deslizaba por la pendiente, arrastrando su cuerpo fantamal, con la zona de su cabeza oscurecida y opaca por los efectos de mi espada.

Me senté. Logré ponerme de rodillas. Me toqué el tobillo, descubriendo que no podía usarlo. Y tampoco había nada a mi alrededor que me sirviera como muleta. Muy bien. Entonces me arrastré. Lejos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ganar todo el terreno que pudiera y pensar a toda velocidad mientras lo hacía.

La salvación era una roca… una de las más pequeñas, de las más lentas, sólo del tamaño de una camioneta en marcha. Cuando vi que se aproximaba se me ocurrió que, si podía subirme a ella, tendría un medio de transporte. También quizás un poco de seguridad. Las que eran realmente grandes y más rápidas, parecían ser las que recibían la mayor parte del castigo.

Con esto en mente, observé a las grandes que venían con la mía, calculé sus senderos y velocidades, traté de medir el movimiento de todo el sistema, y me apresté al esfuerzo para cuando llegara el momento. También escuchaba a la bestia aproximándose, oía los gritos de las tropas desde el borde del risco, y me pregunté si alguien ahí arriba me daba alguna posibilidad, y cuál podría ser ésta.

Cuando llegó el momento, me lancé. Dejé atrás la primera roca grande sin ningún problema, pero tuve que esperar a que pasara la siguiente. Me atreví a cruzar el camino de la última. Tenía que hacerlo, si quería llegar a tiempo.

Llegué al punto adecuado en el momento preciso, me agarré de los asideros que había estado viendo, y fui arrastrado unos seis metros antes de que pudiera alzarme del suelo. Entonces me lancé a su incómoda superficie, me tumbé y mira atrás.

Había estado cerca. Y todavía lo estaba, ya que la bestia me perseguía, con su ojo bueno observando las grandes rocas.

Desde arriba escuché un alarido de decepción. Entonces los tipos comenzaron a bajar por la pendiente, gritando lo que yo creí eran gritos de aliento a la criatura. Comencé a darme masajes en el tobillo. Traté de relajarme. La bestia logró atravesar la primera gran roca, pasando por detrás, cuando ésta completaba

su primera órbita.

¿Cuánto podría alejarme por la Sombra antes de que me alcanzara?, me pregunté. Cierto, había un movimiento constante, un cambio en las texturas…

La cosa esperó a la segunda roca, se escurrió detrás de ella, y me persiguió otra vez, acercándose.

Sombra. Sombra, en el ala…

Los hombres por ese entonces estaban en la base de la pendiente. La bestia esperaba la apertura —que sería la próxima vez— para entrar en el satélite interior. Sabía que podía alzarse lo suficiente como para atraparme en mi posición elevada.

¡…cobra vida y aplasta a la criatura!

Girando y deslizándome, cogí en mis manos el material de la Sombra, hundiéndome en la sensación que emanaba de ella, y trabajé con las texturas de lo posible a lo probable a lo real, sintiendo que se aproximaba con el más ligero de los giros; entonces le di ese estímulo necesario en el momento adecuado…

Por supuesto, apareció por el lado ciego de la bestia. Era una enorme mole de roca que se acercaba casi fuera de control…

Hubiera sido más elegante aplastarla entre dos rocas. Sin embargo, no tenía tiempo para finezas. Simplemente hice que le pasara por encima y la dejé allí, sacudiéndose en el tráfico de granito.

Pero momentos después, inexplicablemente, el aplastado y enredado cuerpo se alzó repentinamente por encima del suelo y se alejó hacia el cielo, retorciéndose. Continuó alejándose, sacudido por los vientos, haciéndose más pequeño, más pequeño, desapareciendo.

Mi propia roca me alejaba de allí, lenta, continuamente. Todo el esquema estaba a la deriva. Los tipos de la torre en ese momento se agruparon y decidieron perseguirme. Se apartaron de la base de la pendiente, abriéndose camino a través de la llanura. Pero algo me decía que esto no presentaba ningún problema. Yo cabalgaría mi montura rocosa a través de la Sombra, dejándolos a mundos de distancia. Este era, de lejos, el curso de acción más fácil que se me abría. Sin duda, atacarlos por sorpresa hubiera sido bastante más difícil que hacerlo con la bestia. Después de todo, esta era su tierra y estaban en mejores condiciones físicas que yo.

Me quité las gafas y tanteé otra vez mi tobillo. Me puse de pie un momento. Me dolía bastante, pero soportaba mi peso. Me tumbé nuevamente y me puse a pensar en lo que había ocurrido. Había perdido mi espada y me encontraba en un estado bastante malo. En vez de continuar con la aventura bajo estas condiciones, supe que estaba haciendo lo más sabio y seguro alejándome de aquel infierno. Había obtenido el suficiente conocimiento del terreno y sabía que las condiciones para mis posibilidades serían mejores la próxima vez. De acuerdo…

El cielo se hizo más claro encima mío, los colores y las sombras perdieron algo de su hábito arbitrario y sin rumbo. Las llamas comenzaron a apagarse a mi alrededor. Bien. Las nubes empezaron a encontrar su camino en los cielos. Excelente. Pronto apareció un brillo localizado detrás de un banco de nubes. Estupendo. Cuando desapareciera, una vez más colgaría de los cielos un sol.

Miré hacia atrás y quedé sorprendido al ver que todavía me perseguían. Tal vez se debiera a que no me había encargado adecuadamente de sus análogos en este trozo de Sombra. Nunca es bueno asumir que lo has controlado todo cuando tienes prisa. Así que…

Cambié otra vez. La roca gradualmente alteró su curso, cambió de forma, perdió a sus satélites, y comenzó a avanzar en una línea recta hacia lo que se convertiría en el oeste. Por encima de mí, las nubes se dispersaron y dejaron pasar los rayos de un pálido sol. Empezamos a coger velocidad. Esto eliminaría a mis perseguidores. Con toda certeza me había trasladado a un lugar diferente.

Pero no lo había hecho. Cuando volví a mirar, todavía me perseguían. Cierto, había ganado algo de distancia sobre ellos, pero el grupo continuaba detrás mío.

Bueno, de acuerdo.

Cosas como esta ocurren a veces.

Había dos posibilidades: con mi mente todavía perturbada por todo lo ocurrido, seguramente no lo había hecho de la manera idónea y los arrastré conmigo; o había mantenido una constante cuando debería haber suprimido una variable… esto es, cambiar a otro lugar e inconscientemente necesitar que el elemento de persecución estuviera presente: eran sus dobles de esta Sombra que todavía me perseguían.

Masajeé mi tobillo un poco más. El sol comenzó a brillar en la gama del

naranja. Un viento procedente del norte levantó una pantalla de polvo y arena a mi espalda, quitándome al grupo de la vista. Continué velozmente hacia el oeste, donde ahora había crecido una línea de montañas. El tiempo estaba en una fase de distorsión. Sentía mi tobillo un poco mejor.

Descansé un rato, ya que mi roca era razonablemente cómoda. No tenía ningún sentido que me metiera en una carrera infernal cuando todo parecía estar desarrollándose suavemente. Me acomodé con las manos detrás de mi cabeza, y contemplé cómo se acercaban las montañas. Pensé en Brand y en la torre. Sí, ese era el lugar; todo era exactamente igual que en la visión que él me había dado. Salvo por los guardias, claro. Decidí que atravesaría el trozo de Sombra adecuado, reclutaría una pequeña tropa que me fuera leal, y entonces volvería y les daría un poco de infierno. Sí, y luego todo estaría bien…

Después de un rato me estiré, di la vuelta hasta quedar apoyado en mi estómago y miré atrás. ¡Maldita sea si todavía no me perseguían! Incluso habían ganado algo de terreno.

Naturalmente, me enfurecí. ¡Al demonio con la huida! Estaban pidiendo su merecido, y ya era hora de que lo consiguieran.

Me puse de pie. Mi tobillo estaba mejor, sólo un poco entumecido. Alcé los brazos y busqué las sombras que quería. Las encontré.

Lentamente la roca se apartó de su curso recto, trazando un arco, girando hacia la derecha. La curva se estrechó. Giré a través de una parábola y me dirigí hacia ellos, incrementando la velocidad a medida que me acercaba. No tenía tiempo de crear una tormenta a mi espalda, aunque pensé que ése habría sido un buen detalle si hubiera podido hacerlo.

Mientras caía sobre ellos —casi había dos docenas—, con buen sentido comenzaron a dispersarse. Pero algunos no pudieron hacerlo. Realicé otra curva y volví a atacarlos tan pronto como pude.

Quedé sorprendido ante la visión de varios cadáveres que se alzaban en el aire a toda velocidad chorreando sangre.

Unos pocos habían sobrevivido a mi primer ataque y se encaramaban a la roca. Uno de ellos, cerca del borde, lo consiguió y extrajo su espada, abalanzándose sobre mí. Bloqueé su brazo, le quité el arma y lo arrojé lejos de la roca. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de esos espolones en el dorso de sus manos. Me

había cortado con uno de ellos.

En aquel momento yo era el blanco de un número de misiles de curiosa forma que venían de abajo, mientras otros dos tipos alcanzaban mi plataforma, dando la impresión de que unos cuantos más podrían llegar a conseguirlo también.

Bueno, incluso Benedict a veces se retira. Al menos les había dado a los supervivientes algo que recordar.

Me olvidé momentáneamente de las sombras y lancé un golpe desde mi costado, cortándole el brazo con que manejaba la espada a un tipo a la vez que le daba una patada en el estómago; me agaché para evitar el corte que me lanzaba el otro y le di una estocada entre las piernas. Éste también se cayó de la roca.

Había cinco más intentando trepar hasta la plataforma y, nuevamente, navegábamos hacia el oeste; los que quedaban con vida, aproximadamente unos doce, se estaban reagrupando en la arena a mi espalda, con un cielo lleno de tipos chorreantes que flotaban a la deriva por encima de ellos.

Tuve ventaja sobre el siguiente tipo, pues lo cogí a medio camino del borde. Uno menos, sólo quedaban cuatro.

Sin embargo, mientras me encargaba de ese, tres más habían logrado trepar, simultáneamente, en tres puntos diferentes.

Me arrojé sobre el más próximo y lo despaché, pero los otros dos consiguieron subir, lanzándose sobre mí mientras mataba al otro. Cuando me defendía de su ataque, el último también lo logró, uniéndose a ellos.

No eran tan buenos, pero el espacio se estaba atestando y había un montón de puntas y bordes afilados que me pasaban por todos lados. Continué parando sus golpes mientras me movía, intentando que se molestaran entre sí con cierto éxito. Cuando pude tenerlos en la posición más idónea para mi ataque, me lancé sobre ellos. Recibí un par de cortes —había abierto mi defensa para poder atacarlos— pero, a cambio de mis dolores, partí un cráneo por la mitad. El tipo al que había matado se cayó por el borde y arrastró a otro con él en una confusión de miembros y armaduras.

Desafortunadamente, el bastardo egoísta se había llevado mi espada en su cráneo roto. Definitivamente era mi día de perder espadas, y me pregunté si mi horóscopo lo habría mencionado si hubiera pensado en mirarlo antes de partir. De

cualquier manera, me moví rápidamente para evitar la estocada del último tipo. Al hacerlo resbalé en un poco de sangre y fui patinando hasta el borde de la roca. Si me caía por ese lado, ésta pasaría como un arado por encima mío, dejando allí mismo a un Random muy aplanado, como una alfombra exótica que intrigara y deleitara a futuros viajeros.

Mientras me deslizaba, busqué con las manos algún asidero, y el tipo dio unos rápidos pasos hacia mí, alzando su espada para darme lo que yo le había dado a su compañero.

Pude agarrarme a su tobillo, consiguiendo frenar agradablemente mi caída… y maldita sea si alguien no eligió ese momento para tratar de ponerse en contacto conmigo a través de los Triunfos.

—¡Estoy ocupado! —grité—. ¡Llama más tarde!

Y mi propio movimiento se vio detenido cuando el tipo perdió el equilibrio con un ruido estruendoso, y cayó de la roca patinando.

Intenté alcanzarlo antes de que cayera para convertirse en otra alfombra, pero no fui lo suficientemente rápido. Había querido salvarlo para interrogarlo. Sin embargo, era más que satisfactorio que yo siguiera vivo. Volví de nuevo hasta el centro de la plataforma para observar y meditar.

Los supervivientes todavía me seguían, pero yo tenía suficiente ventaja. Por el momento no tenía que preocuparme de ningún otro grupo de abordaje. Bien. Una vez más me dirigía hacia las montañas. Estaba empapado de sudor y sangre. Mis heridas me estaban molestando. Estaba sediento. Pronto, pronto, decidí, tendría que llover. Ocúpate de eso antes que de cualquier otra cosa.

Por lo que comencé los actos preliminares para conseguir un cambio en ese sentido: el cielo se oscureció a medida que las nubes crecían, agrupándose.

En algún momento del proceso me perdí, y tuve un sueño inconexo en el cual alguien trataba de entrar en contacto conmigo otra vez, pero sin conseguirlo. Dulce oscuridad.

Desperté a la lluvia, repentina y dura. No podía saber si la oscuridad en el cielo era de la tormenta, la noche, o de ambas. Pero hacía más frío; estiré mi capa y me tumbé allí con la boca abierta. Periódicamente estrujaba la capa para quitarle el agua. Pronto mi sed se vio saciada y comencé a sentirme limpio otra vez. La roca

estaba muy resbaladiza, por lo que me daba miedo caminar sobre ella. Las montañas estaban mucho más cerca, con sus cimas bañadas por frecuentes relámpagos. En la otra dirección todo estaba demasiado oscuro como para que pudiera ver si todavía mis perseguidores seguían allí. Era demasiado duro el viaje como para que hubieran podido mantener su persecución, pero muy pocas veces es una buena política basarte en suposiciones cuando viajas a través de la Sombra. Estaba un poco irritado conmigo mismo por haberme dormido, pero como no ocurrió nada malo, me envolví en mi empapada capa y decidí perdonarme. Tanteé en busca de algunos cigarrillos que había traído conmigo y descubrí que la mitad de ellos habían sobrevivido. Después del octavo intento, manipulé lo suficiente la Sombra para conseguir fuego. Entonces me quedé simplemente sentado allí, fumando y con la lluvia cayendo sobre mí. Era una buena sensación, y por unas horas no me moví para cambiar nada.

Cuando la tormenta finalmente acabó, y el cielo apareció claro, me envolvió una noche llena de extrañas constelaciones. Aunque era hermosa, del modo que pueden serlo las noches en el desierto. Mucho más tarde, detecté una suave inclinación del terreno hacia arriba, y mi roca comenzó a perder velocidad. Algo comenzó a suceder en relación con las reglas físicas que pudieran controlar la situación. Quiero decir que la pendiente no era tan pronunciada para que pudiera afectar nuestra velocidad tan radicalmente como lo había hecho. No quería manipular la Sombra en una dirección que probablemente me hubiera apartado de mi camino. Quería llegar a terrenos más familiares tan rápidamente como fuera posible… quería encontrar mi camino hasta un lugar donde mis intuiciones de los eventos físicos tuvieran más de una probabilidad de ser correctas.

Así que hice que la roca frenara, bajando de ella cuando lo conseguí, y continué subiendo la pendiente a pie. Mientras avanzaba, jugué con el juego de la Sombra que todos aprendimos cuando éramos niños. Deja atrás algún obstáculo —un árbol escuálido, un grupo de piedras—, y haz que el cielo sea diferente de un extremo al otro. Gradualmente comencé a reponer las constelaciones conocidas. Supe que bajaría por una montaña diferente de la que había subido. Mis heridas todavía palpitaban, pero el tobillo ya había dejado de molestarme, salvo por una ligera rigidez. Estaba descansado. Sabía que podía continuar durante un buen rato. Todo parecía estar bien otra vez.

Fue una larga escalada, con una inclinación que cada vez se hacía más pronunciada. Pero al fin encontré un sendero, y eso hizo que las cosas fueran más fáciles. Continué subiendo ininterrumpidamente bajo cielos que ahora eran familiares, decidido a no detenerme hasta no acabar la ascensión. A medida que

bajaba, mis ropas cambiaron para adecuarse a la Sombra: llevaba ahora unos vaqueros y una chaqueta. Escuché a un búho cerca, y desde una larga distancia debajo y detrás mío vino lo que podría haber sido el aullido de un coyote. Estas señales de un lugar más familiar me hicieron sentir de alguna manera seguro, exorcizando cualquier vestigio de desesperación que pudiera quedar de mi huida.

Una hora o así más tarde, cedí a la tentación de manipular la Sombra sólo un poco. No era tan improbable que un caballo estuviera perdido por estas colinas, y, por supuesto, lo encontré. Después de unos diez minutos de hacernos amigos montaba a pelo y avanzaba hacia la cima de una manera más cómoda. El viento sembraba escarcha en nuestro sendero. Apareció la luna y lo iluminó.

Para ser breve, cabalgué toda la noche, atravesando la cima y comenzando el descenso bastante antes del amanecer. Mientras bajaba, la montaña se volvió más vasta a mi alrededor, siendo este, por supuesto, el mejor momento para que ocurriera. El paisaje era verde de este lado, y estaba dividido por una bien cuidada autopista, acentuado por esporádicas viviendas. A partir de ese momento todo comenzó a desarrollarse de acuerdo con mi deseo.

El comienzo de la mañana: me encontraba al pie de las colinas, y ya había transformado mi vaquero en un pantalón de color caqui y la chaqueta en una camisa de brillantes colores. A una gran altura, un avión de línea regular atravesó el aire, moviéndose hacia el horizonte. Había pájaros que cantaban a mi alrededor, y el día era suave y soleado.

Fue en ese momento cuando escuché mencionar mi nombre y sentí el contacto del Triunfo una vez más. Detuve al caballo y respondí.

—¿Sí?

Era Julián.

—Random, ¿dónde te encuentras? —preguntó.

—Bastante lejos de Ámbar —repliqué—. ¿Por qué?

—¿Ha intentado alguno de los otros ponerse en contacto contigo?

—Últimamente, no —respondí—. Pero alguien trató de comunicarse conmigo ayer. Aunque estaba ocupado y no pude hablar.

—Ese fui yo —dijo—. Vivimos una situación aquí que más vale que conozcas.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En Ámbar. Últimamente han ocurrido cosas extrañas.

—¿Por ejemplo?

—Papá lleva fuera un tiempo inusualmente largo. Y nadie sabe dónde está.

—Ya lo ha hecho antes.

—Pero no sin dejar instrucciones y a alguien encargado de las cosas. Siempre lo hizo en el pasado.

—Cierto —dije—. ¿Pero cuan largo es «largo»?

—Más de un año. ¿No sabías nada de esto?

—Sabía que se había marchado. Gérard me lo dijo hace tiempo.

—Entonces añade más tiempo a eso.

—Capto la idea. ¿Cómo habéis estado funcionando?

—Ese es el problema. Hemos resuelto los problemas a medida que surgían. Como siempre, Gérard y Caine han estado a cargo de la Armada, bajo las órdenes de Papá. En su ausencia, han tomado sus propias decisiones. Yo me hice cargo otra vez de las patrullas de Arden. Aunque no existe ninguna autoridad central que arbitre, que tome decisiones políticas, que hable en nombre de toda Ámbar.

—Así que necesitamos a un regente. Supongo que podemos sortearlo a las cartas.

—No es así de sencillo. Creemos que Papá ha muerto.

—¿Muerto? ¿Por qué? ¿Cómo?

—Hemos intentado ponernos en contacto con él a través de su Triunfo. Lo hemos hecho cada día durante más de un año. Nada. ¿Tú qué piensas?

Asentí.

—Puede estar muerto —dije—. Tal vez haya descubierto algo. Sin embargo, la posibilidad de que se encuentre en problemas —digamos que esté prisionero en algún sitio— no hay que descartarla.

—Una celda no frenaría a los Triunfos. Nada puede hacerlo. Pediría ayuda en el momento que hiciéramos contacto.

—No discutiré eso —comenté. Pero pensé en Brand al decirlo—. Aunque quizás mantenga una resistencia deliberada al contacto.

—¿Para qué?

—No tengo idea, pero es posible. Ya sabes que le gusta mantener en secreto algunas cosas.

—No —dijo Julián—, eso no tiene consistencia. Nos hubiera dado algunas instrucciones para el reino, o algo parecido.

—Bueno, sean cuales fueren las razones y la situación, ¿qué propones que hagamos?

—Alguien tiene que ocupar el trono —respondió.

Desde que comenzamos nuestra conversación supe que acabaría en esto… aunque creo que ninguno de nosotros jamás pensó que la oportunidad llegaría a presentarse, que Papá desapareciera.

—¿Quién? —pregunté.

—Eric parece la mejor elección —replicó—. De hecho, lleva meses gobernando ya. Sólo es cuestión de formalizarlo.

—¿No sólo como regente?

—No sólo como regente.

—Ya veo… Sí, creo que han ocurrido muchas cosas en mi ausencia. ¿No podría ser Benedict otro candidato?

—Parece ser feliz donde se encuentra, en algún lugar de la Sombra.

—¿Y qué piensa de todo esto?

—No está totalmente a favor. Pero no creemos que oponga resistencia. Sería demasiado desestabilizador para el reinó.

—Ya veo —dije otra vez—. ¿Y Bleys?

—Eric y él mantuvieron unas discusiones bastante acaloradas al respecto, pero las tropas no aceptan órdenes de Bleys. Se marchó de Ámbar hace unos tres meses. Puede que cause algunos problemas luego, pero ya estamos prevenidos.

—¿Gérard? ¿Caine?

—Aceptan a Eric. Yo me estaba preguntando cuál es tu posición.

—¿Y qué hay sobre las chicas?

Se encogió de hombros.

—Tienden a aceptar las cosas con tranquilidad. No habrá problemas.

—No creo que Corwin…

—No se sabe nada más. Está muerto. Todos lo sabemos. Su monumento ha acumulado hiedra y polvo durante siglos. Y si no es así, entonces se ha separado intencionadamente de Ámbar para siempre. Por ese lado tampoco habrá problemas. Ahora me pregunto dónde estás tú.

Me reí entre dientes.

Asentí.

—Siempre he sido capaz de detectar la dirección del viento —dije—. No suelo navegar contra él.

Sonrió y me devolvió el gesto.

—Muy bien —dijo.

—¿Cuándo es la coronación? Doy por hecho que seré invitado.

—Por supuesto, por supuesto. Pero aún no se ha fijado una fecha. Todavía hay que arreglar unas cuantas cosas sin importancia. Tan pronto como se establezca una fecha, uno de nosotros se pondrá en contacto contigo.

—Gracias, Julián.

—Adiós, por ahora, Random.

Y yo permanecí sentado allí, preocupado durante un buen rato, antes de comenzar nuevamente el descenso. Me preguntaba cuánto tiempo había estado Eric planeándolo. Gran parte de las intrigas políticas en Ámbar se podrían haber concretado bastante rápidamente, pero el esquema de la situación parecía el producto de algo pensado y planeado a largo plazo. Naturalmente, tenía bastantes sospechas de que él estuviera involucrado en la situación de Brand. Tampoco podía evitar pensar en la posibilidad de que tuviera algo que ver con la desaparición de Papá. Para ello se necesitaba un buen plan y una trampa a prueba de todo. Pero cuanto más pensaba en ello, menos limpio lo veía. Incluso resucité algunas viejas especulaciones de que tuviera algo que ver con tu desaparición, Corwin. Pero, a primera vista, no había nada que pudiera hacer con respecto a todo este asunto. Supuse que tendría que estar de acuerdo, si era allí donde estaba el poder. Tenía que mantener su gracia.

Sin embargo… Uno siempre debería conseguir más de una versión de cualquier historia. Intenté pensar quién podría darme una mejor. Mientras pensaba en esto, algo llamó mi atención cuando miré hacia atrás, apreciando desde otra perspectiva las alturas por las que todavía no había acabado de descender.

Vi un grupo de jinetes cerca de la cima. Aparentemente habían atravesado el mismo sendero que yo tomara. No pude determinar su número exacto, pero era sospechosamente próximo a la docena… un número demasiado grande como para que sólo estuvieran dando un paseo por ese lugar y a esa hora. Al ver que bajaban por el mismo camino que había cogido yo, tuve un mal presentimiento. ¿Y si…? ¿Y si eran los mismo tipos? Estaba seguro de que eran ellos.

Individualmente, no eran rivales para mi. Incluso dos juntos no habían demostrado ser gran cosa. Pero ahí no radicaba el problema. Lo verdaderamente escalofriante es que si eran los que yo creía, entonces no sólo nosotros teníamos la habilidad de manipular la Sombra a nuestro antojo. Esto significaba que había alguien más capaz de realizar la proeza que toda mi vida pensé que era de exclusiva propiedad de nuestra familia. Súmale a esto el hecho de que tenían

prisionero a Brand, y entonces sus planes con respecto a la familia —al menos parte de ellos— no tenían el aspecto de ser benévolos. Repentinamente me puse a sudar al pensar en enemigos que podían emular nuestro poder más importante.

Por supuesto, estaban demasiado lejos de mí como para que pudiera saber con certeza que realmente se trataba de ellos. Pero tienes que explorar todas las posibles contingencias si quieres seguir ganando en el juego de la supervivencia. ¿Podría Eric haber encontrado, o entrenado o creado a algunos seres especiales para que le sirvieran en este asunto en particular? Junto contigo y Eric, Brand era el que tenía uno de los más firmes derechos a la sucesión… sin olvidarnos de ti, ¡maldición! ¡Infiernos! Ya sabes lo que quiero decir. Tengo que hablar de ello para mostrarte cómo pensaba en ese entonces. Eso es todo. Volviendo a lo que te decía, Brand también tenía una base sólida para reclamar el trono si hubiera estado en una posición desde donde poder ejercer cierta presión. Al estar tú fuera del cuadro, él era el principal rival de Eric para darle un toque legal a las cosas. Sumando eso a su difícil situación, y a la capacidad de esos tipos para viajar por la Sombra, Eric cobraba una apariencia mucho más siniestra para mí. Estaba mucho más asustado por esos pensamientos que por los mismos jinetes, aunque éstos tampoco me llenaban de alegría. Decidí que tenía que hacer varias cosas deprisa: hablar con alguien más en Ámbar, y hacer que me trasladara allí con el Triunfo.

De acuerdo. Tomé una decisión rápida. Gérard parecía la elección más segura. Él es razonablemente abierto y neutral. Honesto con respecto a casi todo, y por lo que había dicho Julián, el papel de Gérard en todo el asunto era más bien pasivo. Esto es, no se resistiría activamente al movimiento de Eric. No querría causar muchos problemas, lo cual no quiere decir que lo aprobara. Posiblemente, sólo se comportaba como el viejo y conservador Gérard. Habiendo decidido esto, fui a coger los Triunfos y casi lancé un alarido. No estaban.

Busqué en todos los bolsillos de mi ropa. Los había cogido cuando dejé Texorami. Podía haberlos perdido en cualquier sitio en la pelea del día anterior. Ciertamente recibí unos cuantos golpes y sacudidas, y había sido un día perfecto para perder cosas. Lancé una compleja letanía de maldiciones y clavé mis talones en los flancos del caballo. Ahora tendría que moverme velozmente y pensar con más rapidez. Lo primero era que llegara a un sitio agradable, atestado y civilizado, donde cualquier asesino de una especie más primitiva estuviera en desventaja.

Mientras bajaba a toda velocidad, dirigiéndome al camino, trabajé con el material de la Sombra… de manera bastante sutil esta vez, utilizando cada gramo de habilidad que pudiera dominar. Sólo había dos cosas que deseara en ese

momento: un ataque definitivo a mis perseguidores y un sendero rápido hacia un lugar donde pudiera refugiarme.

El mundo relució y tuvo una última sacudida, convirtiéndose en la California que había estado buscando. Un sonido áspero, mezclado con gruñidos, llegó hasta mis oídos; era el último toque que quería. Mirando hacia atrás, vi como, casi a cámara lenta, se soltaba una parte de la cara del risco, cayendo directamente hacia los jinetes. Un momento después, había desmontado y caminaba en dirección a la carretera, con mi ropa incluso más fresca y de mejor calidad. No estaba seguro de la época del año, y me pregunté cómo sería el clima en Nueva York.

Antes de que pasara mucho tiempo, se aproximó el autobús que había anticipado y lo detuve. Localicé un asiento al lado de una ventana, fumé durante un rato, y observé el paisaje. Poco después, me quedé dormido.

No me desperté hasta después del mediodía, cuando llegamos a una terminal. Por entonces estaba famélico, y decidí que sería mejor que comiera algo antes de coger un taxi hasta el aeropuerto. Me compré tres hamburguesas con queso y un par de cervezas con los viejos dólares de Texorami. Que me sirvieran y acabar la comida me llevó unos veinte minutos. Al salir del bar, vi que había una parada de taxis en la puerta. Aunque antes de coger uno, hice una importante parada en los servicios de hombres.

En el peor momento que puedas imaginar, se abren seis cabinas a mi espalda y sus ocupantes se lanzan sobre mí. No había manera de malinterpretar los espolones en el dorso de sus manos, las gigantescas mandíbulas y los ardientes ojos. No sólo me habían alcanzado, sino que ahora iban vestidos con las mismas ropas aceptables que llevaban todos en la vecindad. Con esto desapareció cualquier duda que pudiera tener con respecto a su poder sobre la Sombra.

Afortunadamente, uno de ellos fue más rápido que el resto. También, y debido a mi tamaño, posiblemente todavía no se habían dado totalmente cuenta de mi fuerza. Cogí a ese y lo mantuve a la distancia de los brazos; evitando las bayonetas de sus manos, lo acerqué, levantándolo y arrojándolo contra los otros. Entonces di media vuelta y salí corriendo. Rompí la puerta en la salida. Ni siquiera me detuve para cerrarme la cremallera hasta que no me subí al taxi e hice que el conductor dejara gran parte de sus ruedas pegadas en el asfalto.

Basta. Ya no era sólo un refugio lo que tenía en mente. Quería hacerme con un paquete de Triunfos y hablar con alguien más de la familia sobre estos tipos. Si

eran las criaturas de Eric, ellos debían saberlo. Y si no lo eran, también Eric lo sabría. Si podían atravesar la Sombra de esta manera, tal vez otros también pudieran. Fuera lo que fuere lo que representaban, algún día podrían constituir una amenaza para la misma Ámbar. Suponiendo —sólo suponiendo— que no hubiera nadie involucrado en casa. ¿Y si Papá y Brand eran las víctimas de un enemigo totalmente insospechado? Entonces es que algo poderoso y amenazador andaba suelto, y yo había entrado de lleno en ello. Ese podría ser un excelente motivo para perseguirme tan implacablemente como lo hacían. Querrían cogerme a toda costa. Mi mente estaba desenfrenada. Incluso podrían estar empujándome hacia una especie de trampa. No necesariamente estos que yo veía tenían que ser los únicos.

Frené mis emociones. Debes tratar con estas cosas una a una, me dije. Eso es todo. Separa los sentimientos de las especulaciones, o al menos mantenlas por separado. Esta es la Sombra de la hermana Flora. Vive al otro lado del continente, en un sitio llamado Westchester. Ve a un teléfono, averigua su número en información, y llámala. Dile que es urgente y pídele refugio. No te puede negar eso, incluso si te odia. Luego coge un avión y lárgate rápidamente de aquí. Si quieres, especula en el camino, pero ahora mantente frío.

Así que telefoneé desde el aeropuerto y respondiste tú, Corwin. Esa fue la variable que rompió todas las posibles ecuaciones que yo había estado barajando… el que tú aparecieras en ese momento, en ese lugar, y en ese punto de los acontecimientos. Cuando me ofreciste protección, la acepté, y no sólo por la protección en sí, probablemente me hubiera podido encargar yo mismo de esos seis tipos. Pero matarlos ya no era lo más importante. *Pensé que los habías mandado tú*. Pensé que te habías mantenido oculto todo este tiempo esperando el momento adecuado para entrar en escena. Ahora, decidí, estabas preparado. Esto explica todo. Tú habías capturado a Brand e ibas a utilizar a tus zombis que podían atravesar la Sombra con el propósito de volver y coger a Eric con los pantalones caídos. Yo quería estar de tu lado porque odiaba a Eric, y porque sabía que eras un buen estratega y normalmente conseguías lo que te proponías. Mencioné la persecución de los tipos a través de la Sombra para ver cuál sería tu comentario. Y el hecho de que no dijeras nada no probaba gran cosa. Supuse que, o bien eras muy astuto, o bien no tenías manera de saber dónde había estado yo. También pensé en la posibilidad de caer en una trampa tendida por ti, pero ya me encontraba en problemas y no veía que yo fuera tan importante para el balance de poder, como para que quisieras deshacerte de mí. Así que cogí el avión y fui hasta donde estabas tú. Y maldita sea si esos seis no cogieron luego otro avión y me siguieron. ¿Me está dando una escolta?, me pregunté. Mejor que no empezara a hacer más

suposiciones. Los despisté cuando aterrizamos, y me dirigí a la casa de Flora. Entonces actué como si ninguna de mis suposiciones fuera correcta, esperando hasta ver qué es lo que harías tú. Cuando me ayudaste a eliminar a los tipos, quedé realmente desconcertado. ¿Estabas verdaderamente sorprendido, o era una farsa, y sacrificabas a unas pocas de tus tropas para mantenerme en la ignorancia? De acuerdo, me dije, no sabes nada, coopera, averigua qué es lo que tiene en mente. Yo era una coartada perfecta para ese acto que te sacaste de la manga con el fin de cubrir la condición en la que se encontraba tu memoria. Cuando supe la verdad, ya era demasiado tarde, íbamos camino de Rabma, y nada de esto hubiera significado algo para ti. Después, una vez que tuvo lugar su coronación, no me interesó contárselo a Eric. En ese entonces yo era su prisionero, y no me encontraba bien predispuesto hacia él. Incluso se me ocurrió que esta información algún día podría tener cierto valor —tal vez me pudiera proporcionar la libertad otra vez—, si se materializaba esa amenaza. Con respecto a Brand, dudo que alguien me hubiera creído; e incluso si alguien lo hacía, yo era el único que sabía cómo llegar hasta esa Sombra. ¿Te imaginas a Eric comprando esa información a cambio de mi libertad? Se hubiera reído y me habría dicho que me inventara una historia mejor. Y nunca más volví a tener noticias de Brand. Los demás tampoco parecen haber tenido noticias suyas. Las posibilidades más claras son que ahora esté muerto… o eso es lo que yo creo. Y esta es la historia que nunca llegué a contarte. Deduce tú el significado que pueda tener.

III

Estudié a Random, recordando lo buen jugador de cartas que era. Aunque miraba su rostro, no podía decir si estaba mintiendo, total o parcialmente, como no hubiera podido decirlo si hubiera mirado, digamos, la Jota de Diamantes. Ese también fue un buen detalle. Había suficientes detalles como ese en su historia como para hacerla verosímil.

—Parafraseando a Edipo, Hamlet, Lear, y a todos esos tipos —dije—, me hubiera gustado saber esto mucho antes.

—Esta es la primera ocasión que he tenido realmente de contártelo.

—Cierto —acordé—. Desafortunadamente, tu relato no sólo no aclara las cosas, sino que incluso las complica más. Aquí estamos ante un camino negro que llega hasta el pie de Kolvir. Este camino atraviesa la Sombra, y ha habido criaturas que lo han podido atravesar con éxito para atacar Ámbar. No conocemos las fuerzas exactas que hay detrás, pero, obviamente, son malignas, y parecen estar creciendo en poderío. Últimamente me siento bastante culpable con respecto a ello, ya que creo que está relacionado con mi maldición. Sí, lancé una sobre nosotros. Aunque con maldición o sin ella, tarde o temprano todo se hace tangible y puede ser combatido, y es exactamente lo que vamos a hacer. Durante toda esta semana he intentado descubrir la parte que juega Dará en el asunto. ¿Quién es realmente? ¿Qué es? ¿Por qué estaba tan ansiosa de atravesar el Patrón? ¿Cómo lo consiguió? Y esa última amenaza suya… «Ámbar será destruida». Parece más que una simple coincidencia que esto ocurriera al mismo tiempo que lanzábamos el ataque sobre el camino negro.

No lo veo como un suceso aislado, sino como perteneciente a la misma trama. Y todo parece estar relacionado con el hecho de que hay un traidor en algún lugar de Ámbar… la muerte de Caine, las notas… Hay alguien aquí que está ayudando a un enemigo externo o ese mismo alguien está detrás de todo. Y ahora, debido a su intervención, todo se une con la desaparición de Brand —señalé el cadáver con mi pie—. También es como si la muerte de Papá, o su ausencia, fuera parte de esta trama. Aunque si es así, entonces se convertiría en una conspiración de gran envergadura… con cada detalle minuciosamente planeado a lo largo de muchos años.

Random inspeccionó un armario en la esquina; sacó una botella y un par de copas. Las llenó y me alcanzó una, luego volvió a sentarse en su silla. Dedicamos un brindis silencioso a la futilidad.

—Bueno —dijo—, intrigar es el pasatiempo favorito de aquí, y ya sabes que todo el mundo ha tenido el tiempo suficiente para hacerlo. Los dos somos demasiado jóvenes para recordar a los hermanos Osric y Finndo, quienes murieron por el bien de Ámbar. Pero la impresión que obtengo al hablar con Benedict…

—Sí —dije—… es que hicieron algo más que desear el trono, por lo que fue necesario que murieran valientemente por Ámbar. Yo también lo he oído. Tal vez sea así, tal vez no. Nunca lo sabremos con seguridad. Sin embargo… Sí, has recalcado un punto, aunque casi no era necesario. No dudo que ya se ha intentado antes, y no me atrevería a excluir a ninguno de nosotros en esta intriga, pero, ¿quién? Estaremos en seria desventaja hasta que no lo averigüemos. Cualquier movimiento externo que hagamos, probablemente sólo pueda dirigirse contra una parte de la bestia… Aporta alguna idea.

—Corwin —dijo—, siendo franco, podría aportar motivos para cualquiera de nosotros… incluido yo mismo, en mi situación de prisionero. De hecho, habría sido estupendo. Me hubiera encantado aparentar impotencia mientras que por detrás movía los hilos que hacían que los demás bailasen. Aunque a cualquiera de nosotros le hubiera encantado. Todos tenemos nuestros motivos, nuestras ambiciones. Y durante estos años hemos tenido el tiempo y las oportunidades para haberlo planeado y realizado. No, buscar sospechosos es la manera errónea de encararlo. Todos encajamos aquí en esa categoría. Pensemos, en cambio, qué es lo que distinguiría a un individuo así, aparte de los motivos y las oportunidades. Diría que buscáramos los métodos utilizados.

—De acuerdo. Comienza.

—Alguno de nosotros sabe más que el resto sobre el funcionamiento de la Sombra… sus interioridades, el por qué y el cómo. También tiene aliados, conseguidos en algún lugar bastante alejado. Esta es la combinación que ha hecho caer sobre Ámbar. Ahora bien, no hay nada que nos permita observar a una persona y decir si posee este conocimiento especial y las adecuadas habilidades. Pero consideremos dónde pudo haberlas conseguido. Podría ser que simplemente las aprendiera en algún sitio lejos en la Sombra, por sus propios medios. O podría haberlas estudiado todo este tiempo aquí, mientras Dworkin todavía vivía.

Bajé los ojos a mi copa. Dworkin todavía podía estar vivo. Él me había proporcionado el medio para escapar de las mazmorras de Ámbar… ¿hacía cuánto tiempo? No le había dicho esto a nadie, y no pensaba hacerlo. Por un lado, Dworkin estaba bastante loco, razón por la que, aparentemente, Papá le había encerrado; por otro lado, había demostrado tener poderes que yo no comprendía, lo que me convencía de que podía ser muy peligroso. Sin embargo, se mostró amablemente dispuesto hacia mí después de halagarlo un poco y de recordar algunas cosas del pasado. Si todavía viviera, estaba seguro de que con un poco de paciencia podría manejarlo; razón por la que mantuve todo este asunto exclusivamente en mi mente como una posible arma secreta. No veía ningún motivo para cambiar esa decisión en este momento.

—Brand permanecía mucho tiempo con él —reconocí, dándome cuenta hasta dónde quería llegar mi hermano—. Le interesaban cosas de ese tipo.

—Exactamente —replicó Random—. Y, obviamente, él sabía bastante más que el resto de nosotros, ya que pudo enviarme ese mensaje sin usar un Triunfo.

—¿Crees que hizo un trato con gente de fuera, abriéndoles el camino, para descubrir luego, cuando lo encerraron, que ya no le necesitaban?

—No necesariamente. Aunque supongo que también es posible. Mi pensamiento va más por este lado… y no niego mi predisposición a su favor: creo que aprendió lo suficiente sobre el tema como para poder detectar el peligro cuando alguien manipuló los Triunfos, el Patrón, o esa parte de la Sombra más cercana a Ámbar. Luego cometió un error. Tal vez subestimó al enemigo y se enfrentó a él directamente, en vez de decírselo a Papá o a Dworkin. ¿Y entonces qué pasó? La otra facción involucrada lo atrapó, aprisionándolo en la torre. Y este enemigo le tenía la suficiente consideración como para no matarlo si no era absolutamente necesario, o tenía un posible interés en usarlo más tarde.

—Haces que esto también parezca plausible —reconocí, y tendría que haber añadido: «y encaja perfectamente con tu historia», para observar su cara de póker otra vez, si no hubiera sido por una cosa. Cuando yo estaba con Bleys, preparando nuestro ataque a Ámbar, tuve un contacto momentáneo con Brand mientras yo jugaba con los Triunfos. Me había dado a entender que estaba encerrado antes de que el contacto se rompiera. Hasta ese punto, la historia de Random encajaba. Por lo que, en vez de añadir eso, dije—: Si él puede indicarnos al culpable, tenemos que traerlo de vuelta.

—Esperaba que dijeras algo así —replicó Random—. Odiaría dejar un asunto como este inacabado.

Fui a coger la botella y llené otra vez nuestras copas. Bebí. Encendí otro cigarrillo.

—Sin embargo, antes de que nos metamos en ello —dije—, tengo que decidir cuál es la mejor manera de dar la noticia sobre Caine. ¿Dónde anda Flora?

—Creo que en la ciudad. Estuvo aquí esta mañana. Estoy seguro de que si la quieres ver yo la podría encontrar.

—Hazlo. Que yo sepa, ella es la única persona, además de nosotros, que ha visto a los que te perseguían, aquella vez cuando irrumpieron en su casa en Westchester. Bien podríamos tenerla a mano para que al menos corroborara lo desagradables que pueden ser estos tipos. Además, tengo otras cosas que me gustaría preguntarle.

Bebió su copa y se puso en pie,

—De acuerdo. Iré a buscarla ahora. ¿Adonde debo traerla?

—A mis habitaciones. Si no estoy allí, espérame.

Asintió.

Me puse en pie y lo acompañé hasta el hall.

—¿Tienes la llave de esta habitación? —le pregunté.

—Está colgada dentro.

—Será mejor que la cojas y que la cierres. No nos gustaría que lo descubrieran prematuramente.

Después de cerrar la puerta, me dio la llave. Caminé con él hasta el primer descansillo, viendo cómo se alejaba. Luego me dirigí hacia mis propias habitaciones.

De mi caja fuerte saqué la Joya del Juicio, una cadena con un rubí que le había dado a Papá y a Eric control sobre el clima de las cercanías de Ámbar. Antes

de morir, Eric me dijo qué procedimiento tenía que seguir para sintonizar con ella y poder utilizarla. Todavía no había tenido tiempo de hacerlo, y tampoco lo tenía ahora. Pero durante mi conversación con Random, llegué a la conclusión de que iba a tener que conseguir ese tiempo. Encontré las notas de Dworkin bajo una piedra cerca de la chimenea de la habitación de Eric. Me dio esa información la última vez que lo vi. Aunque me hubiera gustado saber cómo había conseguido las notas, ya que estaban incompletas. Las cogí del fondo de la caja fuerte y las observé una vez más. Coincidían con la explicación de Eric sobre cómo debía conseguirse la unión con la Joya.

Pero también indicaban que la piedra tenía otras funciones, que el control de los fenómenos meteorológicos casi era una demostración incidental, aunque espectacular, de un complejo sistema de principios que involucraban al Patrón, los Triunfos, y la misma integridad física de Ámbar, además de abarcar la Sombra. Desafortunadamente, faltaban los detalles. Y cuanto más buscaba en mis recuerdos, más convencido estaba de que iba por buen camino. En raras ocasiones Papá sacaba la piedra; y aunque había comentado que se podía manipular el clima, éste no siempre fue alterado en esas ocasiones en que él la utilizó. Y a menudo se la llevaba consigo en sus viajes cortos. Por lo que estaba dispuesto a creer que también tenía otros usos. Probablemente Eric había pensado lo mismo, pero él tampoco fue capaz de descubrir cuáles eran. Simplemente tomó ventaja de sus poderes obvios cuando Bleys y yo atacamos Ámbar; y la utilizó de la misma manera cuando las criaturas lanzaron su ataque desde el camino negro. En las dos ocasiones le sirvió bien, aunque no fue suficiente para salvarle la vida. Por lo que decidí que era mejor que me hiciera con sus poderes ahora. Cualquier ventaja adicional era importante. Y también sería bueno que me vieran llevándola. Especialmente ahora.

Volví a guardar las notas en la caja fuerte y la Joya en mi bolsillo. Dejé la habitación y bajé por las escaleras. De nuevo, como antes, caminar por esos pasillos me hacía sentir como si nunca hubiera estado lejos. Este era mi hogar, esto era lo que quería. Ahora yo era su defensor. Ni siquiera llevaba la corona, sin embargo todos sus problemas se habían convertido en los míos. Resultaba irónico. Había vuelto para reclamar la corona, para arrebatársela a Eric, para conquistar la gloria, para reinar. Y ahora, repentinamente, las cosas se estaban desmoronando. No había tomado mucho tiempo darse cuenta de que Eric se había comportado de manera incorrecta. Si él había matado a Papá, no tenía derecho a la corona. Y si no lo había hecho, actuó prematuramente. Fuera cual fuese el caso, la coronación sirvió para engordar su ya obeso ego. En lo que a mí se refería, quería la corona y sabía que podía tomarla. Pero sería igual de irresponsable hacerlo con mis tropas

acuarteladas en Ámbar, especialmente en ese momento que recaería sobre mí la sospecha del asesinato de Caine, con los primeros signos de una trama fantástica que se estaban desvelando, y la persistente posibilidad de que Papá todavía viviera. En varias ocasiones pareció como si hubiéramos estado en contacto, brevemente… y una de esas veces, años atrás, él otorgó el visto bueno para mi sucesión. Pero había tanto engaño y mentira en el aire, que ya no sabía qué creer. Él no abdicó. Yo por ese entonces tenía una herida en la cabeza, y la mente es un lugar muy raro. Ni siquiera confío en la mía. Era muy consciente de mis propios deseos por el trono; ¿podría ser que yo me hubiera inventado todo ese asunto? Ocurrieron muchas cosas después. Supongo que el precio de ser un amberita es que ni siquiera puedes confiar en ti mismo. Me pregunté qué es lo que hubiera dicho Freud. Así como fracasó en atravesar la barrera de mi amnesia, sí logró sacar unas conjeturas muy cercanas sobre cómo había sido mi padre y cómo había sido nuestra relación, aunque yo no me diera cuenta de ello en aquel momento. Deseé poder tener una sesión más con él.

Atravesé el hall de mármol del comedor, dirigiéndome hacia el oscuro y estrecho corredor que había detrás. Le hice una señal al guardia y regresé hasta la puerta. La atravesé, salí a la plataforma, y, tras cruzarla, bajé por la interminable escalera de caracol que conduce hasta las entrañas de Kolvir. Caminando. Con luces que iluminaban el camino cada cierto tiempo. La oscuridad más allá.

Parecía como si el balance hubiera cambiado en algún lugar del camino, como si yo ya no fuera el que manipulaba sino el que estaba siendo manipulado, obligado a moverme, a responder. Me conducían, y cada movimiento llevaba a otro. ¿Dónde había comenzado todo? Tal vez esto era así desde hacía años, y sólo ahora empezaba a darme cuenta. Tal vez todos éramos víctimas, de una manera y en un grado que nadie había podido medir. Yo quise ser rey —aún quería serlo en ese entonces— por encima de cualquier cosa. Sin embargo, cuanto más aprendía y cuanto más pensaba en lo que había aprendido, más parecía que mis movimientos conducían a Peón de Ámbar a Rey Cuatro. Me di cuenta entonces que llevaba sintiendo esto desde hacía un tiempo de modo creciente, y que no me gustaba nada. Me consolé a mí mismo pensando que nadie que hubiera vivido pudo hacerlo sin cometer un error. Si la sensación que sentía representaba la realidad, mi Pavlov personal se estaba aproximando a mis colmillos con cada tañido de la campana, y estaba seguro de que faltaba poco para que se acercara lo suficiente, momento en el que me encargaría de que no se me escapara.

Girando, girando, alrededor y hacia abajo, luz aquí, luz allí, estos eran mis pensamientos, como un hilo en una madeja, enroscándose o desenroscándose, era

difícil saberlo con seguridad. Debajo mío, el sonido de metal contra la piedra. La funda de la espada, el guardia poniéndose en pie. Una onda de luz de una linterna que se alza.

—Lord Corwin…

—Jamie.

Cogí una linterna de una estantería. Encendiéndola, di media vuelta y me dirigí hacia el túnel, empujando la oscuridad delante mío, cada vez un paso.

Finalmente en el túnel, y hacia arriba, fui contando los pasajes laterales. Era el séptimo el que quería. Ecos y sombras. Humedad y polvo.

Entré en él. Giré allí. Estaba llegando.

Hasta que estuve ante la gran puerta, oscura, laminada en metal. Giré la llave y empujé con fuerza. Crujió, resistió, y finalmente se abrió.

Dejé la linterna en el suelo, dentro, a la derecha. No la necesitaba, ya que el Patrón mismo proporcionaba la suficiente luz para lo que tenía que hacer.

Durante un momento observé el Patrón —una masa brillante de líneas curvas que engañaban al ojo cuando intentaba seguirlas— empotrado allí, enorme, en la oscuridad del suelo. Me había dado poder sobre la Sombra, me había devuelto casi toda mi memoria. También me destruiría en un momento si cometía algún error. La gratitud que despertó en mí no estaba exenta de miedo. Era una espléndida y críptica vieja reliquia familiar que se hallaba en el lugar adecuado, la bodega.

Me acerqué hasta la esquina donde comenzaban las líneas. Allí preparé mi mente, relajé el cuerpo, y puse mi pie izquierdo sobre el Patrón. Sin detenerme, seguí andando y sentí comenzar la corriente. Chispas azules perfilaron mis botas. Otro paso. Esta vez se produjo una crepitación audible y comenzó la resistencia. Tomé la primera curva, apresurándome, deseando llegar al Primer Velo lo más rápido posible. Cuando lo hice, mi cabello comenzó a erizarse y las chispas fueron más brillantes, permaneciendo más tiempo.

Se incrementó la presión. Cada paso requería más esfuerzo que el anterior. La crepitación se hizo más fuerte y la corriente se intensificó. Mi pelo se erizó por completo y de mi cuerpo salían chispas. Mantuve los ojos en la línea ardiente y no

dejé de empujar.

Repentinamente la presión cedió. Trastabillé pero continué avanzando. Había atravesado el Primer Velo, y me alegré ante la sensación de logro que ello implicaba. Recordé la última vez que vine por este camino, en Rabma, la ciudad bajo el mar. La maniobra que acababa de completar fue lo que inició el regreso de mi memoria. Sí. Continué empujando hacia adelante, las chispas crecieron y las corriente se alzaron una vez más, haciendo que mi carne hormigueara.

El Segundo Velo… Los ángulos… Siempre parecía exigir que tu fuerza llegara a sus límites, produciendo la sensación de que todo tu ser se transformaba en pura Voluntad. Era una sensación inagotable y compulsiva. En ese momento, concentrarme en atravesar el Patrón era lo único en el mundo que tenía algún significado para mí. Siempre había estado allí, esforzándome, nunca estuve lejos, siempre estaría allí, luchando, mi voluntad contra el laberinto de poder. El tiempo había desaparecido. Sólo permanecía la visión.

Las chispas me llegaban hasta la cintura. Entré en la Gran Curva y luché cada paso de mi camino. Era continuamente destrozado, para renacer con cada movimiento, horneado por los fuegos de la creación, enfriado por la helada entropía final.

Fuera y hacia adelante, girando. Tres curvas más, una línea recta, un número de arcos. Mareos, sensaciones de apagarme e intensificarme como si oscilara dentro y fuera de la existencia. Giro tras giro tras giro tras giro… un arco corto y pronunciado… La línea que conducía hasta el Velo Final… Me imaginé que entonces jadeaba y que estaba bañado en sudor. Nunca puedo recordarlo con certeza. Apenas podía mover los pies. Las chispas me llegaban hasta los hombros. Alcanzaron mis ojos y perdí de vista el mismo Patrón mientras parpadeaba. Dentro, fuera, dentro, fuera… Allí estaba. Arrastré mi pie derecho hacia adelante, sintiendo lo que debió sentir Benedict cuando sus pies fueron atrapados por la hierba negra. Justo antes de que yo le golpeara. Yo mismo me sentí aporreado… en todo el cuerpo. El pie izquierdo, adelante… tan lentamente que era difícil estar seguro de que estuviera moviéndose. Mis manos eran llamas azules, mis piernas columnas de fuego.

Otro paso. Otro. Incluso otro.

Me sentía como una lenta estatua animada, como un hombre de nieve derritiéndose, como una viga que se comba… Dos más… Tres… Mis movimientos

eran helados, pero yo, que los dirigía, tenía toda la eternidad y una perfecta constancia de voluntad que se vería realizada…

Atravesé el velo. Luego había un pequeño arco. Tres pasos para cruzarlo hacia la oscuridad y la paz. Fueron los peores de todos.

¡Un momento de descanso para que Sísifo tome café! Ese fue mi primer pensamiento cuando dejé atrás el Patrón. *¡Lo conseguí otra vez!*, fue el segundo. Y *¡nunca más!*, fue el tercero.

Me permití el lujo de respirar profundamente varias veces y de temblar un poco. Luego saqué del bolsillo la Joya y la alcé, sosteniéndola por la cadena. La puse ante mis ojos.

Por supuesto, era roja por dentro… un profundo rojo cereza, como atravesado por humo. Parecía como si hubiera ganado algo más de luz y de brillo durante el viaje a través del Patrón. Continué mirándola, pensando en las instrucciones, comparándolas con cosas que yo conocía.

Una vez que has atravesado el Patrón, llegando hasta este punto, puedes hacer que te transporte a cualquier sitio que consigas visualizar. Todo lo que hace falta es el deseo y un acto de voluntad. Siendo este el caso, tuve un momento de indecisión. Si el efecto era como normalmente solía ser, podría estar lanzándome hacia una especie de trampa. Pero Eric lo había conseguido. No se quedó atrapado en el corazón de una gema en algún sitio en la Sombra. El Dworkin que había escrito esas notas fue un gran hombre, y yo había confiado en él.

Preparando mi mente, intensifiqué el escrutinio del interior de la piedra. En su interior había un reflejo distorsionado del Patrón, rodeado por parpadeantes puntos de luz, diminutos destellos y fogonazos, diferentes curvas y senderos. Tomé mi decisión, enfoqué mi voluntad…

Todo rojo y movimiento lento. Como si te hundieras en un océano de alta viscosidad. Al principio muy lentamente. A la deriva y oscureciéndose, con gran número de pequeñas luces que estaban lejos, muy lejos delante. Débilmente, mi aparente velocidad aumentó. Copos de luz, distantes, intermitentes. Entonces pareció como si fuera un poco más rápido. No había escalas. Yo era un punto de consciencia de dimensiones indeterminadas. Consciente del movimiento, consciente de la configuración hacia la cual avanzaba, rápidamente ahora. Todo el rojo casi había desaparecido, al igual que la consciencia de mi entorno.

Desapareció la resistencia. Ganaba velocidad. Ahora todo esto parecía haber ocurrido en un sólo instante, todavía ocurría en ese mismo instante. En todo el asunto había una cualidad peculiar, intemporal. Mi velocidad, relativa a lo que ahora parecía ser mi objetivo, era enorme. El pequeño y torcido laberinto estaba creciendo, transformándose en algo similar a una variación tridimensional del mismo Patrón. Acentuado por fogonazos de luz de colores, creció ante mí, tan parecido a una galaxia bizarra medio enmarañada en el centro de una noche eterna, con un halo de polvo de brillo pálido, sus serpentinas compuestas de incontables puntos parpadeantes. Y creció, o yo encogí, y avanzó o yo avancé, y estuvimos cerca, cerca y juntos, y ahora llenaba todo el espacio, desde arriba hasta abajo, de este camino a aquel, y mi velocidad personal aún parecía estar aumentando. Me encontraba atrapado, abrumado por el resplandor, y había una serpentina perdida que era el comienzo. Estaba demasiado cerca —en realidad, estaba perdido— para poder seguir captando toda su configuración, pero el giro, el parpadeo, todo lo que veía, rodeándome por todos lados, hizo que me preguntara si tres dimensiones eran suficientes para explicar las complejidades con las que me enfrentaba y que distorsionaban mis sentidos. En vez de mi analogía galáctica, algo en mi mente se fue hasta el otro extremo, sugiriendo el espacio subatómico de dimensiones infinitas de Hilbert. Pero era una metáfora producida por la desesperación. Lisa y llanamente, no entendía nada. Sólo tenía la creciente sensación —¿condicionada por el Patrón? ¿Instintiva?— de que tenía que atravesar este laberinto para obtener el nuevo grado de poder que buscaba.

Y no estaba equivocado. Fui arrastrado a su interior sin perder nada de mi velocidad aparente. Fui arrojado, dando vueltas, por caminos resplandecientes, atravesando nubes insubstanciales de resplandor y brillo. No había ninguna zona de resistencia, como en el Patrón, pareciendo que mi ímpetu inicial era suficiente para hacer que lo atravesara. ¿Un *tour* huracanado por la Vía Láctea? ¿Un hombre ahogándose arrastrado por entre cañones de coral? ¿Un gorrión insomne volando por encima de un parque de atracciones la noche de un Cuatro de Julio? Estos eran mis pensamientos mientras consideraba mi reciente iniciación en esta forma transformada.

… Y fuera, a través, por encima, hasta que acaba con un resplandor de maldita luz que me encontró contemplándome a mí mismo sosteniendo la cadena al lado del Patrón, luego observando la cadena, con el Patrón en su interior, en mi interior, todo dentro de mí, yo dentro de él, con el rojo retrocediendo, bajando, desapareciendo. Entonces quedé sólo yo, la cadena, el Patrón, solos, restablecidas las relaciones de sujeto-objeto… sólo que una octava más alto, lo que considero que es la mejor manera de describirlo. Ya que ahora existía una cierta empatia. Era

como si hubiera adquirido un sentido extra, y un medio adicional de expresión. Era una sensación extraña, pero satisfactoria.

Ansioso por ponerlo a prueba, volví a reunir mi determinación y le ordené al Patrón que me transportara a otro sitio.

Entonces estuve en la habitación circular que hay en la torre más alta de Ámbar. Cruzándola, salí fuera, a una terraza muy pequeña. El contraste era muy fuerte, aproximándose bastante al viaje supersensorial que acababa de realizar. Durante varios minutos largos, simplemente permanecí allí, mirando.

El mar era un estudio en texturas, mientras el cielo estaba parcialmente cubierto, dirigiéndose hacia la noche. Las mismas nubes mostraban patrones de suave brillo y ásperas sombras. El viento iba en dirección al mar, por lo que el olor de la sal me fue negado temporalmente. Pájaros oscuros puntuaban el aire, flotando a una gran distancia por encima del agua. Debajo mío, los patios del palacio y las terrazas de la ciudad se extendían en permanente elegancia hasta el borde de Kolvir. La gente era diminuta en las avenidas, con sus movimientos descartados. Me sentí muy solo.

Entonces toqué la Joya y llamé una tormenta.

IV

Random y Flora estaban esperando en mis habitaciones cuando volví. Los ojos de Random primero se dirigieron hacia la cadena, y luego miraron los míos. Yo asentí.

Me volví hacia Flora, inclinándome ligeramente.

—Hermana —dije—, ha pasado mucho tiempo… y luego más tiempo.

Parecía estar un poco asustada, lo cual era bueno. Sin embargo, sonrió y me cogió la mano.

—Hermano —dijo—. Veo que has mantenido tu palabra.

Su cabello era de un oro pálido. Se lo había cortado, pero mantenía el flequillo. No estaba seguro de si me gustaba ese estilo. Tenía un pelo adorable. También ojos azules, y toneladas de vanidad para mantener todo en su perspectiva favorita. A veces parecía comportarse de una manera bastante estúpida, pero en otras ocasiones me hacía dudar que lo fuera.

—Perdóname por quedarme mirando —dije—, pero la última vez que nos encontramos no podía verte.

—Estoy feliz de que eso se haya arreglado y puedas nuevamente —dijo—. Fue bastante… Sabes que no hubo nada que pudiera hacer.

—Lo sé —dije, recordando el ritmo ocasional de su risa desde el otro lado de la oscuridad en uno de los aniversarios del acontecimiento—. Lo sé.

Me acerqué a la ventana y la abrí, sabiendo que la lluvia no entraría. Me gusta el olor de una tormenta.

—Random, ¿has averiguado algo interesante con respecto a un posible cartero? —pregunté.

—Nada —dijo—. Hice algunas preguntas. Parece que no hay nadie que haya estado en el lugar adecuado a la hora adecuada.

—Ya veo —dije—. Gracias. Puede que te vea más tarde.

—De acuerdo —dijo—. Estaré en mis habitaciones toda la noche.

Asentí, me volví, apoyé la espalda contra el alféizar de la ventana y observé a Flora. Random cerró la puerta silenciosamente al marcharse. Escuché el ruido de la lluvia durante un minuto o algo así.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó ella al fin.

—¿Hacer?

—Estás en posición de pedir que se ajusten viejas deudas. Supongo que las cosas están a punto de comenzar.

—Tal vez —dije—. La mayoría de las cosas dependen de otras. Esto no es diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Dame lo que quiero, y veremos. Incluso en alguna ocasión se me ha conocido como una persona agradable.

—¿Qué es lo que quieres?

—La historia, Flora. Empecemos con eso. De cómo llegué a estar bajo tu custodia en aquella Sombra, la Tierra. Todos los detalles pertinentes. ¿Cuál fue el arreglo? ¿Cuál fue el pacto? Todo. Sólo eso.

Suspiró.

—El comienzo… —dijo—. Sí… Fue en París, en una fiesta en la casa de un tal Monsieur Focault. Esto ocurrió unos tres años antes del Terror…

—Un momento —interrumpí—. ¿Qué hacías tú allí?

—Llevaba en esa zona particular de la Sombra aproximadamente unos cinco de sus años —dijo ella—. Estaba vagando, buscando algo nuevo, algo que encajara con mi fantasía. Llegué a ese lugar en ese momento de la misma manera que nosotros encontramos todo. Dejé que mis deseos me condujeran y yo seguí mis instintos.

—Una coincidencia peculiar.

—No bajo la luz del tiempo transcurrido… considerando todo el tiempo de nuestras vidas que dedicamos a viajar. Era, si te parece, mi Avalón, mi segunda Ámbar, mi hogar lejos de mi hogar. Llámalo como gustes, yo estaba allí, en esa fiesta, aquella noche de octubre, cuando tú apareciste con aquella pequeña pelirroja… creo que se llamaba Jacqueline.

Eso me trajo, desde una larga distancia, un recuerdo que yo no había invocado desde hacía mucho, mucho tiempo. Recordé a Jacqueline mucho mejor de lo que recordaba la fiesta de Focault, pero aquella ocasión también había existido.

—Continúa.

—Como dije —prosiguió ella—, yo estaba allí. Tú llegaste más tarde. Por supuesto, de inmediato llamaste mi atención. Sin embargo, si se vive un período de tiempo lo bastante largo y si se viaja considerablemente, de forma ocasional uno se encuentra a una persona que se parece mucho a otra que se haya conocido. Ese fue mi primer pensamiento después de que se desvaneciera la sorpresa inicial. Con toda seguridad, pensé, tenía que ser un doble, ya que había transcurrido mucho tiempo sin que ni siquiera se oyera un susurro de ti. Pero todos nosotros tenemos nuestros secreto, y buenos motivos para tenerlos. Este podía ser uno de los tuyos. Así que me encargué de que fuéramos presentados, y luego me tomó un tiempo endemoniado hacer que te alejaras de la pequeña pelirroja por unos momentos. Y tú insistías en que tu nombre era Fenneval, Cordell Fenneval. Ya no estaba tan segura. No podía decir si eras un doble o si eras tú que estabas jugando. Aunque la tercera posibilidad pasó por mi mente: que hubieras estado viviendo en una zona adyacente de la Sombra el tiempo suficiente como para proyectar sombras de ti mismo. Pude marcharme todavía con la duda si Jacqueline, más tarde, no hubiera alardeado de la fuerza que tenías. Este no es el tipo de conversación más común de una mujer, y por la manera en que ella lo dijo, me indujo a creer que realmente había quedado muy impresionada por algunas hazañas que tú hubieras hecho. Conseguí que me contara algunas cosas y me di cuenta de que todas eran proezas que tú eras capaz de hacer. Aquello eliminaba la posibilidad de que se tratara de un doble tuyo. Tenías que ser tú o una sombra de ti. Con esto en mente, incluso si Cordell no era Corwin, sí era una pista, una pista de que tú estabas o habías estado por esa sombra… la primera pista real que había podido conseguir de tu paradero. Tenía que seguirla. Entonces comencé a investigarte, comprobando tu pasado. Cuanta más gente interrogaba, más desconcertante se hacía la investigación. De

hecho, después de varios meses, me encontraba indecisa.

Había un montón de zonas nebulosas que hacían que pudieras ser tú de verdad. Aunque las cosas se resolvieron al verano siguiente, cuando volví a Ámbar por una temporada. Le mencioné este peculiar asunto a Eric…

—¿Si?

—Bueno… él era… de alguna manera… consciente… de la posibilidad.

Se detuvo y volvió a dejar sus guantes en el asiento que había a su lado.

—En, eh —pregunté—. ¿Qué te dijo él?

—Que podías ser realmente tú —contestó—. Me dijo que hubo… un accidente.

—¿De verdad?

—Bueno, no —admitió—. No un accidente. Dijo que habíais tenido una pelea y que te hirió. Pensó que ibas a morir, y no quería que se le echara la culpa a él. Por lo que te llevó lejos, a la Sombra, y te dejó allí, en aquel lugar. Después de mucho tiempo, llegó a la conclusión de que debías estar muerto, de que todo había acabado entre vosotros. Naturalmente, las noticias que yo le di le dejaron intranquilo. Hizo que jurara que guardaría el secreto y me envió de vuelta para mantenerte vigilado. Yo tenía una buena excusa para volver, ya que le había dicho a todo el mundo lo mucho que me gustaba aquel sitio.

—Tú no le prometiste mantener el secreto a cambio de nada, Flora. ¿Qué fue lo que te dio?

—Me dio su palabra de que si alguna vez lograba subir al poder aquí en Ámbar, no me olvidaría.

—Un poco arriesgado —dije—. Después de todo, eso todavía te dejaba en posesión de un secreto suyo: el conocimiento del paradero de un rival al trono, y de su participación en el asunto.

—Cierto. Pero las cosas se nivelaron, ya que yo tendría que admitir que había sido cómplice si alguna vez hablaba de ello.

Asentí.

—Rebuscado, pero no imposible —acordé—. ¿Entonces tú llegaste a pensar que él dejaría que yo siguiera vivo si alguna vez tenía posibilidad de subir al trono?

—Eso nunca se discutió. Nunca.

—Pero debió pasar por tu mente.

—Sí, más tarde —dijo ella—, y llegué a la conclusión de que probablemente no haría nada. Después de todo, estaba confirmándose la posibilidad de que habías perdido la memoria. No existía ningún motivo para actuar contra ti mientras fueras inofensivo.

—¿Así que te quedaste para vigilarme, para ver que yo siguiera siendo inofensivo?

—Sí.

—¿Qué hubieras hecho si empezaba a mostrar algún signo de que estaba recuperando la memoria?

Me miró, luego apartó la vista.

—Se lo hubiera dicho a Eric.

—¿Y él que hubiera hecho entonces?

—No lo sé.

Reí un poco, y ella se ruborizó. No podía recordar la última vez que vi a Flora ruborizarse.

—No expondré lo obvio —dije—. De acuerdo, permaneciste allí, me vigilaste. ¿Luego qué? ¿Qué ocurrió?

—Nada especial. Tú continuaste llevando tu vida y yo continué vigilándola.

—¿Sabían todos los demás dónde estabas tú?

—Sí. Nunca oculté mi paradero. De hecho, todos vinieron a visitarme en alguna ocasión.

—¿Eso incluye a Random?

Frunció los labios.

—Sí, varias veces —dijo.

—¿Por qué ese gesto de asco?

—Es demasiado tarde para fingir que me gusta —dijo—. Lo sabes. Simplemente, no me gusta la gente con la que se rodea… criminales declarados, músicos de jazz… Tuve que mostrarle cortesía familiar cuando visitaba mi sombra, pero me ponía nerviosa; traía a esa gente a cualquier hora… sesiones de jam, partidas de póker. La casa después solía apestar durante semanas, y yo siempre me alegraba cuando se marchaba. Lo siento. Sé que te cae bien, pero querías la verdad.

—Ofendía tu delicada sensibilidad. De acuerdo. Ahora quiero llevar tu atención sobre el breve período de tiempo en que fui tu invitado. Random se nos unió de una manera bastante abrupta. Le perseguían media docena de tipos desagradables de los que nos deshicimos en el salón de tu casa.

—Recuerdo el suceso de manera bastante vivida.

—¿Recuerdas a los tipos… a las criaturas con las que nos tuvimos que enfrentar?

—Eso creo.

—Bien. ¿Habías visto alguno antes?

—No.

—¿Después?

—No.

—¿Has oído alguna vez que alguien los describiera?

—No que yo recuerde, ¿por qué?

Sacudí la cabeza.

—Todavía no. Este es mi interrogatorio, ¿recuerdas? Ahora quiero que pienses en el tiempo anterior a aquella noche. De vuelta a lo que hizo que me ingresaran en Greenwood. Tal vez un poco antes. ¿Qué sucedió, y tú cómo te enteraste? ¿Cuáles fueron las circunstancias? ¿Cuál fue tu parte en el asunto?

—Sí —contestó—. Sabía que tarde o temprano me preguntarías eso. Lo que sucedió fue que Eric se puso en contacto conmigo el día después de que ocurriera… lo hizo desde Ámbar, a través de mi Triunfo —volvió a mirarme, seguramente para ver cómo lo estaba tomando, para estudiar mis reacciones. Yo me mantuve inexpresivo—. Me dijo que tuviste un accidente grave la noche anterior, y que habías sido hospitalizado. Me pidió que hiciera que te trasladaran a una clínica privada, una en la que yo pudiera influir en la clase de tratamiento que te dieran.

—En otras palabras, quería que permaneciera como un vegetal.

—Quería que te mantuvieran sedado.

—¿Admitió haber sido el responsable de mi accidente, o no lo hizo?

—No reconoció haber mandado a alguien para que disparara a tu rueda, pero sí sabía que era eso lo que había ocurrido. ¿De qué otra manera podría haberlo sabido? Cuando más tarde me enteré de que planeaba apoderarse del trono, llegué a la conclusión de que había decidido apartarte definitivamente de la escena. Cuando el intento fracasó, era lógico que hiciera el siguiente movimiento más efectivo: ver que estuvieras fuera de su camino hasta después de la coronación.

—No sabía que habían disparado a mi rueda —dije.

Su rostro cambió. Se recuperó en seguida.

—Me dijiste que sabías que no fue un accidente… que alguien había intentado matarte. Pensé que estabas al tanto del procedimiento.

De nuevo pisaba un terreno ligeramente resbaladizo por primera vez en mucho tiempo. Aún tenía un poco de amnesia, y llegué a la conclusión de que probablemente siempre la tendría. Mis recuerdos de los días anteriores al accidente todavía eran nebulosos. El Patrón me había devuelto los recuerdos perdidos de

toda mi vida hasta ese momento, pero parecía que el trauma hubiera destruido los recuerdos de algunos de los acontecimientos que inmediatamente le precedieron. Era algo que solía ocurrir. Posiblemente fuera un daño orgánico en vez de una simple angustia funcional. Me sentía tan feliz de tener de nuevo todo lo demás, que esas pérdidas no parecían especialmente lamentables. Pero con respecto al accidente en si, recordé los disparos. Sonaron dos. Incluso tal vez llegara a vislumbrar a la figura con el rifle… muy brevemente, demasiado tarde. O quizás todo eso fuera una fantasía. Pero me parecía que sí lo había visto. Tenía algo de eso en mente mientras me dirigía hacia Westchester. Incluso tanto tiempo después, cuando tenía el poder en Ámbar, odiaba tener que reconocer esa única deficiencia. Había engañado a Flora antes con mucho menos de lo que sabía entonces. Decidí aferrarme a una combinación ganadora.

—No me encontraba en situación de ver dónde había sido el impacto —respondí—. Escuché los disparos. Perdí el control del coche. Supuse que fue una rueda, pero nunca lo supe con seguridad. El único motivo por el que saqué la cuestión fue por conocer cómo sabías tú que era una rueda.

—Ya te dije que Eric me lo contó.

—Fue la manera en que lo dijiste lo que me molestó. Parecía como si tú ya conocieras todos los detalles antes de que Eric se pusiera en contacto contigo.

Lo negó con la cabeza.

—Entonces disculpa mi sintaxis —dijo—, A veces eso ocurre cuando recuerdas las cosas después de que hayan ocurrido. Niego lo que quieres dar a entender con tus palabras: no tuve nada que ver con el asunto y no lo sabía antes de que ocurriera.

—Ya que Eric no se encuentra por los alrededores para confirmarlo o negarlo, simplemente tendremos que dejarlo estar —observé—, por ahora —. Y lo dije para hacer que ella se concentrara más en su defensa, para apartar su atención más allá de cualquier posible desliz que yo pudiera haber tenido, ya fuera de palabra o expresión, del cual pudiera inferir el pequeño fallo que aún tenía mi memoria—. ¿Te enteraste después de la identidad de la persona que disparó el rifle? —pregunté.

—Nunca —contestó ella—. Posiblemente fuera algún asesino a sueldo. No lo sé.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo estuve inconsciente antes de que me encontrara alguien y me llevaran a un hospital?

Volvió a negar con la cabeza.

Había algo que me estaba molestando y no lograba localizar qué era.

—¿Dijo Eric en qué momento fui llevado al hospital?

—No.

—Cuando estuve contigo, ¿por qué intentaste caminar de regreso a Ámbar en vez de usar el triunfo de Eric?

—No pude establecer contacto.

—Podías haber llamado a algún otro para que te trajera —dije—. Flora, creo que me estás mintiendo.

Sólo era una prueba para observar su reacción. ¿Por qué no?

—¿En qué? —preguntó—. No pude establecer contacto con nadie más. Todos estaban ocupados. ¿Es eso lo que quieres dar a entender?

Me estudió.

Alcé mi brazo, señalándola con él, y el relámpago resplandeció a mi espalda, justo fuera de la ventana. Sentí un cosquilleo, una suave descarga. El trueno también fue impresionante.

—Pecas por omisión —lo intenté por ese lado.

Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar.

—¡No sé lo que quieres decir! —dijo—. ¡Respondí a todas tus preguntas! ¿Qué quieres? ¡No sé hacia dónde te dirigías o quién te disparó o a qué hora ocurrió! ¡Sólo conozco los hechos que te he dado, maldita sea!

Llegué a la conclusión de que era sincera o invulnerable a estos métodos. Cualquiera que fuera el caso, estaba perdiendo mi tiempo, ya que de esta manera no podría conseguir nada más. Y también era mejor que cambiara el tema del

accidente antes de que ella comenzara a pensar demasiado en la importancia que tenía para mí. Si faltaba algo más, quería ser yo el que lo encontrara primero.

—Ven conmigo —dije.

—¿Adonde vamos?

—Tengo algo que quiero que identifiques. Te diré la razón después de que lo veas.

Se puso en pie y me siguió. La llevé arriba, hasta el vestíbulo, para que viera el cuerpo antes de que le contara la historia de Caine. Observó el cuerpo sin ningún tipo de emoción. Asintió.

—Sí —dijo, y añadió—: Aun si no lo conociera, me encantaría decir que lo conozco si ello te ayuda.

Gruñí algo ambiguo. La lealtad familiar siempre emociona alguna parte de mi ser. No sabía si creía lo que le conté sobre Caine. No le dije nada con respecto a Brand, y ella no parecía tener ninguna nueva información concerniente a él. Su único comentario cuando escuchó todo lo que tenía que decirle, fue:

—Te sienta bien la Joya. ¿Qué hay sobre la corona?

—Es demasiado pronto para hablar de ese tipo de cosas —respondí.

—En lo que pueda servirte de apoyo…

—Lo sé —dije—. Lo sé.

Mi tumba es un lugar tranquilo. Se yergue sola en un declive rocoso, protegida por tres de sus lados de los elementos, rodeada por tierra llevada allí especialmente, donde un par de árboles enanos, diversas clases de arbustos, malas hierbas y gran cantidad de hiedra de la montaña, echan sus raíces; y está situada a unos tres kilómetros de la parte posterior de la cima de Kolvir. Es un edificio largo y bajo con dos bancos a la entrada, y la hiedra se ha esforzado en cubrirlo casi en su totalidad, tapando piadosamente una ampulosa declaración grabada sobre su superficie justo debajo de mi nombre. Está, comprensiblemente, vacía la mayor parte del tiempo.

Sin embargo aquella noche, Ganelón y yo nos dirigimos hasta allí,

acompañados de una buena provisión de vino, algo de pan y carne fría.

—¡No bromeabas! —exclamó una vez que desmontó, acercándose a ella, haciendo a un lado la hiedra y leyendo a la luz de la luna las palabras que allí había escritas.

—Por supuesto que no —dije, desmontando y haciéndome cargo de los caballos—. Es completamente mía.

Amarrando nuestras monturas a un arbusto próximo, desenganché las alforjas de las provisiones y las llevé al banco más cercano. Ganelón se unió a mí cuando abría la primera botella y nos servía dos copas grandes y oscuras.

—Todavía no lo entiendo —dijo, aceptando la suya.

—¿Qué hay que entender? Estoy muerto y enterrado ahí —afirmé—.Es mi cenotafio, eso es lo que es… el monumento que se prepara cuando el cuerpo no ha podido ser recuperado. Hace muy poco que me enteré de que tenía el mío. Fue construido varios siglos atrás, cuando llegaron a la conclusión de que yo ya no volvería.

—Es un poco horrible —dijo—. ¿Entonces qué hay dentro?

—Nada. Aunque tuvieron la consideración de hacer un nicho y poner un ataúd, por si aparecían mis restos. De esa manera cubres las dos apuestas.

Ganelón se preparó un sándwich.

—¿De quién fue la idea? —preguntó.

—Random cree que fue de Brand o de Eric. Nadie lo recuerda con seguridad. En ese momento todos pensaron que era una buena idea.

Se rió entre dientes, un ruido maligno que encajaba perfectamente con su barba roja y su persona arrugada y llena de cicatrices.

—¿Y ahora qué se hará con ella?

Me encogí de hombros.

—Supongo que algunos piensan que es una pena que se desperdicie de esta

manera, y les gustaría que la llenara. Pero mientras tanto, es un buen lugar para venir a emborracharse. Todavía no le he presentado mis respetos.

Me hice un par de sandwiches y me comí los dos. Este era el primer momento en que podía respirar aire fresco desde mi regreso, y tal vez el último durante una temporada. No lo sabía. Pero durante la última semana no había tenido la oportunidad de hablar en ningún momento con Ganelón, y él era una de las pocas personas en las que confiaba. Quería contarle todo. Tenía que hacerlo. Tenía que hablar con alguien que no fuera una parte implicada como el resto de nosotros. Y lo hice.

La luna se movió en el cielo una distancia considerable y los fragmentos de cristal roto se multiplicaron dentro de mi cripta.

—¿Y cómo lo tomaron los demás? —me preguntó.

—Como lo esperaba —respondí—. Pude ver que Julián no se creyó ni una palabra, incluso cuando dijo que lo creía. Sabe lo que siento hacia él, y no se encuentra en posición de desafiarme. Tampoco creo que Benedict me crea, pero él es mucho más difícil de interpretar. Está aguardando el momento adecuado, y espero que concediéndome el beneficio de la duda mientras lo aclara. Con respecto a Gérard, tengo la impresión de que esta ha sido la última gota, y la poca confianza que podía tener en mí se ha venido abajo ya. Sin embargo, mañana por la mañana regresará a Ámbar para acompañarme hasta la arboleda y recuperar el cuerpo de Caine. No tiene ningún sentido que se convierta en un safari, pero yo quería que otro miembro de la familia estuviese presente. Deirdre… parecía estar contenta. Estoy seguro de que no creyó ni una palabra. Pero eso no importa. Siempre ha estado de mi lado, y nunca le gustó Caine. Diría que está contenta de que consolide mi posición. No puedo decirte si Llewella me creyó. Creo que le importa un bledo todo lo que ocurre entre la familia. Con respecto a Fiona, simplemente parecía que todo el asunto la divertía. Aunque ella siempre ha tenido ese modo distante y superior de ver las cosas; nunca puedes estar seguro de cuál es su verdadero pensamiento.

—¿Ya les contaste lo de Brand?

—No. Les dije lo de Caine, añadiendo que los quería a todos en Ámbar mañana por la noche. En ese momento es cuando sacaré el tema de Brand. Tengo una idea que quiero probar.

—¿Te pusiste en contacto con todos a través de los Triunfos?

—Así es.

—Hay algo que quería preguntarte sobre ese tema. En el mundo de sombra que visitamos para conseguir armas, hay teléfonos…

—¿Y?

—Me enteré de que se pueden hacer escuchas telefónicas y cosas por el estilo mientras estábamos allí. ¿Crees que es posible que los Triunfos puedan ser intervenidos?

Comencé a reírme, e inmediatamente me detuve cuando algunas de las implicaciones de su sugerencia penetraron en mi cerebro. Finalmente contesté:

—No lo sé. Hay tantas cosas del trabajo de Dworkin que todavía son un misterio… nunca se me ocurrió ese pensamiento. Yo mismo nunca lo intenté. Aunque me pregunto…

—¿Sabes cuántos mazos de cartas hay?

—Todos en la familia tienen uno o dos, y había como una docena en la biblioteca. No sé con certeza si alguno más.

—Se me ocurre que se podría llegar a descubrir mucho simplemente escuchando.

—Sí. El mazo de Papá, el de Brand, el mío original, el que perdió Random… ¡Infiernos! Hay un número bastante elevado con los que ya no se cuenta estos días. No sé qué hacer al respecto. Supongo que habría que iniciar un inventario e intentar algunos experimentos. Gracias por mencionarlo.

Asintió, y los dos bebimos durante un rato en silencio.

Luego preguntó:

—¿Qué vas a hacer, Corwin?

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. ¿Qué es lo que atacamos ahora, y en qué orden?

—Mi intención original era seguir el camino negro hasta su origen tan pronto como las cosas se hubieran solucionado aquí en Ámbar —respondí—. Aunque ahora he cambiado mis prioridades. Quiero traer a Brand tan pronto sea posible, si todavía está vivo. Y si no lo está, quiero averiguar qué le ocurrió.

—¿Pero te dará ese respiro el enemigo? Ahora mismo podrían estar preparando una nueva ofensiva.

—Sí, por supuesto. He considerado eso. Creo que tenemos algo de tiempo, ya que fueron derrotados hace muy poco. Tendrán que volver a agruparse otra vez, reunir sus tropas, y estudiar nuevamente la situación en vista de nuestras nuevas armas. Lo que tengo en mente por el momento es establecer una serie de estaciones de observación a lo largo del camino para que nos adviertan ante cualquier movimiento que hagan. Benedict ya ha mostrado su acuerdo en hacerse cargo de la operación.

—Me pregunto cuánto tiempo tenemos.

Le serví otra copa, como si esa fuera la única respuesta en la que pudiera pensar.

—Las cosas nunca estuvieron así de complicadas en Avalón… me refiero a *nuestra* Avalón.

—Cierto —dije—. No eres el único que echa de menos aquellos días. Al menos ahora parecen más sencillos.

Asintió. Le ofrecí un cigarrillo, pero lo rechazó en favor de su pipa. Ante la luz de la llama, observó la Joya del Juicio que todavía colgaba de mi cuello.

—¿Dices que realmente puedes controlar el clima con eso? —preguntó.

—Sí —afirmé.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo intenté. Funciona.

—¿Qué hiciste?

—Esa tormenta esta tarde. Era mía.

—Me pregunto…

—¿Qué?

—Me pregunto qué es lo que yo hubiera hecho con esa clase de poder. Qué es lo que haría.

—Lo primero que me pasó por la cabeza —dije, dándole una palmada a la pared de mi tumba—, fue destruir este sitio con rayos… golpearlo repetidas veces hasta reducirlo a escombros. No dejar ninguna duda en la mente de nadie sobre mis sentimientos y mi poder.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Entonces lo pensé un poco más. Decidí… ¡Demonios! Tal vez tengan que usar este sitio antes de que pase mucho tiempo, si no soy lo suficientemente inteligente o lo suficientemente duro, o si no tengo la suficiente suerte. Siendo ese el caso, intenté decidir dónde me gustaría que arrojaran mis huesos. Entonces llegué a la conclusión de que este es un lugar realmente agradable… alto, limpio, donde los elementos todavía caminan desnudos. Nada a la vista salvo rocas y cielo. Estrellas, nubes, sol, luna, viento, lluvia… mejor compañía que muchos otros. No sé por qué tengo que yacer al lado de alguien a quien no querría a mi lado ahora, y no hay muchos de estos.

—Te estás poniendo morboso, Corwin. O borracho. O las dos cosas. También amargo. No necesitas eso.

—¿Quién demonios eres tú para decir lo que necesito?

Sentí que se ponía rígido a mi lado, luego se relajó.

—No lo sé —contestó finalmente—. Simplemente digo lo que veo.

—¿Cómo se mantienen las tropas? —pregunté.

—Creo que todavía están desconcertados, Corwin. Vinieron a luchar en una guerra santa en las pendientes del cielo. Pensaban que de eso se trataba el tiroteo de la semana pasada. Por lo que están felices en ese aspecto, viendo que hemos ganado. Pero ahora esta espera, en la ciudad… No entienden el lugar. Algunos que

ellos pensaban que eran enemigos resulta que ahora son amigos. Están confundidos. Saben que tienen que estar preparados para el combate, pero no tienen idea de contra quién será, o cuándo. Como se les ha recluido en sus cuarteles todo el tiempo, todavía no se han dado cuenta del resentimiento que crea su presencia en los soldados de Ámbar y en toda la población. Aunque creo que pronto se darán cuenta. Quería sacar este tema, pero tú has estado tan ocupado últimamente…

Permanecí sentado fumando durante un rato.

Luego dije:

—Creo que será mejor que tenga una charla con ellos. Aunque no creo que mañana pueda, pero algo debe hacerse pronto. Creo que deberían ser trasladados… a alguna zona del Bosque de Arden. Sí, mañana. Cuando regresemos te la marcaré en el mapa. Diles que es para mantenerlos cerca del camino negro. Diles que en cualquier momento se producirá otro ataque por ese lado… lo que es verdad. Oblígales a hacer ejercicios, que mantengan su ánimo de lucha. Yo bajaré tan pronto como pueda y hablaré con ellos.

—Eso te dejará en Ámbar sin una fuerza personal.

—Cierto. Aunque puede que sea un riesgo útil, tanto una demostración de confianza como un gesto de consideración. Sí, creo que terminará por ser un buen movimiento. De lo contrario… —me encogí de hombros.

Serví más vino y arrojé otra botella vacía a mi tumba.

—Por cierto —comenté—, lo siento.

—¿Qué?

—Acabo de darme cuenta de que estoy morboso y borracho y amargo. No necesito eso.

Se rió entre dientes e hizo chocar su copa contra la mía.

—Lo sé —dijo—. Lo sé.

Estuvimos allí sentados hasta que la luna cayó, hasta que la última botella fue a reunirse con sus compañeras. Durante un tiempo hablamos de días ya

vividos. Al final, nos quedamos en silencio y mis ojos se dirigieron hacia las estrellas encima de Ámbar. Fue bueno que viniéramos a este sitio, pero ahora la ciudad me llamaba de regreso. Sabiendo cuáles eran mis pensamientos, Ganelón se puso en pie y se estiró, dirigiéndose hasta donde estaban los caballos. Hice una necesidad al lado de mi tumba y le seguí.

V

La Arboleda del Unicornio está en Arden, al sudoeste de Kolvir, cerca de aquel lugar donde la tierra comienza su descenso final hacia el valle llamado Garnath. Mientras que Garnath ha sido maldecido, quemado, invadido, y ha sufrido las luchas de los años recientes, las tierras altas adyacentes al valle han permanecido intactas. La arboleda donde Papá declaró haber visto al unicornio eras atrás y donde vivió los peculiares acontecimientos que le llevaron a adoptar a ese animal como el patrón de Ámbar, colocándolo en su escudo de armas, era, hasta donde podíamos decir, un punto ligeramente oculto del extenso paisaje a través de Garnath hasta el mar… a veinte o treinta pasos en el interior del borde: un claro asimétrico donde un manantial caía en pequeñas cantidades de una masa de roca, formando un claro estanque que se desbordaba en un diminuto riachuelo, que descendía hasta Garnath y continuaba hacia abajo.

Fue hasta ese lugar hacia donde cabalgamos Gérard y yo a la mañana siguiente, partiendo a una hora que nos permitió recorrer la mitad del camino de nuestro sendero de Kolvir antes de que el sol lanzara copos de luz a través del océano, para luego arrojarlos todos juntos contra el cielo, momento en el que Gérard tiró de la riendas de su caballo. Luego desmontó y me indicó que hiciera lo mismo. Lo hice, dejando a Star y al caballo de reserva que traíamos al lado del suyo, que era enorme y de varios colores. Le seguí unos doce pasos hacia una cuenca a medio llenar de grava. Se detuvo y yo me puse a su altura.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Se volvió, mirándome: sus ojos estaban entornados y su mandíbula firmemente cerrada. Desabrochó el cierre de su capa, la dobló, colocándola en el suelo. Se quitó el cinturón de la espada y la puso sobre la capa.

—Quítate la espada y la capa —dijo—. Lo único que harán será estorbar.

Tuve un presentimiento de lo que ocurriría, y llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era seguir el juego. Doblé mi capa, coloqué la Joya del Juicio al lado de Grayswandir, y me volví para enfrentarme una vez más a él. Sólo le hice una pregunta.

—¿Por qué?

—Ha pasado mucho tiempo —contestó—, y puede que lo hayas olvidado.

Vino hacia mí lentamente, y yo extendí mis brazos delante mío y retrocedí. No me lanzó ningún golpe. Yo solía ser más rápido que él. Los dos estábamos agazapados, y él hacía fintas lentas con su mano izquierda, manteniendo la mano derecha más cerca de su cuerpo, crispándose ligeramente.

Si hubiera tenido que elegir un lugar donde luchar con Gérard, no hubiera sido este. Por supuesto, él era consciente de ello. Si me veía obligado a luchar con él, tampoco hubiera elegido hacerlo con las manos. Soy mejor que Gérard con una espada o una barra. Cualquier cosa que involucre velocidad y estrategia, y me diera una posibilidad de golpearle ocasionalmente mientras lo mantenía a raya, permitiría que eventualmente lo cansara y me daría aperturas para asaltos cada vez más fuertes. Él, por supuesto, también era consciente de esto. Esa es la razón de que me atrapara como lo hizo. Entendía a Gérard, y ahora yo tenía que jugar con sus reglas.

Aparté su mano varias veces a medida que avanzaba, acercándose a mí con cada paso. Finalmente me arriesgué, esquivándole y lanzando un golpe. Le di un izquierdazo rápido y duro, justo un poco más arriba de la cintura. Hubiera roto un tablero macizo o le hubiera perforado el estómago a un mortal más débil. Desafortunadamente, el tiempo no había ablandado a Gérard. Le oí jadear, pero bloqueó mi derecha, poniendo su mano derecha debajo de mi brazo izquierdo, cogiendo mi hombro desde atrás.

Entonces me cerré con él estrechamente, anticipando un bloqueo de hombro que tal vez no fuera capaz de romper; y, girando, empujando hacia adelante, cogí su hombro izquierdo de la misma manera, enganché mi pierna detrás de su rodilla y pude arrojarlo de espaldas al suelo.

Aunque él no me soltó y caí encima suyo. Aflojé mi propio bloqueo y pude darle con mi codo derecho en su costado izquierdo a medida que caíamos. El ángulo no era el ideal y su mano izquierda fue hacia arriba, rodeándome, intentando enlazarla con su derecha en algún punto detrás de mi cabeza.

Pude apartarme, pero él todavía tenía cogido mi brazo. Por un momento vi la oportunidad de darle un golpe claro en la ingle, pero me frené. No es que tenga ningún tipo de reparo en golpear a un hombre debajo del cinturón. Sabía que si se lo hacía a Gérard en ese momento, sus reflejos probablemente me romperían el hombro. En vez de eso, despellejándome el antebrazo en la grava, logré meter mi

brazo izquierdo detrás de su cabeza, mientras que al mismo tiempo deslizaba mi brazo derecho entre sus piernas, cogiéndolo alrededor de su muslo izquierdo. Rodé hacia atrás mientras hacía esto, intentando enderezar mis piernas tan pronto como mis pies estuvieron debajo mío. Quería alzarlo para golpearlo contra el suelo, metiéndole mi hombro en el estómago para asegurarme.

Pero Gérard cruzó sus piernas y rodó hacia la izquierda, obligándome a dar una vuelta entera por encima de su cuerpo. Solté mi presa sobre su cabeza y liberé mi brazo izquierdo mientras pasaba encima suyo. Me arrastré de izquierda a derecha, tirando de mi brazo derecho e intentando cogerle los pies.

Sin embargo, Gérard no quería saber nada de esto. Por ese entonces había puesto sus brazos debajo suyo. Con un gran empujón logró liberarse y se retorció hasta ponerse de pie. Yo me enderecé y di un salto hacia atrás. Inmediatamente avanzó sobre mí, y yo llegué a la conclusión de que si continuaba luchando con él, mi cuerpo quedaría hecho papilla. Tenía que correr ciertos riesgos.

Vigilé sus pies, y cuando llegó lo que yo pensé que era el mejor momento, me lancé debajo de sus brazos extendidos en el instante en que estaba cambiando su peso hacia su pie izquierdo, levantando el derecho. Pude cogerle el tobillo derecho y alzarlo aproximadamente un metro detrás suyo. Dio una vuelta y se desplomó hacia adelante y a la izquierda.

Se arrastró para intentar ponerse de pie y logré darle en la mandíbula un golpe de izquierda que volvió a tumbarlo. Sacudió la cabeza, protegiéndola con los brazos mientras se ponía una vez más de pie. Intenté patearle el estómago, pero fallé cuando él giró, dándole en la cadera. Logró mantener el equilibrio y avanzó nuevamente.

Le lancé golpes rápidos a la cara, bailando a su alrededor. Le di dos veces más en el estómago y me aparté. Sonrió. Sabía que yo tenía miedo de acercarme a él. Tiré una patada a su estómago y acerté. Sus brazos bajaron lo suficiente para que pudiera darle un golpe con el canto de la mano en el cuello, justo por encima de la clavícula. Sin embargo, en ese momento, sus brazos salieron disparados hacia adelante y se cerraron alrededor de mi cintura. Le cerré la boca con la palma de mi mano, pero no le impidió apretar su abrazo y alzarme por encima del suelo. Era demasiado tarde para golpearle otra vez. Esos sólidos brazos ya me estaban aplastando los riñones. Busqué sus carótidas con mis pulgares y apreté.

Pero él continuó alzándome hacia atrás, por encima de su cabeza. Mis dedos

se aflojaron, soltándole. Entonces me tiró con fuerza de espaldas sobre la grava, de la misma manera en que las campesinas lavan su ropa sobre las rocas.

El amanecer era hermoso, pero el ángulo no era el correcto… Por unos noventa grados…

Repentinamente fui invadido por el vértigo. Esto canceló el comienzo de la consciencia de un mapa de dolores que corrió a lo largo de mi espalda y alcanzó la gran ciudad en algún lugar cerca de mi mentón.

Colgaba en el aire. Al girar lentamente la cabeza pude ver hasta una gran distancia, hacia abajo.

Sentí un par de poderosas abrazaderas pegadas a mi cuerpo… en el hombro y en el muslo. Cuando me volví para mirarlas, vi que eran manos. Torciendo mi cuello todavía más, observé que eran las manos de Gérard. Me mantenía en toda la extensión de sus brazos por encima de su cabeza. Se encontraba en el mismo borde del sendero, desde donde yo podía ver Garnath y el final del camino negro muy lejos debajo. Si me soltaba, parte de mí podría unirse a los excrementos de los pájaros que manchaban la cara del risco, mientras que el resto se parecería a las descoloridas medusas que yo había visto en otras playas.

—Sí. Mira abajo, Corwin —dijo, sintiendo que me movía, alzando la vista y mirándome a los ojos—. Todo lo que tengo que hacer es abrir las manos.

—Te escucho —murmuré en voz baja, tratando de pensar en el modo de arrastrarlo conmigo si decidía hacerlo.

—No soy un hombre inteligente —prosiguió—. Pero tuve un pensamiento… un pensamiento terrible. Esta es la única manera en que sé cómo hacer algo al respecto. Mi pensamiento fue que tú habías estado lejos de Ámbar durante un tiempo tremendamente largo. No tengo ningún modo de saber si tu historia de que perdiste la memoria es cierta. Has regresado y te has hecho cargo de todo, pero todavía no gobiernas de verdad aquí. Me perturbaron las muertes de los sirvientes de Benedict, así como ahora estoy perturbado por la muerte de Caine. Pero Eric también ha muerto recientemente, y Benedict está mutilado. No es muy fácil echarte a ti la culpa de esto último, pero se me ocurre que podría ser posible… si se diera el caso de que estuvieras aliado con nuestros enemigos del camino negro.

—No lo estoy —dije.

—Eso no importa para lo que tengo que decirte —continuó—. Sólo escúchame. Las cosas ocurrirán de la manera que tengan que ocurrir. Si, durante tu larga ausencia, tú planeaste las cosas que están pasando —posiblemente incluso quitando de en medio a Papá y a Brand como parte de tu esquema—, entonces te veo como alguien que quiere eliminar toda resistencia familiar para lograr tu usurpación.

—Si este fuera el caso, ¿me hubiera entregado a las manos de Eric para que me quitara los ojos?

—¡Escúchame! —repitió—. Fácilmente podrías haber cometido errores que llevaran a eso. Ahora no importa. Puedes ser tan inocente como dices o ser culpable. Mira abajo, Corwin. Eso es todo. Mira el camino negro. La muerte es el límite de la distancia que recorrerás si eso es obra tuya. Te he mostrado mi fuerza una vez más, en caso de que la hubieras olvidado. Puedo matarte, Corwin. Ni siquiera estés seguro de que tu espada te protegerá si puedo poner mis manos en ti una sola vez. Y lo haré, para mantener mi promesa. Mi promesa es que si eres culpable, te mataré en el momento en que me entere. Tienes que saber también que mi vida está asegurada, Corwin, ya que ahora está unida a la tuya.

—¿Qué quieres decir?

—Todos los demás están con nosotros en este momento, a través de mi Triunfo, observando, escuchando. Ahora no puedes arreglar mi muerte sin revelar tus intenciones al resto de la familia. De esa manera, si muero sin cumplir mi promesa, ésta todavía se cumplirá.

—Ya veo —dije—. ¿Y si te mata algún otro? También me quitarán de en medio a mí. Eso deja libres a Julián, Benedict, Random, y a las chicas. Mejor y mejor… para quien sea el culpable. ¿De quién fue esta idea?

—¡Mía! ¡Sólo mía! —gritó, y sentí cómo sus manos se cerraban, doblando los brazos y poniéndolos tensos—. ¡Sólo intentas confundir las cosas! ¡Como siempre! —se quejó—. ¡Las cosas no fueron mal hasta que tú regresaste! ¡Maldita sea, Corwin! ¡Creo que es culpa tuya!

Me arrojó al aire.

—¡No soy culpable, Gérard! —fue lo único que pude gritar.

Entonces me cogió —con fuerza, casi arrancándome el hombro— y me sacó

del precipicio. Me hizo girar y me depositó en el suelo. Inmediatamente se alejó, volviendo hasta la zona de grava donde habíamos luchado. Le seguí y recogimos nuestras cosas.

Mientras se abrochaba el enorme cinturón alzó la vista hasta mí, volviendo a apartarla.

—No volveremos a hablar más de ello —dijo.

—De acuerdo.

Di media vuelta y me dirigí hacia los caballos. Montamos y comenzamos a bajar el sendero.

El manantial producía su pequeña música en la arboleda. Más alto ahora, el sol tejía líneas de luz entre los árboles. Todavía había un poco de rocío en la hierba. El césped que cortase para la tumba de Caine estaba húmedo.

Cogí la pala que había traído y abrí la tumba. Sin decir una palabra, Gérard me ayudó a poner el cuerpo sobre la tela en la que llevaríamos a Caine. Lo envolvimos en ella y la cerramos, cosiéndola.

—¡Corwin! ¡Mira! —era un susurro, y mientras hablaba su mano se cerró en mi codo.

Seguí la dirección de su mirada y quedé inmóvil. Ninguno de nosotros se movió mientras contemplábamos la aparición: la envolvía un blanco resplandeciente y suave, como si estuviera cubierta por él en vez de por piel y crin; sus diminutos y partidos cascos eran dorados, igual que el delicado cuerno en espiral que nacía de la cabeza. Estaba sobre una de las rocas más pequeñas, mordisqueando los líquenes que crecían allí. Sus ojos, cuando los alzó y los dirigió en nuestra dirección, eran de un verde esmeralda y brillante. Se unió a nosotros en la inmovilidad durante un par de segundos. Entonces hizo un rápido y nervioso gesto con sus patas delanteras, arañando el aire y golpeando la piedra tres veces. Y luego fue una silueta borrosa que desapareció como un copo de nieve, silenciosamente, tal vez entre los árboles a nuestra derecha.

Me puse en pie y me dirigí hacia la piedra. Gérard me siguió. Allí, en el moho, pude localizar sus diminutas huellas.

—Entonces lo vimos de verdad —dijo Gérard.

Asentí.

—Vimos algo. ¿Lo habías visto antes?

—No. ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—Julián dice que lo vio una vez —comentó—, de lejos. Dice que sus perros se negaron a darle caza.

—Era hermoso. Cola larga y sedosa, cascos brillantes…

—Sí. Papá siempre lo tomó como un buen presagio.

—Me gustaría hacerlo a mí también.

—Un momento raro para aparecer… Todos estos años…

Asentí otra vez.

—¿Hay algo especial que debamos hacer? Siendo nuestro patrón y todo eso… ¿Deberíamos hacer algo?

—Si lo hay, Papá nunca me lo dijo —contesté. Le di unas palmadas a la roca donde había aparecido—. Si anuncias algún giro en nuestra suerte, si nos traes alguna medida de gracia… gracias, unicornio —dije—. E incluso si no lo haces, gracias por el resplandor de tu compañía en un tiempo oscuro.

Entonces nos dirigirnos hasta el manantial y bebimos de él. Aseguramos nuestro sombrío paquete en el lomo del tercer caballo. Caminamos conduciendo a nuestras monturas hasta que estuvimos lejos del lugar, donde, salvo por el agua, todo se había quedado muy quieto.

VI

Las incesantes ceremonias de la vida surgen continuamente, los humanos aparecen eternamente en el seno de la esperanza, siempre a punto de caer de la sartén al fuego: esa era la suma de la sabiduría de mi larga vida aquella noche, ofrecida en un estado de ánimo de creativa ansiedad, contestada por Random con un movimiento de cabeza y una amistosa obscenidad.

Estábamos en la biblioteca, y yo me encontraba sentado en el borde del gran escritorio. Random ocupaba una silla a mi derecha. Gérard permanecía de pie en el otro extremo de la habitación, observando algunas armas que colgaban de la pared. O tal vez lo que miraba era el aguafuerte del unicornio hecho por Rein. Fuera lo que fuere, al igual que nosotros, ignoraba a Julián, que estaba sentado desgarbadamente en una butaca al lado de las vitrinas, justo en el centro, con las piernas extendidas, los brazos cruzados y mirándose las botas. Fiona —tal vez un metro cincuenta y cinco de estatura—, ojos verdes fijos en los ojos azules de Flora a medida que hablaban, allí, al lado de la chimenea, con su cabello sustituyendo el vacío hogar, ardiendo sin llamas, me recordaba, como siempre, una obra que el artista acabara de terminar. Ese lugar en el nacimiento de su cuello donde su pulgar había marcado la clavícula siempre atrajo mis ojos como la marca de un maestro artesano, especialmente cuando alzaba la cabeza, burlona o imperiosa, para mirarnos a nosotros, seres más altos. En ese momento sonrió ligeramente, sin duda consciente de mi mirada, casi una facultad clarividente cuyo reconocimiento nunca le quitó su capacidad de sorprender. Llewella, alejada en una esquina, fingiendo estudiar un libro, nos daba la espalda a todos, con sus verdes trenzas descansando unos centímetros por encima del oscuro cuello de su vestido. Nunca pude estar seguro de si la distancia que mantenía con todos se debía al odio, a la consciencia de su propia alienación, o a la simple cautela. Probablemente fuera un poco de todo. La suya no era una presencia tan familiar en Ámbar.

… Y el hecho de que nosotros constituíamos una colección de individuos en vez de un grupo, una familia, en un momento en que yo quería adquirir algo así como una identidad colectiva, una voluntad de cooperar, fue lo que me impulsó a hacer mis comentarios y lo que forzó el reconocimiento de Random.

Sentí una presencia familiar, escuché un «hola, Corwin», y allí estaba Deirdre, contactando conmigo. Extendí mi mano y cogí la suya, alzándola. Dio un paso hacia adelante, como si fuera el primer paso de un baile formal, y se acercó,

mirándome. Por un instante una ventana enrejada había enmarcado su cabeza y sus hombros, y un rico tapiz había adornado la pared izquierda. Todo planeado, por supuesto. Sin embargo, efectivo. Tenía mi Triunfo en su mano izquierda. Sonrió. Los otros miraron en nuestra dirección cuando apareció, golpeándoles con aquella sonrisa, como la Mona Lisa con una ametralladora, y se volvió lentamente.

—Corwin —dijo, me besó brevemente y se apartó—. Temo haber llegado demasiado pronto.

—Nunca —repliqué, girando hacia Random, quien acababa de ponerse de pie, ganándome por segundos.

—¿Puedo ofrecerte una copa, hermana? —preguntó, tomando su mano e indicándole el bar.

—Sí, claro. Gracias.

Y la llevó consigo y le sirvió algo de vino, supongo que evitando, o al menos posponiendo, su habitual enfrentamiento con Flora. Pensaba que al menos la mayor parte de las viejas fricciones todavía estaban presentes tal como yo las recordaba. Así que si por el momento aquello me costaba su compañía, por lo menos mantenía el índice de tranquilidad doméstica, que en ese momento para mí era importante. Random puede ser bueno para esas cosas cuando quiere.

Di golpecitos en el borde del escritorio con la punta de los dedos, me froté el hombro dolorido, descrucé y volví a cruzar las piernas, pensé si debía encender un cigarrillo…

Repentinamente él estuvo allí. En el extremo más alejado de la habitación, Gérard se había vuelto hacia su izquierda, dijo algo y extendió la mano. Un instante después, estrechaba la mano izquierda y única de Benedict, el miembro que faltaba de nuestro grupo.

De acuerdo. El hecho de que Benedict eligiera aparecer a través del Triunfo de Gérard en vez del mío era su modo de expresar sus sentimientos hacia mí. ¿Era también la señal de una alianza para mantenerme a raya? Por lo menos había sido un movimiento calculado para hacer que me lo cuestionara. ¿Habría sido Benedict quien le sugiriera a Gérard nuestro ejercicio de la mañana? Probablemente.

En ese momento Julián se puso de pie, cruzó la habitación y saludó a Benedict, dándole la mano. Esta actividad atrajo a Llewella. Se volvió, cerrando su

libro y poniéndolo a un lado. Sonriendo, avanzó y saludó a Benedict, le hizo un movimiento de cabeza a Julián, y le dijo algo a Gérard. La improvisada conferencia continuó, animándose. Una vez más, de acuerdo.

Cuatro y tres. Y dos en el medio…

Esperé, mirando al grupo del otro lado de la habitación. Ya estábamos todos presentes, por lo que les podría haber pedido su atención para comenzar lo que tenía en mente. Sin embargo…

Era demasiado tentador. Estaba seguro de que todos nosotros podíamos sentir la tensión. Era como si repentinamente se hubieran activado en la habitación dos polos magnéticos. Tenía curiosidad por ver cómo quedarían conformados los lados.

Flora me lanzó una rápida mirada. Dudaba de que hubiera cambiado durante la noche… a menos que, por supuesto, hubiera surgido algún nuevo acontecimiento. No, estaba seguro de que había anticipado bien el siguiente movimiento.

Y no me equivoqué. Pude escucharla mencionar que tenía sed y que le gustaría una copa de vino. Se volvió parcialmente e hizo un movimiento en mi dirección, como si esperara que Fiona la acompañara. Dudó por un momento cuando esto no sucedió, convirtiéndose repentinamente en el foco de atención de todos; dándose cuenta de ello, tomó una decisión rápida, sonrió y avanzó hacia mí.

—Corwin —dijo—, creo que me gustaría una copa de vino.

Sin volver la cabeza ni quitar la vista del grupo delante mío, llamé por encima del hombro.

—Random, ¿le servirías una copa de vino a Flora?

—Por supuesto —replicó, y escuché los sonidos necesarios para ello.

Flora asintió, dejó de sonreír, y pasó más allá de mí hacia mi derecha.

Cuatro y cuatro, dejando a la querida Fiona ardiendo brillantemente en el centro de la habitación. Siendo totalmente consciente de ello y disfrutándolo, inmediatamente se volvió hacia el espejo oval de marco oscuro y complejamente tallado, que colgaba en el espacio libre entre las dos estanterías más próximas.

Comenzó a arreglarse un mechón de cabello suelto en la cercanías de su sien izquierda.

Su movimiento produjo un resplandor verde y plata entre las rojas y doradas geometrías de la alfombra, cerca del lugar donde había descansado su pie izquierdo.

Yo tenía el deseo simultáneo de maldecir y sonreír. La consumada zorra jugaba con nosotros otra vez. Aunque siempre era notable… Nada había cambiado. Sin maldecir ni sonreír, avancé, tal como ella sabía que lo haría.

Pero Julián también se aproximó, y un poco más rápidamente que yo. Él estaba algo más cerca, y tal vez lo detectó una fracción de segundo antes.

Lo recogió, haciéndolo oscilar suavemente.

—Tu brazalete, hermana —ofreció amablemente—. Parece haber olvidado tu muñeca. Aquí tienes… permíteme.

Ella extendió la mano, ofreciéndole una de esas sonrisas de párpados caídos mientras él le volvía a abrochar la cadena de esmeraldas. Cuando terminó, él cogió su mano entre las suyas y comenzó a volverse para regresar a su esquina, desde donde los otros trataban de mirar por el rabillo del ojo mientras fingían estar ocupados.

—Estoy seguro de que te divertirá mucho el chiste que estábamos a punto de compartir —comenzó él.

La sonrisa de ella se hizo incluso más encantadora mientras soltaba su mano.

—Gracias, Julián —replicó—. Estoy segura de que cuando lo escuche me reiré. Pero me temo que seré la última, como siempre —se volvió y cogió mi brazo—. Creo que tengo más ganas —añadió— de una copa de vino.

Así que la llevé conmigo y vi que se la sirvieran. Cinco y cuatro.

Julián, al que le desagrada mostrar sentimientos fuertes, tomó una decisión pocos momentos después y nos siguió. Se sirvió una copa, bebió de ella, me estudió durante diez o quince segundos, y luego dijo:

—Creo que ya estamos todos presentes. ¿Cuándo piensas comenzar con lo que sea que tengas en mente?

—No veo ningún motivo para que lo sigamos retrasando —respondí— ahora que todo el mundo ha tenido su turno —. Entonces alcé la voz y la dirigí a través de la habitación—. Ha llegado la hora. Pongámonos cómodos.

Los demás se fueron acercando; se colocaron sillas y se sirvió más vino. Un minuto más tarde comenzó la audiencia.

—Gracias —dije cuando cesaron todos los ruidos—. Tengo un cierto número de cosas que me gustaría decir. El curso de los acontecimientos dependerá de lo que ocurra antes, y entraremos en ello inmediatamente. Random, cuéntales lo que me dijiste ayer.

—De acuerdo.

Retrocedí hasta el asiento que había detrás del escritorio y Random avanzó para ocupar su borde. Me recliné y escuché de nuevo la historia de su contacto con Brand y su intento de rescatarlo. Fue una versión condensada, sin las especulaciones que dominaban mi consciencia desde que Random las colocara allí. Pero a pesar de su omisión, el tácito descubrimiento de las implicaciones pasó por la mente de todos. Estaba seguro de ello. Esta fue la razón principal por la que quise que Random hablara primero. Si yo simplemente hubiera intervenido para exponer mis sospechas, seguramente se me habría acusado de intentar la por tanto tiempo honrada práctica de apartar la atención de mí… acto que inmediatamente hubiera sido seguido por los ruidos aislados, agudos y metálicos de sus mentes cerrándose en mi contra. De esta manera, a pesar de cualquier pensamiento de que Random pudiera contar lo que yo quisiera que dijese, le escucharían, y mientras tanto, sus mentes no pararían de hacerse preguntas. Jugarían con las ideas, intentando primero deducir la razón por la que yo había convocado esta asamblea. Dejarían el tiempo suficiente para permitir que los hechos se asentaran inmediatamente después de la corroboración. Y se estarían preguntando si podríamos presentar la evidencia. Yo mismo me estaba haciendo esa pregunta.

Mientras esperaba y me hacía preguntas, observaba a los otros, ejercicio infructuoso y sin embargo inevitable. La simple curiosidad, incluso más que la sospecha, me obligaba a escrutar esos rostros en busca de reacciones, pistas, indicaciones… en las caras que conocía mejor que ninguna, hasta los límites de mi comprensión de tales cosas. Y, por supuesto, no me indicaron nada. Tal vez sea

verdad que miras a una persona la primera vez que la ves, y después de eso coges rápidos atajos cada vez que la reconoces. Mi cerebro es lo suficientemente perezoso como para darle credibilidad a esa idea, usando sus poderes de abstracción y la presunción de regularidad para evitar, siempre que es posible, el trabajo. Aunque esta vez me obligué a mirar, pero esto tampoco ayudó. Julián mantenía su máscara entre aburrida y divertida. Gérard aparecía alternativamente sorprendido, enojado, y pensativo. Benedict simplemente tenía un aspecto adusto y de sospecha. Llewella parecía tan triste e inescrutable como siempre. Deirdre, distraída; Flora, condescendiente; y Fiona estaba estudiando a los demás, incluido yo, reuniendo su propio catálogo de reacciones.

De lo único que pude estar seguro después de un tiempo, era que Random estaba causando una gran impresión. Mientras que nadie se traicionaba, vi que el aburrimiento desaparecía, desvaneciéndose la vieja sospecha mientras la nueva cobraba vida. El interés creció entre mi familia. Casi era fascinación. Entonces todo el mundo tuvo preguntas. Primero unas pocas, luego montones.

—Esperad —interrumpí—. Dejad que acabe. Todo. Algunas de ellas se responderán por sí mismas. Haced las otras después.

Hubo gruñidos y asentimientos, y Random continuó hasta el final real. Esto es, continuó hasta nuestra lucha con las criaturas en casa de Flora, indicando que eran de la misma especie de la que había matado a Caine. Flora corroboró esta parte.

Entonces, cuando surgieron las preguntas, los observé cuidadosamente. Mientras preguntaran sobre el material de la historia de Random, todo estaría bien. Pero yo quería cortar el asunto poco antes de las especulaciones de que alguno de nosotros estuviera detrás del asunto. Tan pronto como surgiera eso, se hablaría de mí y aparecería el olor de arenque rojo frito. Esto podría conducir a palabras desagradables, haciendo que surgiera un estado anímico que yo no estaba ansioso por crear. Mejor que fuéramos primero por las pruebas, dejando para después las recriminaciones, y si fuera posible arrinconar al culpable ahora, consolidando allí mismo mi posición.

Así que observé y esperé. Cuando sentí que el momento vital se estaba aproximando demasiado, detuve el reloj.

—No sería necesaria esta discusión ni estas especulaciones —dije—, si conociéramos todos los hechos ahora. Y puede que haya una manera de

conseguirlos… ahora mismo. Esa es la razón por la que estáis aquí.

Lo conseguí. Tenía su atención. Estaban preparados. Incluso ansiosos.

—Propongo que intentemos contactar con Brand y traerlo a casa —anuncié—, ahora.

—¿Cómo? —me preguntó Benedict.

—Los Triunfos.

—Ya se intentó —dijo Julián—. No se le puede alcanzar de esa manera. No responde.

—No me estaba refiriendo a la manera normal —observé—. Os pedí a todos que trajerais los Triunfos con vosotros. Confío que los tengáis.

Todos asintieron.

—Bien —proseguí—. Saquemos el Triunfo de Brand ahora. Propongo que los nueve intentemos contactar con él simultáneamente.

—Una idea interesante —dijo Benedict.

—Sí —corroboró Julián, sacando los suyos y buscando entre ellos—. Al menos vale la pena intentarlo. Puede que genere poder adicional. No lo sé.

Localicé el Triunfo de Brand. Esperé hasta que los otros lo hubieran encontrado. Luego dije:

—Coordinemos las cosas. ¿Estáis preparados?

Los ocho asintieron.

—Entonces adelante. Intentémoslo. Ahora. Estudié mi carta. Los rasgos de Brand se parecían a los míos, pero era más bajo y delgado y su cabello similar al de Fiona. Vestía un traje de montar verde. Estaba sobre un caballo blanco. ¿Hacía cuánto tiempo de esto? ¿Cuánto?, me pregunté. Tenía algo de soñador, de místico, de poeta; Brand siempre estaba desilusionado o contento, era cínico o se entregaba por completo. Sus sentimientos nunca parecían encontrar un terreno intermedio. Catalogarlo como un maníaco depresivo sería emplear un término demasiado fácil

para su complejo carácter, sin embargo podría servir para indicar una dirección de partida, con multitud de calificativos que llenaran el camino a partir de ahí. Continuando con esto, debo admitir que hubo momentos en que lo encontré completamente encantador, considerado y leal, como para estimarlo por encima de toda mi familia. En otros momentos, sin embargo, podía ser tan amargo, sarcástico, y totalmente salvaje, que intentaba evitar su compañía por miedo a hacerle daño. La última vez que le había visto fue en una de estas ocasiones, justo antes de que Eric y yo tuviéramos la pelea que condujo a mi exilio de Ámbar.

… Y esos eran mis pensamientos y sentimientos mientras observaba su Triunfo, lanzando mi mente hacia él, mi voluntad, abriendo el sitio vacío que buscaba que él llenara. A mi alrededor los demás revisaban sus propios recuerdos, haciendo lo mismo.

Lentamente la carta fue cobrando una cualidad de sueño-polvo, adquiriendo la ilusión de profundidad. Siguió esa sensación borrosa, familiar, con el sentido de movimiento que anuncia el contacto con el sujeto. El Triunfo se hizo más frío bajo mis dedos, y entonces los contornos fluyeron y se formaron, consiguiendo una repentina solidez de visión, persistente, dramática, completa.

Parecía estar en una celda. Había un muro de piedra detrás suyo. Había paja en el suelo. Estaba encadenado, y su cadena iba directamente a un enorme anillo empotrado en el muro por encima y detrás de él. Era una cadena bastante larga, que le dejaba suficiente espacio para moverse, factor que aprovechaba, ya que yacía sobre un montón de paja y harapos en una esquina. Su pelo y barba estaban bastante largos, y su cara más delgada que nunca. Su ropa estaba hecha jirones y sucia. Daba la impresión de estar dormido. Mi mente retrocedió hasta mi propio encarcelamiento… los olores, el frío, la humedad, la soledad, la locura que aparecía intermitentemente. Por lo menos a él todavía le quedaban los ojos, ya que parpadearon y pude verlos cuando varios de nosotros pronunciamos su nombre; eran verdes, con un aspecto vacío e ido.

¿Estaba drogado? ¿O pensaba que alucinaba?

Pero repentinamente su espíritu volvió. Se puso en pie. Extendió la mano.

—¡Hermanos! —exclamó—. ¡Hermanas!

—¡Voy! —escuchamos un grito que sacudió la habitación.

Gérard se había puesto en pie de un salto, tirando su silla.

Se lanzó a través de la habitación y cogió un enorme hacha de batalla que colgaba de la pared. Se lo pasó por la muñeca, manteniendo el Triunfo en esa misma mano. Luego extendió su mano libre y repentinamente estuvo allí, cogiendo a Brand, que eligió ese momento para desmayarse otra vez. La imagen fluctuó. El contacto se rompió.

Maldiciendo, busqué en el paquete el Triunfo de Gérard. Varios de los otros parecían estar haciendo lo mismo. Localizándola, busqué el contacto. Lentamente, girando, se produjo la unión. ¡Allí!

Gérard había estirado la cadena a través de las piedras del muro y la estaba atacando con el hacha. Sin embargo era pesada, y resistió sus poderosos golpes durante un buen rato. Eventualmente, varios de los eslabones quedaron aplastados y marcados, pero él la había estado golpeando unos dos minutos, y el ruido alertó a los guardias.

Se escucharon ruidos desde la izquierda… sonido de llaves, el deslizarse de barras, el crujir de bisagras. Aunque mi campo de percepción no se extendía tan lejos, parecía obvio que la puerta de la celda se estaba abriendo. Brand se puso en pie una vez más. Gérard continuaba golpeando la cadena.

—¡Gérard! ¡La puerta! —grité.

—¡Lo sé! —rugió, pasando la cadena alrededor de su brazo y tirando de ella. No cedió.

Entonces soltó la cadena y golpeó con el hacha cuando uno de los guerreros de los espolones en las manos se lanzó sobre él esgrimiendo la espada. El tipo cayó, para ser reemplazado por otro. Entonces un tercero y un cuarto se amontonaron a su alrededor. Otros les seguían detrás.

En ese momento hubo un movimiento borroso y Random apareció de rodillas en la celda, con su mano derecha sujetando la de Brand mientras su izquierda mantenía la silla ante él como si fuera un escudo, con las patas hacia adelante. Se puso en pie de un salto y se lanzó sobre los atacantes, empujando la silla como un carnero embistiendo. Retrocedieron. Levantó la silla, moviéndola en un semicírculo. Uno yacía muerto en el suelo, cercenado por el hacha de Gérard. Otro se había hecho a un lado, cogiéndose el muñón de su brazo derecho. Random sacó una daga y la dejó en un estómago cercano, le aplastó el cráneo a dos más con la silla, e hizo retroceder al último hombre. Misteriosamente, mientras ocurría esto,

el hombre muerto se elevó del suelo y lentamente fue subiendo a la deriva, chorreando y goteando todo el rato. El que había sido apuñalado cayó de rodillas, cogiendo el puñal.

Mientras tanto, Gérard había agarrado la cadena con las dos manos. Apoyó un pie contra el muro y comenzó a tirar. Sus hombros se alzaron mientras los grandes músculos se tensaban en toda su espalda. La cadena resistió. Tal vez diez segundos. Quince…

Entonces, con un chasquido, se partió. Gérard trastabilló hacia atrás, manteniendo el equilibrio al extender la mano. Miró atrás, aparentemente a Random, que en ese momento estaba fuera de mi línea de visión. Satisfecho en principio, se volvió, agachándose y cogiendo a Brand, que se había vuelto a desmayar. Sosteniéndolo en sus brazos, giró y extendió una mano por debajo de su cuerpo. Random apareció otra vez a la vista a su lado, sin la silla, y también nos hizo un gesto.

Todos extendimos las manos hacia ellos, y un momento después estuvieron entre nosotros, que los rodeamos.

Había surgido una especie de alegría exaltada mientras nos abalanzábamos sobre él para tocarlo, para verlo; era nuestro hermano, que había estado ausente todos estos años y que justo ahora acabábamos de arrebatárselo a sus misteriosos carceleros. Y al fin, esperanzadoramente, tal vez algunas respuestas también habrían sido liberadas junto con él. Sólo que tenía un aspecto tan débil, tan delgado, tan pálido…

—¡Atrás! —grito Gérard—. ¡Dejad que lo lleve hasta el sofá! Entonces podréis mirar…

Silencio absoluto. Todos habíamos retrocedido para quedarnos luego como piedras ante la visión de sangre en las ropas de Brand, fresca y chorreante. De su costado izquierdo sobresalía un cuchillo que ninguno de sus carceleros pudo haberle clavado en la celda. Alguien de la familia había intentado hundírselo en el riñón. No me reconfortó el hecho de que la Conjetura de Random-Corwin de que Había Uno de Nosotros Detrás de Todo acabara de recibir una significativa corroboración. Durante un instante concentré todas mis facultades en un intento de fotografiar mentalmente la posición que ocupaba cada uno cuando liberamos a Brand. Entonces el hechizo se rompió. Gérard llevó a Brand al sofá y todos nos apartamos; nos dábamos cuenta no sólo de lo que había ocurrido, sino de lo que

implicaba.

Gérard puso a Brand boca abajo y le arrancó la sucia camisa.

—Traedme agua limpia —dijo—. Y toallas. Conseguidme una solución salina y glucosa… Traedme un equipo médico completo.

Deirdre y Flora se dirigieron hacia la puerta.

—Mis habitaciones son las más próximas —dijo Random—. Una de vosotras encontrará allí un equipo médico. Pero el único lugar donde hay suero es en el laboratorio en el tercer piso. Será mejor que vaya y os ayude.

Se marcharon juntos.

Todos habíamos recibido educación médica en algún momento de nuestras vidas, tanto aquí como en la Sombra. Aunque lo que aprendimos en la Sombra tenía que ser modificado en Ámbar. La mayoría de los antibióticos de los mundos de sombra, por ejemplo, no servían aquí. Por otro lado, nuestros procesos inmunológicos personales parecían funcionar de manera diferente al de las otras personas a las que habíamos estudiado, por lo que resulta mucho más difícil para nosotros llegar a tener una infección… y en caso de tenerla, la tratamos de una manera más expeditiva. Es que también poseemos unas marcadas capacidades regenerativas.

Lo cual tiene que ser así, por supuesto, ya que el ideal necesariamente es superior a sus sombras. Y amberitas que somos, y conscientes de estos hechos desde nuestra infancia, todos recibimos una educación médica en una época temprana de nuestras vidas. Básicamente, a pesar de lo que a menudo se dice sobre ser tu propio médico, esto se basa en nuestra justificada desconfianza de casi todo el mundo, y en mayor medida de aquellos que pueden tener nuestras vidas en sus manos. Lo cual explica parcialmente el porqué no aparté a Gérard a un lado para tratar a Brand yo mismo, a pesar del hecho de que yo había pasado por una facultad de medicina en la Tierra de sombra durante las últimas generaciones. La otra parte de la explicación es que Gérard no permitía que nadie se acercara a Brand. Julián y Fiona se habían aproximado, aparentemente con la misma idea en mente, sólo para encontrarse con el brazo de Gérard como una barrera en un cruce de vías.

—No —dijo—. Sé que yo no lo hice, y eso es lo único que sé. No habrá ninguna segunda oportunidad para nadie más.

Si cualquiera de nosotros hubiera tenido esa clase de herida en un estado físico sano, diría que si superaba la primera media hora, lograría sobrevivir. Aunque Brand… El estado en el que se encontraba… No se sabía.

Cuando los otros volvieron con el material y el equipo, Gérard limpió a Brand, suturó la herida, y la vendó. Enganchó el suero, le quitó las esposas, rompiéndolas con un martillo y un cincel que Random había localizado, cubrió a Brand con una sábana y una manta, y le volvió a tomar el pulso.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Débil —respondió, y acercó una silla, sentándose al lado del sofá—. Que alguien me traiga mi espada… y una copa de vino. No bebí antes. También un poco de comida, si queda algo en la mesa, estoy hambriento.

Llewella se dirigió a la mesa y Random le trajo la espada que estaba detrás de la puerta.

—¿Piensas quedarte aquí? —preguntó Random, alcanzándole el arma.

—Sí.

—¿Y si trasladáramos a Brand a una cama mejor?

—Está bien donde se encuentra. Yo decidiré cuándo se le puede mover. Mientras tanto que alguien encienda un fuego en la chimenea. Luego apagad algunas de esas velas.

Random asintió.

—Lo haré yo —dijo. Después cogió el cuchillo que Gérard había extraído del costado de Brand, un estilete fino, con una hoja de unos dieciséis centímetros de largo. Lo sostuvo sobre la palma de su mano.

—¿Reconoce alguien esto? —preguntó.

—Yo no —contestó Benedict.

—Ni yo —dijo Julián.

—No —afirmé.

Las chicas sacudieron la cabeza.

Random lo estudió.

—Se puede esconder fácilmente… en una manga, en una bota o una chaqueta. Hizo falta mucha sangre fría para usarlo de esa manera…

—Desesperación —añadí yo.

—… y una precisa anticipación de nuestra escena multitudinaria. Fue un acto perfectamente planeado.

—¿Pudo haberlo hecho alguno de los guardias? —preguntó Julián—. ¿Allí en la celda?

—No —respondió Gérard—. Ninguno se acercó lo suficiente.

—Parece un cuchillo perfecto para ser arrojado de lejos —comentó Deirdre.

—Lo es —corroboró Random, sopesándolo con la punta de los dedos—. Sólo que ninguno tuvo la posibilidad de un buen lanzamiento, o la oportunidad. Estoy seguro.

Llewella volvió, llevando una bandeja con rodajas de carne, media barra de pan, una botella de vino y una copa. Vacié una mesa pequeña y la coloqué al lado de la silla de Gérard. Mientras Llewella depositaba la bandeja, preguntó:

—¿Pero por qué? Eso sólo nos deja a nosotros. ¿Por qué uno de nosotros querría hacerlo?

Suspiré.

—¿De quién crees que pudo haber sido prisionero? —pregunté.

—¿Uno de nosotros?

—Sí, en caso de que hubiera descubierto algo que debía permanecer en secreto. La misma razón sirvió para encerrarlo donde estaba y mantenerlo allí.

Frunció las cejas.

—Eso tampoco tiene sentido. ¿Por qué no lo mataron y acabaron con el asunto?

Me encogí de hombros.

—Tendría alguna utilidad para ellos —aventuré—. Pero sólo hay una persona que pueda responder a esa pregunta adecuadamente. Cuando lo encuentres, pregúntale a él.

—O a ella —dijo Julián—. Hermana, repentinamente pareces ser demasiado ingenua.

La mirada de ella quedó clavada en los ojos de Julián, un par de icebergs reflejando frígidos infinitos.

—Tal como recuerdo —dijo—, te levantaste de la silla cuando aparecieron, giraste a la izquierda, rodeaste el escritorio y permaneciste ligeramente a la izquierda de Gérard. Te inclinaste bastante hacia adelante. Y creo que tus manos estaban fuera del campo de visión.

—Y tal como yo recuerdo —siguió él—, tú también estabas a una distancia desde donde podías clavarle el cuchillo, a la izquierda de Gérard… e inclinada hacia adelante.

—Tendría que haberlo hecho con mi mano izquierda, y yo soy diestra.

—Tal vez le deba la poca vida que todavía posee a ese hecho.

—Pareces terriblemente ansioso, Julián, de descubrir que fue otra persona.

—De acuerdo —corté—. De acuerdo. Sabéis que esto no conduce a ningún lado. Sólo uno de nosotros lo hizo, y esta no es la manera de descubrirlo.

—A él o a ella —añadió Julián.

Gérard se levantó, irguiéndose por encima de nosotros, y nos miró furioso.

—No dejaré que molestéis a mi paciente —exclamó—. Random, dijiste que te ibas a encargar del fuego.

—Ahora mismo —dijo Random, y comenzó a hacerlo.

—Vayamos hasta la sala de estar que hay en el hall principal de abajo —sugerí—. Gérard, pondré a dos guardias fuera de la habitación para que monten vigilancia ante la puerta.

—No —dijo Gérard—. Prefiero que cualquiera que lo intente pueda llegar hasta aquí. Os daré su cabeza por la mañana.

Asentí.

—Bien, puedes llamarnos si necesitas algo… o contacta con uno de nosotros a través del Triunfo. Te contaremos por la mañana cualquier cosa que hayamos podido averiguar.

Gérard se sentó, gruñó, y comenzó a comer. Random encendió el fuego y apagó algunas luces. La manta de Brand subía y bajaba al ritmo de su respiración, lenta pero regularmente. Salimos en silencio de la habitación y nos dirigimos hacia las escaleras, dejándolos allí juntos, con el fuego crepitando, los tubos y las botellas.

VII

Muchas son las veces en las que me he despertado, a menudo temblando, siempre con miedo, del sueño en el que ocupaba mi vieja celda, ciego otra vez, en las mazmorras que hay bajo el palacio de Ámbar. No es que no esté familiarizado con la situación de estar encarcelado. He sido encerrado en varias ocasiones, durante varios períodos de tiempo. Pero estar solo y ciego, creyendo que era definitivo, incrementó el precio en la caja registradora de la privación sensorial en el almacén de la mente. Todo esto dejó sus marcas. Generalmente mantengo estos recuerdos bien guardados cuando estoy despierto, pero a veces, por la noche, se liberan y bajan bailando por los pasillos, jugando con la caja registradora de ideas, uno, dos, tres. Ver a Brand allí, en su celda, hizo que salieran a plena luz junto con un escalofrío. Ahora bien, al estar con mi familia en la sala de los escudos, no podía evitar el pensamiento de que uno o más de ellos le había hecho a Brand lo mismo que Eric me había hecho a mí. Mientras que esto era en sí mismo un descubrimiento poco sorprendente, la noción de estar ocupando la misma habitación que el culpable, y no tener idea de su identidad, era algo bastante más que inquietante. Cada uno de mis hermanos, de acuerdo con sus fines, también debía sentirse inquieto. Incluyendo al culpable, ahora que el teorema de la existencia había dado positivo. Y esto me consolaba.

Me di cuenta de que todo ese tiempo había estado esperando que se pudiera culpar por completo a alguien ajeno a mi familia. Pero después de aquello… Por un lado me hizo más cauto de lo normal con respecto a lo que pudiera decir; por el otro, era un buen momento para presionar en busca de información, ya que todos se encontraban en un estado extraño y deseaban cooperar para ver si se acababa con la amenaza, y esto podía ser útil. E incluso el grupo culpable querría comportarse de la misma manera que los otros. ¿Quién sabe si no cometería un desliz en el intento?

—Bueno, ¿tienes algún otro experimento interesante que te gustaría llevar a cabo? —me preguntó Julián, cruzando las manos detrás de la cabeza y reclinándose en mi sillón favorito.

—De momento, no —respondí.

—Qué pena —dijo—. Esperaba que dijeras que buscáramos a Papá de la misma manera. Entonces, si tenemos suerte, lo encontramos y así le facilitamos el

camino a quien quiera eliminarlo. Y después de eso, todos podríamos jugar a la ruleta rusa con esas bonitas armas que trajiste… todo para el ganador.

—Tus palabras son poco consideradas —observé.

—No lo creas. Consideré cada una que dije —respondió—. Pasamos tanto tiempo mintiéndonos el uno al otro, que llegué a la conclusión de que podría ser divertido decir lo que realmente sentía. Simplemente para ver si alguien se daba cuenta.

—Ahora puedes ver que nos hemos dado cuenta. También nos damos cuenta de que tu verdadero yo no es mejor que el antiguo.

—Sea cual fuere el que más te guste, los dos nos hemos estado preguntando si tienes alguna idea sobre lo próximo que vas a hacer.

—La tengo —anuncié—. Ahora mismo pretendo obtener respuestas a un cierto número de preguntas que tienen que ver con todo lo que nos está ocurriendo. Bien podríamos comenzar con Brand y sus problemas —. Volviéndome hacia Benedict, quien estaba sentado contemplando el fuego, dije—: Benedict, cuando estábamos en Avalón me dijiste que Brand fue uno de los que me buscó cuando desaparecí.

—Así es —respondió Benedict.

—Todos fuimos a buscarte —dijo Julián.

—No al principio —repliqué—. Inicialmente, fuisteis Brand, Gérard, y tú, Benedict. ¿No dijiste eso?

—Sí —respondió—. Aunque los demás fueron más tarde. También te dije eso.

Asentí.

—¿Informó Brand de algo fuera de lo normal por esa época? —pregunté.

—¿Fuera de lo normal? ¿De qué manera? —preguntó a su vez Benedict.

—No lo sé. Estoy buscando alguna conexión entre lo que le ocurrió a él y lo que me ocurrió a mí.

—Entonces estás buscando en el sitio equivocado —dijo Benedict—. Volvió e informó de su fracaso. Y después de eso se quedó por aquí durante eras, sin ser molestado.

—Eso es lo que he podido descubrir —dije—. Aunque creo, por lo que Random me contó, que su última desaparición ocurrió aproximadamente un mes antes de mi propia recuperación y retorno. Eso me resulta un poco peculiar. Si no informó de nada especial después de su infructuosa búsqueda, ¿mencionó algo antes de su desaparición? ¿O en el intermedio? ¿Alguien? ¿Algo? ¡Decidme si os lo dijo!

Entonces siguió un intercambio de miradas a mi alrededor. Aunque parecían más de curiosidad que de sospecha o nervios.

Finalmente, Llewella intervino:

—Bueno. No estoy segura. Quiero decir que no sé si es importante.

Todos los ojos se posaron sobre ella. Mientras hablaba, lentamente, comenzó a anudar y a desanudar los extremos de su cinturón de cuerda.

—Fue en el intermedio, y puede que no tenga ninguna relación —continuó—. Fue algo que me chocó por peculiar. Hace mucho tiempo Brand vino a Rabma…

—¿Hace cuánto tiempo? —pregunté.

Frunció las cejas.

—Cincuenta, sesenta, setenta años… no estoy segura.

Utilicé el impreciso factor de conversión que había elaborado durante mi encarcelamiento. Un día en Ámbar parecía constituir un poco más de dos días y medio de la Tierra de sombra donde había pasado mi exilio. Siempre que fuera posible, quería unir los acontecimientos de Ámbar a mi propia escala temporal, por si surgía alguna extraña relación. Así que Brand había ido a Rabma en algún momento de lo que era, para mí, el siglo diecinueve.

—Fuera cual fuere la fecha —dijo ella—, vino y me hizo una visita. Permaneció varias semanas —.Entonces miró a Random—. Estuvo preguntándome sobre Martin.

Random entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Te dijo por qué? —le preguntó.

—No exactamente —contestó ella—. Dejó entrever que había conocido a Martin en algún lugar durante sus viajes, dando la impresión de que le gustaría volver a encontrarse con él otra vez. No me di cuenta hasta un poco después de su partida de que la única razón de su visita fue averiguar todo lo que pudiera sobre Martin. Ya sabéis lo sutil que puede ser Brand para averiguar las cosas sin parecer que lo está haciendo. Fue sólo después, cuando hablé con otra gente a la que visitó, que empecé a ver lo que había ocurrido. Aunque nunca descubrí la razón.

—Eso es… bastante peculiar —observó Random—. Ya que me trae a la mente algo a lo que jamás le había dado ningún significado. Una vez me interrogó largamente sobre mi hijo… y bien pudo ser por la misma época. Sin embargo, no me dio a entender que se lo había encontrado… o que tuviera algún deseo de hacerlo. Todo empezó como una especie de broma sobre el tema de los hijos bastardos. Cuando yo me ofendí, él se disculpó e hizo un cierto número de preguntas más adecuadas sobre el chico, que supuse se debían más que nada a una cuestión de educación… para que me quedara un recuerdo más agradable de ese momento. Como tú has dicho, sabe cómo sacarle cosas a la gente. ¿Por qué nunca me habías hablado de esto?

Ella sonrió encantadoramente.

—¿Por qué debería haberlo hecho? —preguntó.

Random asintió lentamente, su cara inexpresiva.

—Bueno, ¿qué le dijiste? —preguntó—. ¿Qué averiguó? ¿Qué es lo que sabes sobre Martin que yo no sepa?

Ella sacudió la cabeza, borrando la sonrisa.

—En realidad… nada —replicó—. Que yo sepa, nadie en Rabma volvió a oír algo sobre Martin después de que atravesara el Patrón y desapareciera. No creo que Brand se marchara sabiendo algo más que cuando llegó.

—Es extraño… —musité—. ¿Se acercó a alguien más para preguntar sobre el tema?

—No lo recuerdo —precisó Julián.

—Ni yo —dijo Benedict.

Los otros negaron con la cabeza.

—Entonces tomemos nota de ello y dejémoslo por ahora —dije—. Hay otras cosas que también necesito saber. Julián, tengo entendido que tú y Gérard intentasteis seguir el camino negro hace tiempo, y que Gérard fue herido en el trayecto. Creo que los dos permanecisteis con Benedict una temporada después de eso, mientras Gérard se recuperaba. Me gustaría saber algo más sobre esa expedición.

—Parece como si ya lo supieras —replicó Julián—. Acabas de decir todo lo que ocurrió.

—¿Dónde te enteraste de esto, Corwin? —preguntó Benedict.

—En Avalón —respondí.

—¿Por quién?

—Dará —afirmé.

Se puso en pie, se acercó a mí y me observó con ojos furiosos.

—¡Todavía insistes en esa historia absurda sobre la muchacha!

Suspiré.

—Hemos hablado de esto una y otra vez, demasiadas veces —dije—. Hasta ahora, ya te he dicho todo lo que sé sobre el tema. O lo aceptas o no lo aceptas. Pero ella es la que me lo dijo.

—Entonces, aparentemente, hay algunas cosas que no me dijiste. Nunca mencionaste esto antes.

—¿Es o no es verdad? Me refiero a lo de Julián y Gérard.

—Es verdad —corroboró.

—Entonces olvida por el momento de dónde procede la información y continuemos con lo que sucedió.

—De acuerdo —dijo Benedict—. Puedo hablar francamente, ahora que la necesidad del secreto ya no existe. Eric, por supuesto. Él desconocía mi paradero, al igual que la mayoría de los demás. Gérard era mi fuente principal de noticias en Ámbar. Eric se volvió más y más aprensivo con respecto al camino negro, hasta que finalmente decidió enviar exploradores para que lo siguieran a través de la Sombra hasta su punto de origen. Eligió a Julián y a Gérard. Fueron atacados por un grupo bastante fuerte de sus criaturas en un punto cercano a Avalón. Gérard me llamó por medio del Triunfo, pidiendo ayuda, y yo fui a prestársela. Eliminamos al enemigo. Como Gérard se había roto una pierna durante la lucha, y el mismo Julián estaba un poco maltrecho, me los llevé a los dos a casa conmigo. En ese momento rompí mi silencio con Eric, y le dije dónde se encontraban y lo que les había ocurrido. Les ordenó que no continuaran su viaje y que volvieran a Ámbar apenas se hubieran recuperado. Se quedaron conmigo hasta que lo hicieron; luego regresaron.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Pero no lo era. Dará también me había dicho algo más. Mencionó a otro visitante. Lo recordaba claramente. Fue aquel día, junto a la corriente: un diminuto arcoiris en la niebla sobre la cascada, con la rueda del molino girando y girando, entregando sueños y aplastándolos; aquel día en que practicamos esgrima, en que hablamos y caminamos la Sombra, atravesando un bosque primordial, llegando a un punto al lado de un poderoso torrente donde giraba un molino adecuado para el granero de los dioses; fue aquel día que fuimos de picnic y flirteamos, en el que ella me contó tantas cosas, algunas sin duda falsas. Pero no había mentido sobre el viaje de Julián y Gérard, y creo que es posible que también dijera la verdad cuando dijo que Brand había visitado a Benedict en Avalón. «Frecuentemente» fue la palabra que usó.

Ahora Benedict no mantenía en secreto su desconfianza de mí. Podía ver que sólo esto era un motivo suficiente para que se guardara información sobre cualquier cosa que él juzgara demasiado delicada para que yo la supiera. Infiernos, creyendo su historia, yo tampoco hubiera confiado en mí si nuestras situaciones se encontraran invertidas. Aunque sólo un idiota se lo habría dicho en ese momento. Debido a las otras posibilidades.

Existía la posibilidad de que más tarde, en privado, pensara hablarme sobre las circunstancias que rodearon las visitas de Brand. Bien podrían involucrar cosas que él no deseara discutir ante el grupo, y especialmente ante el posible asesino de Brand.

O… por supuesto, existía la posibilidad de que el mismo Benedict estuviera detrás de todo. Ni siquiera me gustaba pensar en las consecuencias. Habiendo servido a las órdenes de Napoleón, Lee y MacArthur, apreciaba al maestro en táctica igual que al estratega. Benedict era las dos cosas, y era el mejor que yo hubiera conocido jamás. La reciente pérdida de su brazo derecho de ninguna manera le había disminuido sus capacidades, ni siquiera le había quitado nada de su habilidad para la lucha. La suerte fue la que le impidió convertirme en un montón de trocitos de carne hace poco, cuando tuvimos que pelear debido a un malentendido. No, no quería que fuera Benedict, y no pensaba averiguar en ese momento lo que él decidió mantener oculto. Sólo esperaba que lo guardara para decirlo más tarde.

Así que acepté su «Eso es todo» y decidí cambiar de tema.

—Flora —dije—, cuando te visité por primera vez, después de mi accidente, dijiste algo que todavía no entiendo. Como poco después tuve algo de tiempo para revisar muchas cosas, me crucé con ello en mis recuerdos y ocasionalmente intenté descifrarlo. Todavía no lo entiendo. Así que por favor podrías decirme lo que quisiste dar a entender cuando mencionaste que las sombras contenían más horrores de lo que nadie hubiera podido pensar.

—Ni siquiera recuerdo haberlo dicho —dijo Flora—. Pero supongo que debí hacerlo si te causó tanta impresión. Ya conoces el efecto al que me estaba refiriendo: que Ámbar parece actuar como una especie de imán sobre las sombras adyacentes, atrayendo elementos de ellas; cuanto más te acercas a Ámbar, más fácil se vuelve el camino, incluso para los habitantes de la sombra. Así como siempre parece haber un intercambio de cosas entre las mismas sombras adyacentes, el efecto es más intenso y también un proceso más unilateral cuando se trata de Ámbar. Siempre hemos estado alerta a que pudieran penetrar entes extraños. Bien, durante varios años antes de tu recuperación, un número bastante más elevado de lo usual parecía surgir en las cercanías de Ámbar. Casi invariablemente eran peligrosos. Aunque después de un tiempo, empezaron a aparecer seres que venían de mucho más lejos. Eventualmente, aparecieron algunos que eran completamente desconocidos. No encontramos ninguna razón para esta repentina aparición de amenazas, aunque buscamos bastante lejos las posibles perturbaciones que

pudieran estar trayéndolos hasta aquí. En otras palabras, ocurrían penetraciones de la Sombra altamente improbables.

—¿Esto comenzó mientras Papá todavía estaba aquí?

—Oh sí. Comenzó varios años antes de tu recuperación… como ya he dicho.

—Ya veo. ¿Consideró alguien la posibilidad de que hubiera una conexión entre estos acontecimientos y la marcha de Papá?

—Ciertamente —replicó Benedict—. Todavía creo que ese fue el motivo. Se marchó para investigarlo, o para encontrarle una solución.

—Pero es simplemente una conjetura —expuso Julián—. Ya sabéis cómo era. No daba explicaciones.

Benedict se encogió de hombros.

—Pero es una inferencia razonable —dijo—. Tengo entendido que habló de su preocupación sobre… las migraciones de monstruos, si quieres, en numerosas ocasiones.

Extraje mis cartas de su caja, pues había adquirido recientemente el hábito de llevar conmigo un mazo de Triunfos todo el tiempo. Alcé el Triunfo de Gérard y lo contemplé. Los otros estaban en silencio, observándome mientras lo hacía. Momentos más tarde, hubo contacto.

Gérard todavía estaba sentado en su silla, con la espada apoyada sobre las rodillas. Aún comía. Tragó cuando sintió mi presencia y preguntó:

—¿Sí, Corwin? ¿Qué quieres?

—¿Cómo está Brand?

—Durmiendo —replicó—. Su pulso es un poco más fuerte. Su respiración sigue igual… regular. Es demasiado prematuro…

—Lo sé —corté—. Lo que quería era comprobar tu recuerdo de algo: Antes de que Papá se marchara, ¿tuviste la impresión por cualquier cosa que él pudiera haber dicho o hecho de que su partida pudiera estar conectada con el aumento en el número de amenazas de la Sombra que estaban filtrándose en Ámbar?

—Eso —intervino Julián— es lo que se conoce por una pregunta inducida.

Gérard se limpió la boca.

—Sí, pudo haber una conexión —dijo—. Parecía inquieto, preocupado por algo. Y habló de criaturas. Pero nunca comentó que fueran su preocupación principal… o que fuera algo completamente diferente.

—¿Cómo qué?

Sacudió la cabeza.

—Cualquier cosa. Yo… sí… sí, hay algo que probablemente debas saber, por lo que pueda tener de valor. Cierto tiempo después de su desaparición me esforcé en averiguar si fui yo la última persona en verle antes de su partida. Estoy casi seguro de que así es. Ese último día permanecí aquí en el palacio toda la tarde, y ya me preparaba para volver al buque insignia. Papá se había retirado una hora antes, pero yo me había quedado en el cuarto de guardia jugando a las damas con el Capitán Thoben. Como a la mañana siguiente partíamos, decidí llevarme un libro conmigo. Así que vine hasta la biblioteca. Papá estaba sentado frente al escritorio —indicó con la cabeza—. Hojeaba algunos libros viejos, y todavía no se había cambiado de ropa. Me hizo un gesto cuando entré, y yo le dije que sólo había venido a buscar un libro. Él dijo: «Has venido al lugar adecuado», y continuó leyendo. Mientras buscaba entre las estanterías, hizo un comentario sobre el hecho de que no podía dormir. Yo encontré un libro, le di las buenas noches, y él me comentó: «Que tengas una buena travesía», y me marché —volvió a bajar los ojos—. Ahora estoy convencido de que aquella noche llevaba la Joya del Juicio, de que se la vi al cuello como ahora te la veo a ti. Y estoy igualmente convencido de que antes no la tenía puesta. Durante mucho tiempo después, pensé que se la había llevado con él a donde fuese. En sus habitaciones no había ningún indicio de que se hubiera cambiado de ropa. Nunca volví a ver la piedra hasta que tú y Bleys fuisteis derrotados en vuestro asalto a Ámbar. Entonces, era Eric el que la llevaba. Cuando le pregunté sobre ello, me dijo que la encontró en las habitaciones de Papá. Sin evidencias de lo contrario, tuve que aceptar su historia. Pero nunca me sentí satisfecho con ella. Tu pregunta —y ver que la llevabas— me lo recordó. Así que pensé que era mejor que lo supieras.

Gérard alzó la copa en mi dirección, y luego tomó un trago.

—Muy bien. Guarda el fuerte —añadí, y pasé la mano sobre su carta.

—El hermano Brand parece estar bien —dije—, y Gérard no recuerda que Papá dijera nada que pudiera conectar directamente su partida con la filtración de los seres de la Sombra. Me pregunto cómo recordará las cosas Brand cuando recobre la consciencia.

—Si la recobra —intervino Julián.

—Creo que lo hará —dije—. Todos hemos superado heridas serias. Nuestra vitalidad es casi en lo único en lo que hemos llegado a confiar. Mi suposición es que estará hablando por la mañana.

—¿Qué pretendes hacer con el culpable —preguntó— si Brand lo señala?

—Interrogarle —contesté.

—Entonces me gustaría ser yo quien llevara el interrogatorio. Estoy empezando a creer que tal vez tengas razón esta vez, Corwin, y que la persona que le apuñaló puede ser también la responsable de nuestro intermitente estado de sitio, de la desaparición de Papá, y del asesinato de Caine. Así que me gustaría interrogarle antes de cortarle el cuello, para lo cual también me gustaría presentarme voluntario.

—Lo tendremos en consideración —dije.

—Tú no estás excluido, Corwin.

—Era consciente de ello.

—Tengo algo que decir —interrumpió Benedict, ahogando una réplica de Julián—. Me inquietan bastante el poder y el objetivo aparente del enemigo. Me he topado con ellos en varias ocasiones ya, y vienen por sangre. Aceptando por el momento tu historia de Dará, Corwin, sus últimas palabras parecen resumir su actitud: «Ámbar será destruida». No conquistada, subyugada. Destruida. Julián, ¿a ti no te importaría reinar aquí, verdad?

Julián Sonrió.

—Tal vez el año próximo para esta fecha —replicó—. Pero hoy no, gracias.

—Lo que quiero decir es que podría verte —o a cualquiera de nosotros— empleando mercenarios o consiguiendo aliados para tomar el poder. Como no

puedo verte es utilizando una fuerza tan poderosa que en sí misma después represente un problema. No una fuerza que busca la destrucción en vez de la conquista. No puedo verte a ti, a mí, a Corwin, o a los otros, intentando destruir de verdad Ámbar, o deseosos de jugar con fuerzas que lo harían. Esa es la parte que no me gusta de la idea de Corwin de que uno de nosotros está detrás de esto.

Tuve que asentir. Me daba cuenta de la debilidad de ese eslabón en mi cadena de especulaciones. Sin embargo, había tantos factores que no conocíamos… yo podía ofrecer alternativas, tal como lo hizo Random entonces, pero las adivinanzas no prueban nada.

—Es posible —dijo Random— que uno de nosotros hiciera un trato, subestimando a sus aliados. El culpable quizás ahora esté sudando como el resto de nosotros. Y tal vez ya no esté en posición de parar las cosas, incluso aunque quisiera.

—Le podríamos ofrecer la oportunidad —expuso Fiona— de traicionar a sus aliados en nuestro beneficio. Si Julián pudiera ser persuadido de no cortarle el cuello y el resto de nosotros quisiera hacer lo mismo, quizás deseara delatarlos… si la conjetura de Random es correcta. No reclamaría el trono, pero obviamente no iba a tenerlo antes. Se le perdonaría la vida y evitaría a Ámbar unos cuantos problemas. ¿Hay alguien que desee comprometerse en una postura como esta?

—Yo sí —dije—. Si se descubre, le perdonaríamos la vida, con el acuerdo de que la viviría en el exilio.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Benedict.

—Y yo —acordó Random.

—Con una condición —dijo Julián—. Si no ha sido personalmente responsable de la muerte de Caine, estoy de acuerdo. De otra manera, no. Y tendrá que demostrarlo claramente.

—La vida en el exilio —dijo Deirdre—. De acuerdo.

—Yo igual —dijo Flora.

—Y yo —siguió Llewella.

—Gérard posiblemente también esté de acuerdo —comenté—. Pero

realmente me pregunto si Brand sentirá lo mismo que nosotros. Tengo la sensación de que no será así.

—Preguntémosle a Gérard —dijo Benedict—. Si Brand sobrevive y resulta ser el único en estar en contra, el culpable sabrá que sólo tiene que evitar a un enemigo… y siempre podrán establecer sus términos sobre el asunto ellos dos.

—De acuerdo —musité, acallando algunas premoniciones, y me volví a poner en contacto con Gérard, que también estuvo de acuerdo.

Así que todos nos pusimos en pie y lo juramos por el Unicornio de Ámbar —el juramento de Julián con una cláusula adicional—, y juramos imponerle el exilio a cualquiera de nuestra familia que violara el juramento. Francamente, no creía que así solucionáramos nada, pero siempre es agradable ver a las familias haciendo algo en común.

Después de jurar, cada uno se encargó de recalcar que pasaría la noche en el palacio, presumiblemente para mostrar que no temían nada de lo que Brand pudiera decir por la mañana… y especialmente para indicar que ninguno tenía el deseo de marcharse de la ciudad, algo que no se olvidaría, incluso si Brand moría durante la noche. Ya que yo no tenía ninguna pregunta más que plantearle al grupo, y viendo que nadie se había atribuido los acontecimientos que cubrimos con el juramento, me recliné contra el sillón y me dediqué a escuchar por un rato. La reunión se disgregó, convirtiéndose en una serie de conversaciones e intercambios, siendo uno de los temas principales el intento de reconstruir lo ocurrido en la biblioteca y el motivo que podía tener cada uno de nosotros para haberlo hecho, salvo el que hablaba. Yo fumaba; no intervine en el asunto. Sin embargo, Deirdre descubrió una posibilidad interesante: que Gérard pudo apuñalarlo mientras nosotros nos congregábamos alrededor, y que sus heroicos esfuerzos no surgían de ningún deseo por salvarle la vida a Brand. Lo que Gérard quería era acercarse y matarlo, impidiendo de esa manera que hablara… en cuyo caso Brand jamás llegaría con vida a la mañana siguiente. Era ingeniosa, pero yo no lo creía. Tampoco lo creyó ninguno de los otros. Por lo menos nadie se presentó voluntario para echar a Gérard de la habitación de arriba.

Después de un rato, Fiona se acercó, sentándose a mi lado.

—Bueno, he intentado lo único en lo que podía pensar —dijo—. Espero que salga algo bueno de ello.

—Puede —comenté.

—Veo que has añadido una peculiar pieza de adorno a tu guardarropa —observó, cogiendo la Joya del Juicio entre su dedo pulgar e índice y estudiándola.

Luego alzó los ojos.

—¿Consigues que haga trucos para ti? —preguntó

—Algunos —contesté.

—Entonces sabías cómo sintonizarte con ella. Tiene que ver con el Patrón, ¿no es cierto?

—Sí. Eric me lo dijo, justo antes de morir.

La soltó, volvió a acomodarse en su asiento, y observó las llamas.

—¿Te dijo que fueras cauto en su uso? —preguntó.

—No —dije.

—Me pregunto si lo planeó o fueron las circunstancias.

—Bueno, se encontraba bastante ocupado con su muerte en ese momento. Eso limitó considerablemente nuestra conversación.

—Lo sé. Me preguntaba si su odio hacia ti pudo más que sus esperanzas por el reino, o si simplemente ignoraba algunos de los principios involucrados.

—¿Qué sabes tú sobre ella?

—Piensa de nuevo en la muerte de Eric, Corwin. Yo no estaba allí cuando ocurrió, pero llegué a tiempo para el funeral. Estuve presente cuando bañaron, afeitaron y vistieron su cuerpo… y examiné sus heridas. Pienso que ninguna de ellas, en sí misma, fue fatal. Tenía tres heridas en el pecho, pero sólo una parecía profunda…

—Una es suficiente, si…

—Espera —me cortó—. Fue difícil, pero intenté deducir el ángulo de la

herida con una fina varilla de cristal. Quería hacer una incisión, pero Caine no lo permitió. A pesar de eso, no creo que su corazón o sus arterias fueran dañados. Aún no es tarde para ordenar una autopsia, si quisieras que lo comprobara exhaustivamente. Estoy segura de que sus heridas y la tensión general contribuyeron a su muerte, pero creo que fue la joya la que marcó la diferencia.

—¿Por qué crees eso?

—Debido a algo que me dijo Dworkin cuando estudiaba con él… y a ciertas cosas que noté después. Indicó que así como confería habilidades inusuales, también se alimentaba de la vitalidad de su portador. Cuanto más tiempo la lleves, de alguna manera más te quita. Después de saber eso, observé atentamente, y me di cuenta de que Papá raramente la llevaba puesta, y nunca se la dejaba por largos períodos de tiempo.

Mis pensamientos volvieron a Eric, el día que yacía moribundo en las laderas de Kolvir mientras a su alrededor se combatía furiosamente. Recuerdo la primera mirada que le dirigí, su rostro pálido, la sangre que había en su pecho y cómo respiraba con dificultad… Y la Joya del Juicio, allí en su cadena, palpitaba, como un corazón, entre los pliegues húmedos de su ropa. Nunca la vi hacer eso antes, o después. Recordé que el efecto se había ido debilitando. Y cuando él murió y le crucé sus manos sobre ella, este fenómeno se había detenido.

—¿Qué sabes de sus funciones? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Dworkin lo consideraba como un secreto de estado. Conozco lo obvio —el control del clima— y deduje, de algunos comentarios de Papá, que tiene algo que ver con una percepción aumentada, o más profunda. Dworkin lo mencionó principalmente como un ejemplo de la omni-presencia del Patrón en todo lo que nos da poder —incluso los Triunfos contienen el Patrón, lo puedes ver si miras de cerca, el tiempo suficiente—, y lo citó como un ejemplo del principio de conservación: todos nuestros poderes especiales tienen un precio. Cuanto más grande es el poder, más grande la inversión. Los Triunfos apenas tienen importancia, pero producen un elemento de fatiga al ser usados. Caminar a través de la Sombra, que es un ejercicio de la imagen del Patrón que existe dentro nuestro, produce un gasto aún más grande. Atravesar el mismo Patrón, físicamente, ocasiona una pérdida masiva de las energías. Pero la Joya, dijo él, representa incluso más pérdida, y su coste para el que la lleve es exponencialmente más

grande.

De esta manera, si lo que me dijo Fiona era correcto, me daba otra visión ambigua del carácter de mi difunto y menos amado hermano. Si era consciente de este fenómeno, y a pesar de ello se puso la joya, utilizándola más tiempo de lo debido en la defensa de Ámbar, se convertía en una especie de héroe. Pero entonces, visto bajo esta luz, el hecho de entregármela a mí, sin darme ninguna advertencia, convertía el asunto en el esfuerzo de una venganza final de alguien que sabe que va a morir. Pero él me había evitado su maldición, así me lo dijo, para poder lanzarla adecuadamente sobre nuestros enemigos en el campo de batalla. Esto, por supuesto, sólo significaba que los había odiado a ellos un poco más de lo que me odiaba a mí, y empleaba sus últimas energías de la manera más estratégica que podía, en favor de Ámbar. Entonces pensé en el carácter parcial de las notas de Dworkin, que yo recuperé del lugar en el que Eric las había ocultado. ¿Podía ser que Eric las consiguiera en su totalidad, eliminando a propósito la parte que advertía de su uso como una posible maldición para su sucesor? Esta idea no me parecía totalmente adecuada, ya que él no tenía ningún modo de saber que yo volvería cuando lo hice, que el curso de la batalla tomaría ese giro, y que yo sería realmente su sucesor. Fácilmente cualquiera de sus favoritos le podría haber sucedido en el poder, en cuyo caso no habría querido que heredara ninguna trampa escondida. No. Tal como yo lo veía, Eric no era completamente consciente de esta propiedad de la piedra, habiendo adquirido sólo instrucciones parciales para su uso, o tal vez alguien pudo llegar a los papeles antes de que yo lo hiciera, eliminando el material suficiente para dejarme con una carga mortal en las manos. O bien pudo ser la acción del enemigo real una vez más.

—¿Conoces el factor de seguridad? —pregunté.

—No —respondió ella—. Sólo puedo darte dos indicaciones, y no sé el valor que puedan tener. La primera es que no recuerdo haber visto nunca a Papá llevándola durante mucho tiempo. La segunda, que yo deduje de ciertas frases dichas por él, comenzando por ésta: «cuando ves que la gente se convierte en estatuas estás en problemas o te encuentras en el sitio equivocado». Durante mucho tiempo le insistí para que me explicara qué quería decir, y eventualmente supe que la primera señal de haberla llevado demasiado tiempo es una especie de distorsión de tu sentido del tiempo. Aparentemente, comienza a acelerar el metabolismo —todo— con un efecto global donde el mundo parece ir muy lentamente a tu alrededor. La Joya debe quitarle bastante a una persona. Eso es todo lo que sé, y admito que la mayor parte de lo último son deducciones. ¿Durante cuánto tiempo la has llevado?

—Bastante —dije, tomándome mentalmente el pulso y mirando a mi alrededor para ver si las cosas parecían estar en cámara lenta.

No estaba seguro, ya que yo mismo no me encontraba en el mejor de los estados. Aunque había asumido que todo se debía a mi pelea con Gérard. Sin embargo, no iba a arrancármela sólo porque otro miembro de la familia lo hubiera sugerido, incluso si era la inteligente Fiona en una de sus disposiciones más amistosas. Perversidad, terquedad… No, era independencia. Eso era; y una desconfianza puramente formal. Además, sólo me la había puesto hacía unas horas. Esperaría.

—Bien, ya nos has mostrado que la dominas —dijo mi hermana—. Sólo quería avisarte contra una exposición demasiado prolongada hasta que supieras más sobre ella.

—Gracias, Fi. Me la quitaré pronto, y te agradezco que me lo dijeras. De paso, ¿qué fue de Dworkin?

Se tocó la sien.

—Su mente finalmente no resistió, pobre hombre. Me gusta pensar que Papá lo encerró en algún lugar apacible en la Sombra.

—Entiendo —aseguré—. Sí, espero que así sea. Pobre.

Julián se puso en pie, concluyendo una conversación con Llewella. Se estiró, le hizo un gesto, y se acercó.

—Corwin, ¿has pensado en alguna pregunta más que nos quieras hacer? —preguntó.

—Ninguna que desee hacer ahora.

Sonrió.

—¿Algo más que quieras decirnos?

—De momento, no.

—¿Algún experimento más, demostraciones, charadas?

—No.

—Bien. Entonces me marcho a dormir. Buenas noches.

—Adiós.

Se inclinó ante Fiona, saludó con la mano a Benedict y a Random, les hizo un gesto con la cabeza a Flora y a Deirdre al pasar junto a ellas camino de la puerta. En el umbral se detuvo, se volvió y dijo:

—Ahora todos podréis hablar de mí —y se marchó.

—De acuerdo —dijo Fiona—. Hagámoslo. Creo que es él.

—¿Por qué? —pregunté.

—Repasaré la lista, reconociendo que es subjetiva e intuitiva. Benedict, en mi opinión, está por encima de la sospecha. Si quisiera el trono, ya lo tendría, utilizando métodos directos, militares. Con todo el tiempo que ha tenido, podría haber planeado un ataque que hubiera sido un éxito, incluso contra Papá. Es así de bueno y todos lo sabemos. Tú, por otro lado, cometiste una serie de errores que no habrías realizado de haber estado en completa posesión de tus facultades. Esa es la razón por la que creo tu historia, con amnesia y todo. Nadie deja que le quemen los ojos por estrategia. Gérard está a punto de demostrar su inocencia. Casi creo que está ahí arriba con Brand más por ese motivo que por deseo de protegerle. De cualquier modo, lo sabremos pronto… o de lo contrario tendremos nuevas sospechas. Random ha estado vigilado demasiado estrechamente estos últimos años como para haber tenido la oportunidad de planear todo lo que está ocurriendo. Así que está fuera. Con respecto a nosotras, especie más delicada, Flora no tiene el cerebro, Deirdre carece del valor, y yo, por supuesto, soy inocente de todo menos de malicia. Eso deja a Julián. ¿Es capaz? Sí. ¿Desea el trono? Por supuesto. ¿Ha tenido el tiempo y la oportunidad? De nuevo, sí. Él es el culpable.

—¿Hubiera matado a Caine? —pregunté—. Eran camaradas.

Arrugó los labios.

—Julián no tiene amigos —afirmó—. Esa personalidad suya helada sólo se derrite con pensamientos sobre sí mismo. Oh, en años recientes parecía estar más unido a Caine que a ningún otro. Pero incluso eso… incluso eso podría haber sido parte del plan. Fingiendo una amistad durante el tiempo suficiente para hacerla

parecer creíble, así no resultaría sospechoso en este momento. Me imagino a Julián capaz de eso ya que no me imagino a Julián capacitado para mantener fuertes uniones emocionales.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé —dudé—. Su amistad con Caine surgió durante mi ausencia, así que todo lo que sé de ella es de segunda mano. Sin embargo, si Julián estuviera buscando una amistad en la forma de otra personalidad próxima a la suya, esta sería la adecuada. Eran muy parecidos. Tiendo a creer que era real, ya que no creo que nadie fuera capaz de engañar a otra persona sobre su amistad durante años. A menos que la otra persona sea totalmente estúpida, lo cual Caine no era. Y… bueno, dijiste que tu razonamiento era subjetivo e intuitivo. El mío también lo es en algo así. No me gusta pensar que alguien es un canalla tan miserable que usaría a su único amigo de esa manera. Esta es la razón por lo que creo que tu lista no es válida.

Suspiró.

—Para una persona que ha vivido durante tanto tiempo como lo has hecho tú, Corwin, dices cosas bastante estúpidas. ¿Te cambió tu larga estancia en ese lugar raro? Años atrás, hubieras visto lo obvio, como yo.

—Tal vez he cambiado, porque ya no me parece obvio. ¿O puede ser que tú hayas cambiado, Fiona? Un poco más cínica que la niña que una vez conocí. Puede que no hubiera sido tan obvio años atrás para ti.

Sonrió suavemente.

—Nunca le digas a una mujer que ha cambiado, Corwin. Salvo si es para mejor. Solías saber eso, también. ¿Puede que sólo seas realmente una de las sombras de Corwin, enviada de regreso para sufrir e intimidar en su nombre? ¿Se encuentra el verdadero Corwin en algún otro sitio, riéndose de nosotros?

—Estoy aquí, y no estoy riéndome —dije.

Ella rió.

—¡Sí, eso es! —exclamó—. ¡Acabo de decidir que no eres tú mismo! ¡Escuchad este anuncio, todos! —gritó, poniéndose en pie—. ¡Acabo de darme cuenta de que este no es Corwin! ¡Tiene que ser una de sus sombras! ¡Acaba de

anunciar que cree en la amistad, la dignidad, la nobleza de espíritu, y todas esas otras cosas que componen los romances populares! ¡Obviamente he descubierto algo!

Los otros la miraban. Se rió otra vez, y luego volvió a sentarse rápidamente.

Escuché que Flora murmuraba «borracha», retomando su conversación con Deirdre. Random dijo:

—Olvidémonos de las sombras —y volvió a la discusión que mantenía con Benedict y Llewella.

—¿Ves? —dijo ella.

—¿Qué?

—Eres insustancial —murmuró, dándome una palmada en la rodilla—. Y yo también lo soy, ahora que lo pienso. Ha sido un mal día, Corwin.

—Lo sé. Yo también me siento horrible. Pensé que había tenido una buena idea al intentar que nos pusiéramos en contacto con Brand. Y no sólo eso, sino que tuvo éxito y lo rescatamos. De mucho le sirvió a él.

—No desestimes esos toques de virtud que has adquirido —dijo—. No eres culpable de cómo acabó.

—Gracias.

—Creo que Julián puede haber tenido una buena idea —dijo—. No me siento con ganas de seguir despierta.

Me puse en pie con ella, acompañándola hasta la puerta.

—Estoy bien —dijo—. De verdad.

—¿Estás segura?

Asintió con un movimiento brusco.

—Entonces te veré por la mañana.

—Eso espero —dijo—. Ahora podéis hablar de mí.

Hizo un guiño y se marchó.

Me volví, y vi que Benedict y Llewella se aproximaban.

—¿Os vais a la cama? —pregunté.

Benedict asintió.

—Yo también —respondió Llewella, y me besó en la mejilla.

—¿Y eso a qué se debe?

—Es por muchas cosas —musitó—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Random estaba agachado ante la chimenea, removiendo el fuego. Deirdre se volvió hacia él y dijo:

—No eches más leña por nosotras. Flora y yo también nos marchamos.

—De acuerdo —dejó el atizador a un lado y se incorporó—. Que durmáis bien —les deseó cuando se marchaban.

Deirdre me dedicó una sonrisa somnolienta y Flora una sonrisa nerviosa. Yo añadí mis buenas noches y las vi marcharse.

—¿Has podido descubrir algo nuevo y útil? —preguntó Random.

Me encogí de hombros.

—¿Tú?

—Opiniones, conjeturas. Ningún hecho nuevo —dijo—. Estábamos intentando adivinar quién sería el próximo en la lista.

—¿Y…?

—Benedict cree que es un cara o cruz. Tú o él. Siempre y cuando tú no estés detrás de todo, por supuesto. También cree que tu amigo Ganelón debería andar

con cuidado.

—Ganelón… Sí, podría ser… y se me tendría que haber ocurrido a mí. También creo que tiene razón en lo referente al cara o cruz. Incluso podría estar ligeramente inclinado en su contra, porque saben que ya estoy alerta debido al intento de achacarme la muerte de Caine.

—Yo diría que todos nosotros somos conscientes de que Benedict también ya está alerta. Dijo lo que pensaba a todo el mundo. Creo que le encantaría que lo intentaran.

Me reí entre dientes.

—Eso nivela la moneda otra vez. Creo que es un cara o cruz.

—También dijo eso. Naturalmente, sabía que te lo diría.

—Naturalmente; me gustaría que empezara a hablarme de nuevo. Bueno… no hay mucho que pueda hacer al respecto ahora —añadí—. Al infierno con todo. Me voy a la cama.

Asintió.

—Mira debajo de ella primero.

Abandonamos la habitación, dirigiéndonos hacia el hall.

—Corwin, me gustaría que hubieras sido lo suficientemente previsor como para haber traído café junto con las armas —dijo—. Me tomaría una taza.

—¿No te quita el sueño?

—No. Me gusta tomar un par de tazas por la noche.

—Yo lo echo de menos por las mañanas. Tendremos que importar algo cuando todo esto se arregle.

—No ayuda mucho ahora, pero es una buena idea. ¿Qué le pasó a Fi?

—Piensa que Julián es nuestro hombre.

—Puede tener razón.

—¿Y qué hay de lo de Caine?

—Supón que no fue una sola persona —especuló, mientras subíamos la escalera—. Supongamos que fueran dos, como Julián *y* Caine. Al final se pelearon, Caine perdió, Julián lo eliminó y, de paso, utilizó su muerte para debilitar tu posición. Los antiguos amigos se convierten en los peores enemigos.

—No sirve —dije—. Me mareo cuando empiezo a pensar en las posibilidades. No nos queda más salida que esperar que algo ocurra, o forzar las cosas y hacer que algo ocurra. Posiblemente sea esto último. Pero no esta noche…

—¡Hey! ¡Espera!

—Lo siento —me detuve en el descansillo—. No sé qué me ha ocurrido. Supongo que debe ser el último destello de energía antes de caer exhausto.

—Energía nerviosa —dijo, uniéndose a mí una vez más.

Continuamos subiendo, y yo tuve que hacer un esfuerzo para mantener su ritmo, ahogando el deseo de darme prisa.

—Bueno, que duermas bien —me deseó finalmente.

—Buenas noches, Random.

Él continuó por la escalera y yo me dirigí por el corredor hacia mis habitaciones. Me sentía bastante inquieto, razón por la cual se me debió caer la llave.

Extendí la mano y la cogí en el aire antes de que cayera al suelo. Simultáneamente, tuve la impresión de que su movimiento era, de alguna manera, más lento de lo que debiera haber sido. La metí en la cerradura y giré.

La habitación estaba oscura, pero decidí no encender una vela o una lámpara de aceite. Me había acostumbrado a la oscuridad bastante tiempo atrás. Cerré y atranqué la puerta. Mis ojos casi se habían habituado a la penumbra debido a la fugaz luz que entró del corredor. Me volví. También venía alguna luz de las estrellas que se filtraba por entre las cortinas. Atravesé la habitación, desabrochándome el cuello de mi capa.

Me estaba esperando en el dormitorio, a la izquierda de la entrada. Se encontraba perfectamente situado y no hizo nada que pudiera delatarle. Entré en el dormitorio. Tenía la posición ideal, mantenía la daga lista, tenía el elemento de total sorpresa a su favor. Por derecho yo tendría que haber muerto… no en mi cama, sino justo a sus pies. Cuando atravesé el umbral capté un destello de movimiento, me di cuenta de la presencia y su significado.

Me percaté de que era demasiado tarde para evitar el cuchillo incluso cuando alcé mi brazo para tratar de bloquearlo. Pero algo extraño me chocó antes de que lo hiciera la misma hoja: mi atacante parecía moverse demasiado lentamente. Rápido, con toda la tensión de la espera a su espalda… así es como debería haber sido. Yo nunca debería haberme enterado de lo que estaba sucediendo hasta después del acto, y no sé si aun entonces. No debería haber tenido tiempo para volverme parcialmente y girar mi brazo tan lejos como lo hice. Una neblina rojiza llenó mi visión, y sentí que mi antebrazo golpeaba el lado del brazo extendido al mismo tiempo que el acero tocaba mi vientre y entraba. Dentro del rojo que me invadió, parecía haber un ligero trazado de aquella versión cósmica del Patrón que había recorrido antes durante el día. Mientras me doblaba y caía, incapaz de pensar, pero todavía consciente por un momento, el diseño se hizo más claro, aproximándose. Quería huir, pero el caballo, mi cuerpo, se derrumbó. Caí.

VIII

De cada vida debe derramarse un poco de sangre. Desafortunadamente, otra vez me tocaba a mí, y daba la impresión de que ya era más que un poco. Me encontraba tumbado, completamente doblado, sobre mi costado derecho, cogiéndome el estómago con los dos brazos. Estaba mojado, y a cada rato algo se deslizaba entre los pliegues de mi vientre: en la parte frontal de la zona inferior izquierda, justo por encima de la línea del cinturón. Estas fueron mis primeras sensaciones cuando recuperé el conocimiento. Y mi primer pensamiento fue: «¿Qué está esperando?» Obviamente, el *coupe de gráce* había sido pospuesto.

¿Por qué?

Abrí los ojos. Habían tomado la ventaja del tiempo transcurrido para adaptarse a la oscuridad. Giré la cabeza. No vi a nadie más en la habitación conmigo. Pero algo extraño había ocurrido y no podía descubrir qué era. Cerré los ojos y dejé que mi cabeza descansara un poco sobre la cama.

Algo estaba mal, y, sin embargo, al mismo tiempo bien…

La cama… Sí, estaba acostado en mi cama. Dudaba de mi capacidad para haber llegado a ella sin ayuda. Pero sería absurdo que me apuñalaran para luego acostarme.

Mi cama… Era mi cama, pero sin embargo no lo era.

Cerré con fuerza los ojos. Apreté los dientes. No lo entendía. Sabía que mi proceso mental no podía ser normal estando en los umbrales de la conmoción, con la sangre amontonándose en mis entrañas para luego salir fuera. Intenté obligarme a pensar con claridad. No fue fácil.

Mi cama. Antes de ser consciente de algo, eres consciente de si te estás despertando en tu propia cama. Y yo no estaba en ella, pero…

Pude reprimir un enorme deseo de estornudar, ya que sentía que ello me habría destrozado. Me apreté las fosas nasales y respiré en cortas bocanadas a través de la boca. Me rodeaba el sabor, el olor, y la sensación del polvo.

El ataque nasal pasó y abrí los ojos. Entonces supe dónde me encontraba. No comprendía el porqué ni el cómo, pero había vuelto otra vez a un lugar que nunca mas creí que volvería a ver.

Bajé mi mano derecha y la usé para levantarme.

Era mi dormitorio en mi casa. Mi anterior casa. El lugar que fuera mío cuando yo era Cari Corey. Había sido devuelto a la Sombra, a aquel mundo donde había pasado los años de mi exilio. La habitación estaba llena de polvo. La cama no había sido hecha desde la última vez que durmiera en ella, media década atrás. Sabía por completo en qué estado estaba la casa, ya que lo había comprobado sólo unas semanas antes.

Me arrastré un poco más, consiguiendo pasar mis pies por el borde de la cama y bajarlos. Entonces volví a doblarme una vez más y me quedé allí sentado. Era doloroso.

Mientras que temporalmente me sentía a salvo de otro ataque, me daba cuenta de que en ese momento me hacía falta algo más que seguridad. Tenía que obtener ayuda, ya que no me encontraba en una situación de ayudarme a mí mismo. Ni siquiera estaba seguro de cuánto tiempo más lograría permanecer consciente. Así que tenía que bajar y salir fuera. El teléfono estaría desconectado, y la casa más cercana se encontraba bastante lejos. Tendría que bajar hasta el camino. Sombríamente reflexioné que una de las razones de haber comprado aquella casa era que tenía un camino poco transitado. Disfruto con la soledad, al menos parte del tiempo.

Con la mano derecha cogí la almohada más cercana y le quité la funda. Le di la vuelta, traté de doblarla, abandonando inmediatamente el intento, la enrosqué y me la pasé por debajo de la camisa, apretándola contra mi herida. Entonces permanecí sentado, simplemente manteniéndola en su sitio. Fue un esfuerzo enorme y me resultaba doloroso respirar profundamente.

Pero después de un rato acerqué la segunda almohada y la sostuve sobre las rodillas, dejando que se deslizara fuera de la funda. Quería esa funda para llamar la atención de algún motorista ya que, como siempre, la ropa que llevaba era oscura. Sin embargo, antes de que pudiera pasármela por entre el cinturón, me sentí desconcertado por el comportamiento de la misma almohada. Todavía no había llegado al suelo. Yo la había soltado, nada la estaba sosteniendo, y estaba moviéndose. Pero se movía muy lentamente, descendiendo con una lentitud como

de ensueño.

Pensé en la llave cuando se me cayó fuera de mi habitación. Pensé en mi rapidez nada premeditada cuando subí las escaleras con Random. Pensé en las palabras de Fiona, y en la Joya del Juicio, pulsando ahora al unísono con el palpitar en mi costado. Tal vez me hubiera salvado la vida, por lo menos de momento; sí, seguro lo hizo, si las ideas de Fiona eran correctas. Probablemente me dio un momento más del que me correspondía cuando mi atacante golpeó, dándome la suficiente velocidad para que me girara y arqueara el brazo. Incluso, de alguna manera, podría ser la responsable de mi repentina teleportación. Pero tendría que pensar en estas cosas en otro momento, siempre y cuando tuviera éxito en mantener una relación significativa con el futuro. De momento, tendría que olvidarme de la Joya —en el caso de que los miedos de Fiona sobre ella fueran correctos— y empezar a moverme.

Guardé la segunda funda de la almohada y traté de incorporarme, apoyándome en el pie de la cama. ¡No pude! Me mareaba y sentía demasiado dolor. Lentamente intenté sentarme en el suelo, por miedo a desmayarme cuando bajara. Lo conseguí. Descansé. Entonces comencé a moverme, arrastrándome lentamente.

La puerta delantera, tal como lo recordaba, estaba atrancada. De acuerdo. Saldría por detrás.

Conseguí llegar hasta la puerta del dormitorio y me detuve, apoyándome contra el marco. Mientras descansaba allí, me quité la Joya del Juicio del cuello y enrollé su cadena alrededor de mi muñeca. Tenía que ocultarla en algún sitio, y la caja fuerte de mi estudio estaba demasiado lejos. Además, estaba seguro de que iba dejando un rastro de sangre. Cualquiera que lo encontrara y lo siguiera podría ser lo suficientemente curioso para investigar y forzar la pequeña caja fuerte. Y me faltaba el tiempo y la energía…

Salí, rodeé, y atravesé. Tuve que incorporarme y esforzarme para abrir la puerta trasera. Cometí el error de no descansar primero.

Cuando recobré la consciencia, estaba tumbado atravesado en el umbral. La noche era fría y las nubes llenaban gran parte del cielo. Un fuerte viento sacudía las ramas por encima del patio. Sentí varias gotas de humedad en el dorso de mi mano extendida.

Me incorporé un poco y me arrastré fuera. La nieve tenía una profundidad de unos cinco centímetros. El aire helado me ayudó a despejarme. Con un estado de ánimo cercano al pánico, me di cuenta del estado nebuloso en el que se encontraba mi mente durante gran parte del trayecto desde el dormitorio. Era posible que perdiera la consciencia en cualquier momento.

Inmediatamente me dirigí hacia la esquina más lejana de la casa, sólo desviándome para alcanzar el montón de abono, hacer un hueco en él y arrojar la joya, volviendo a poner en su sitio el puñado de hierba muerta que había encima del abono. Amontoné nieve sobre ella y continué.

Una vez que logré girar en la esquina, me vi protegido del viento y seguí mi camino por una suave inclinación. Llegué hasta la parte delantera de la casa y allí descansé otra vez. Un coche acababa de pasar y yo miré sus luces traseras mientras se perdían. Era el único vehículo a la vista.

Cristales helados aguijonearon mi cara cuando volví a moverme. Mis rodillas estaban mojadas y me quemaban por el frío. El patio delantero al principio descendía con suavidad y luego se inclinaba profundamente hacia el camino. Había un claro a unos ochenta metros a la derecha donde los motoristas a veces paraban para descansar. Me pareció que ese lugar podría darme unos momentos más ante las luces de cualquiera que pudiera pasar en esa dirección… una de esas pequeñas reafirmaciones que la mente busca cuando la situación se agrava, una aspirina para las emociones. Con tres paradas para descansar, logré llegar hasta el borde del camino, luego hasta la gran roca que tenía el número de mi casa. Me senté sobre ella y me resguardé del helado terraplén. Extraje la segunda funda de la almohada y me cubrí las rodillas con ella.

Esperé. Sabía que mi mente estaba borrosa. Estoy seguro de que perdí la consciencia varias veces. Cuando me daba cuenta de ellos, intentaba imponer algún orden en mis pensamientos, juzgando lo que había pasado a la luz de todo lo ocurrido recientemente, buscando otras medidas de seguridad. Sin embargo, el primer esfuerzo resultó ser demasiado duro. Era muy difícil pensar más allá del nivel de respuesta a las circunstancias. Aunque con una especie de iluminación torpe, se me ocurrió que todavía tenía mis Triunfos. Podía ponerme en contacto con alguien en Ámbar y hacer que me transportara de regreso.

¿Pero quién? No estaba tan ido todavía como para no darme cuenta de que podría contactar con el responsable de la condición en la que me encontraba. ¿Sería mejor arriesgarme de esa manera, o correr los riesgos aquí? Sin embargo, Random

o Gérard…

Me pareció oír el ruido de un coche. Débil, distante… Sin embargo, el viento y mis pulsaciones competían con la percepción. Giré la cabeza. Me concentré.

Allí… Otra vez. Sí. Era un motor. Me preparé para hacer ondear la funda.

Incluso en ese momento, mi mente continuaba divagando. Y uno de los pensamientos que se filtró, fue que tal vez ya no pudiera concentrarme lo suficiente para manipular los Triunfos.

El ruido se hizo más fuerte. Alcé la funda. Momentos después, el punto visible más lejano a lo largo del camino a mi derecha fue bañado por la luz. Un poco después, vi el coche en la cima de la elevación. Una vez más lo perdí de vista mientras bajaba la colina. Luego subió de nuevo y continuó avanzando, copos de nieve resplandeciendo a través de los rayos de luz de sus faros.

Comencé a ondear la funda cuando se acercó al claro. Las luces me dieron de lleno cuando se aproximó, y el conductor tuvo que verme. Pero no paró… era un hombre en un sedán último modelo, con una mujer en el asiento del pasajero. La mujer se volvió y me miró, pero el conductor ni siquiera aminoró la marcha.

Un par de minutos después se aproximó otro coche, un poco más viejo, conducido por una mujer, sin pasajeros visibles. Sí disminuyó la velocidad, pero sólo por un momento. No debió gustarle mi apariencia. Apretó el acelerador y desapareció en un instante.

Me hundí hacia atrás y descansé. Un príncipe de Ámbar apenas puede invocar la hermandad del hombre para propósitos de condena moral. Al menos no con una expresión honesta, y dolía demasiado para que me echara a reír en ese momento.

Sin fuerza ni concentración, y con dificultad para moverme, mi poder sobre la Sombra era inútil. Decidí que lo usaría primero para llegar a un lugar cálido… Me pregunté si podría volver por la colina hasta el montón de abono. No se me había ocurrido intentar usar la joya para alterar el clima. Probablemente también me encontraría demasiado débil para eso; y con toda seguridad el esfuerzo me mataría. Sin embargo…

Sacudí la cabeza. Me estaba desvaneciendo mucho más que en un ensueño. Tenía que mantenerme despierto. ¿Era ese otro coche? Quizás. Intenté levantar la

funda y se me cayó. Cuando me incliné hacia adelante para recogerla, tuve que apoyar la cabeza sobre las rodillas para descansar un momento.

Deirdre… llamaría a mi querida hermana. Si alguien podía ayudarme, Deirdre lo haría. Sacaría su Triunfo y la llamaría. En un momento. Si tan sólo ella no fuera mi hermana… Tenía que descansar. Soy un rufián, no un estúpido. Quizás, a veces, cuando descanso, incluso me arrepiento de los sucesos. Únicamente de algunos. Si tan sólo hiciera más calor… Pero no estaba tan mal, inclinado de esta manera…¿Era ese un coche? Quería alzar la cabeza pero me di cuenta de que no podía. Aunque llegué a la conclusión de que tampoco produciría una gran diferencia si me vieran.

Sentí luz en mis párpados y escuché el motor. Ahora ni avanzaba ni retrocedía. Sólo un continuo ciclo de rugidos. Entonces escuché un grito. Luego el click-pausa-chunk de la puerta de un coche abriéndose y cerrándose. Sentí que podía abrir los ojos pero no quise hacerlo. Tenía miedo de que sólo mirara el oscuro y vacío camino, de que los sonidos una vez más se convirtieran en latidos y viento. Era mejor mantener lo que tenía que jugármelo.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? ¿Está herido?

Pasos… Esto era real.

Abrí los ojos. Me obligué a levantar otra vez la cabeza.

—¡Corey! ¡Dios mío! ¡Eres tú!

Forcé una sonrisa y frené mi asentimiento antes de que se me derrumbara la cabeza.

—Soy yo, Bill. ¿Cómo has estado? ¿Qué ocurrió?

—Estoy herido —susurré—. Tal vez sea grave. Necesito un doctor.

—¿Puedes caminar si te ayudo? ¿O te llevo?

—Intentemos caminar —dije.

Me puso en pie y yo me apoyé en él. Nos dirigimos a su coche. Sólo recuerdo los primeros pasos.

Cuando desperté, intenté levantar mi brazo y me di cuenta de que lo tenía inmovilizado; observé el tubo que tenía metido en él, y llegué a la conclusión de que iba a vivir. Percibí, en mi controlador, olores de hospital. Habiendo llegado hasta aquí, sabía que tenía una deuda conmigo mismo y que debía continuar. No tenia frío, y me encontraba tan a gusto como la historia reciente lo permitía. Una vez que establecí este hecho, cerré los ojos, dejé caer la cabeza, y volví a quedarme dormido.

Más tarde, cuando volví a despertarme, me sentí mejor y fui localizado por una enfermera, quien me dijo que hacía siete horas que me habían ingresado y que pronto vendría un doctor para hablar conmigo. También me dio un vaso de agua y me dijo que había dejado de nevar. Sentía curiosidad por saber lo que me había ocurrido.

Decidí que ya había llegado el momento de comenzar a inventarme una historia. Cuanto más simple fuera, mejor. De acuerdo. Volvía a casa después de una larga estancia fuera del país. Había hecho autoestop y entrado en la casa, cuando me atacó algún vándalo o alguien que la estaba ocupando a quien yo había sorprendido dentro. Me arrastré fuera en busca de ayuda. Finis.

Cuando se la conté al doctor, al principio no pude darme cuenta de si me creía. Era un hombre pesado, cuya cara se había hundido tiempo atrás quedándose así definitivamente. Su nombre era Bailey, Morris Bailey, y asintió todo el tiempo que yo hablé, para luego preguntarme:

—¿Pudo ver al que le atacó?

Negué con la cabeza.

—Estaba oscuro —comenté.

—¿Le robó también?

—No lo sé.

—¿Llevaba una cartera consigo?

Pensé que era mejor que a eso contestara que sí.

—No la tenía cuando ingresó aquí, por lo que creo que se la llevó.

—Seguramente —acordé.

—¿Me recuerda de algo?

—No puedo decirle que si. ¿Debería?

—Usted me resultó vagamente familiar cuando le trajeron. Al principio, eso fue todo…

—¿Y…? —pregunté.

—¿Qué clase de vestimenta llevaba usted? Parecía algo así como un uniforme.

—Es la última moda, Allí, estos días. Me estaba diciendo que le resultaba familiar.

—Sí —acordó—. De todas formas, ¿dónde es Allí? ¿De dónde viene? ¿Dónde ha estado?

—Viajo mucho —respondí—. Iba a decirme algo hace un momento.

—Sí —dijo—. Esta es una clínica pequeña, y hace un tiempo, un vendedor con gran facilidad de palabra convenció a los directores para que invirtieran en un sistema de archivo médico computerizado. Si esta región se hubiera desarrollado más y nosotros nos hubiéramos expandido, habríamos amortizado el gasto. Sin embargo, ninguna de estas cosas ocurrieron, y ese fue un artículo caro. Incluso potenció una cierta pereza entre los empleados no titulados. Los viejos archivos ya no se depuran como se solía hacer antes, ni siquiera los de la sala de emergencias. Hay espacio ahí para un montón de datos pasados que ya son inútiles. Así que cuando el señor Roth me dio su nombre y yo introduje un chequeo de rutina de usted, encontré algo, descubriendo de esta manera porqué usted me resultaba familiar… Aquella noche también me encontraba en la sala de emergencias, hace unos siete años, cuando usted sufrió el accidente de coche. Recordé que entonces le operé… y cómo pensé que no sobreviviría. Pero me sorprendió cuando se recuperó, y aún lo sigue haciendo. Ni siquiera puedo encontrar las cicatrices que deberían estar ahí. Se curó de una manera realmente estupenda.

—Gracias. Diría que es un tributo al médico.

—¿Me podría decir su edad? Es para el archivo.

—Treinta y seis —contesté. Esa siempre es una edad segura.

Lo anotó en algún sitio de la carpeta que tenia sobre las rodillas.

—¿Sabe? Hubiera jurado —una vez que comprobé su historial y que recordé— que usted tenia el mismo aspecto que ahora la última vez que le vi.

—La vida sana.

—¿Sabe algo sobre su tipo de sangre?

—Que es exótico. Pero para todos los propósitos prácticos puede tratarlo como si fuera un AB Positivo. Puedo recibir cualquier tipo, pero no le dé a nadie la mía.

Asintió.

—Por la naturaleza de su accidente se le tendrá que dar un informe a la policía, ¿lo sabe?

—Eso pensé.

—Creí que le gustaría meditar sobre ello.

—Gracias —dije—. ¿Así que aquella noche estaba de servicio y me curó? Interesante. ¿Qué más recuerda del asunto?

—¿Qué quiere decir?

—Las circunstancias bajo las cuales me trajeron en aquel momento. Mi propia memoria está en blanco desde justo antes del accidente hasta un poco después. Fui transferido hasta aquel otro lugar… Greewood. ¿Recuerda cómo llegué?

Frunció el ceño, justo cuando llegué a la conclusión de que tenía una cara para cada ocasión.

—Enviamos una ambulancia —respondió.

—¿En respuesta a qué? ¿Quién informó del accidente? ¿Cómo?

—Ya veo lo que quiere decir —dijo—. Fue la Policía del Estado la que llamó a la ambulancia. Tal como lo recuerdo, alguien vio el accidente y llamó al cuartel general. Entonces ellos le dieron el mensaje a un coche que había en esa zona. Se dirigió al lago, comprobó el informe, le dieron a usted los primeros auxilios, y llamaron a la ambulancia. Y eso es todo.

—¿Hay algún informe de quién fue el que llamó en primer lugar?

Se encogió de hombros.

—Ese no es el tipo de cosas que más nos preocupen —dijo—. ¿No investigó su compañía de seguros? ¿No hubo una reclamación? Todavía podrían…

—Tuve que dejar el país poco después de recuperarme —corté—. Nunca continué con el asunto. Aunque me imagino que hubo un informe policial.

—Seguramente. Pero no tengo idea del tiempo que lo guardan —se rió entre dientes—. A menos que, por supuesto, ese mismo vendedor se dirigiera a ellos… Aunque es un poco tarde para hablar del asunto, ¿no lo cree? Me parece que hay un límite para cosas de este tipo. Seguramente su amigo Roth se lo podrá decir…

—No es una reclamación lo que tengo en mente —expliqué—. Sólo deseó saber lo que realmente ocurrió. Llevo varios años preguntándomelo esporádicamente. Es que tengo esta especie de amnesia retrógrada.

—¿Lo ha consultado alguna vez con un psiquiatra? —preguntó.

Y hubo algo en la manera en que lo dijo que no me gustó. Entonces me vino uno de esos pequeños relámpagos reveladores: ¿Podría Flora haber conseguido que me certificaran loco antes de mi traslado a Greenwood? ¿Figuraba eso en el informe que tenían de mí aquí? ¿Me encontraba todavía con el estatus de fugado de aquel lugar? Había pasado mucho tiempo, y yo no sabía nada del tipo de legalidades de este caso. Si fuera así, imaginé que no tenía ninguna manera de saber si me habían certificado cuerdo otra vez en alguna otra jurisdicción. Creo que fue la prudencia lo que me contuvo de inclinarme hacia adelante y mirar la muñeca del doctor. Parecía poseído por un recuerdo subliminal de que él había consultado un reloj con calendario cuando me tomó el pulso. Sí, lo había hecho. Miré de soslayo. Correcto. Día y mes: Noviembre 28. Realicé un cálculo rápido con mi conversión de dos y medio a uno y obtuve el año. Eran siete, tal como él había indicado.

—No, no lo he hecho —contesté—. Supuse que era orgánica en vez de funcional y apunté ese tiempo en blanco como una pérdida.

—Ya veo —dije—. Usa ese tipo de frases con una facilidad sospechosa. La gente que ha estado en terapia a veces suele hacerlo.

—Lo sé —afirmé—. He leído bastante sobre el tema.

Suspiró, poniéndose de pie.

—Mire —dijo—, voy a llamar al señor Roth y le diré que está despierto. Probablemente sea lo mejor.

—¿Qué quiere decirme con eso?

—Quiero decirle que siendo su amigo abogado, habrá cosas que quiera discutir con él antes de hablar con la policía.

Abrió la carpeta donde en algún lugar había apuntado mi edad, levantó la pluma, frunció el ceño, y dijo:

—De paso, ¿qué fecha es?

Quería mis Triunfos. Supuse que mis pertenencias estarían en el cajón de la mesa de noche que había al lado de la cama, pero intentar llegar hasta ella requería que me girara demasiado, y no quería forzar mucho los puntos de sutura que me habían dado. Aunque no era tan urgente. Ocho horas de sueño en Ámbar serían como veinte horas de aquí, por lo que todo el mundo debía estar todavía respetablemente retirado en sus habitaciones. Pero quería ponerme en contacto con Random para que se inventara una historia que justificara mi ausencia allí por la mañana. Más tarde.

No deseaba parecer sospechoso en un momento como este. Además, tenía que saber inmediatamente lo que Brand dijera. Quería estar en una posición en la que, según lo que contara, pudiera actuar al instante. Hice un rápido malabarismo mental. Si podía recuperarme casi en su totalidad aquí en la Sombra, ello significaría menor pérdida de tiempo para mí en Ámbar. Tendría que dosificar mi tiempo cuidadosamente y evitar complicaciones al respecto. Esperaba que Bill llegara pronto. Estaba ansioso por conocer cuál era la situación en este lugar.

Bill era de esta región: fue a la universidad en Búfalo y cuando volvió se

casó, uniéndose a la firma de abogados de la familia, y eso era todo. Me conoció siendo yo un oficial retirado del ejército que a veces viajaba por asuntos indeterminados. Los dos éramos socios del club de campo, lugar donde le había conocido. Nos estuvimos viendo durante más de un año sin intercambiar más de unas pocas palabras. Entonces, una noche, dio la casualidad de que me encontré a su lado en el bar y de alguna manera salió a relucir su afición por la historia militar, particularmente las Guerras Napoleónicas. Cuando nos dimos cuenta, ya iban a cerrar el bar. A partir de entonces nos hicimos buenos amigos, justo hasta el momento de mi época difícil. Cuando ocurrió esto, muchas veces me pregunté qué sería de él. De hecho, lo único que me frenó de ir a verle la última vez que pasé por aquí, fue que sin duda tendría un montón de preguntas que querría hacerme sobre lo que me había ocurrido, y yo tenía demasiadas cosas en la mente como para aceptarlo con educación y disfrutar de su compañía. Incluso, cuando todo se arregló en Ámbar, una o dos veces pensé en volver a verle. Como este no había sido el caso, lamentaba no poder encontrarme con él en el salón del club.

Llegó antes de una hora, bajo, pesado, rojizo, con algo de pelo gris en las sienes, sonriendo y asintiendo. Por ese entonces yo ya me había incorporado un poco, intentando respirar profundamente y dándome cuenta de que era un poco prematuro hacerlo. Estrechó mi mano y se sentó en la silla al lado de la cama. Llevaba su maletín con él.

—Me diste un susto tremendo ayer por la noche, Cari. Pensé que estaba viendo a un fantasma —comentó.

Asentí.

—Si llegas un poco más tarde, me podría haber convertido en uno —dije—. Gracias. ¿Cómo has estado?

—Ocupado. Ya sabes. Los mismos asuntos de siempre, sólo que más.

—¿Y Alice?

—Está bien. Y tenemos dos nietos más: los llamamos Bill Júnior… son mellizos. Espera un segundo.

Buscó en su cartera y localizó una foto.

La estudié, notando el parecido familiar.

—Cuesta creerlo —dije.

—Tú no pareces mucho peor después de estos años.

Me reí entre dientes y me señalé el estómago.

—Quiero decir, quitando eso —añadió—. ¿Dónde estuviste?

—¡Dios! ¡Dónde no he estado! —exclamé—. En tantos sitios que ya he perdido la cuenta.

Su cara era inexpresiva; buscó mis ojos y me miró.

—Cari, ¿en qué clase de problemas te encuentras? —preguntó. —Sonreí.

—Si me preguntas si tengo problemas con la ley, la respuesta es no. En realidad, mis problemas son con otro país, y pronto tendré que volver allí.

Su rostro volvió a relajarse, apareciendo un pequeño brillo detrás de sus bifocales.

—¿Eres una especie de consejero militar en ese otro lugar?

Asentí.

—¿Puedes decirme dónde?

Negué con la cabeza.

—Lo siento.

—Eso casi puedo entenderlo —observó—. El doctor Bailey me dijo lo que le contaste sobre lo ocurrido la noche pasada. Esto te lo pregunto como tu amigo, ¿tiene algo que ver con lo que sea que hayas estado haciendo?

Volví a asentir.

—Eso aclara las cosas un poco —dijo—. No mucho, pero lo suficiente. Ni siquiera voy a preguntarte qué agencia es, o incluso si hay alguna. Siempre te he considerado un caballero, y bastante racional. Esa es la razón por la que sentí curiosidad cuando desapareciste e investigué un poco. Me sentí un poco obligado.

Pero tu estado legal fue bastante desconcertante, y quise saber qué había ocurrido. Principalmente, porque estaba preocupado por ti. Espero que eso no te moleste.

—¿Molestarme? —dije—. No hay tanta gente a la que le importe lo que me ocurra. Te estoy agradecido. También siento curiosidad por saber lo que descubriste. ¿Sabes?, nunca tuve tiempo de hacerlo yo, para aclarar las cosas. ¿Qué te parece si me lo cuentas?

Abrió su maletín y extrajo una carpeta. Extendiéndola sobre sus rodillas, pasó varias hojas de papel amarillo llenas de una letra clara. Alzando la primera, la observó un momento y luego dijo:

—Después de que te escaparas del hospital de Albany, y tuvieras tu accidente, Brandon aparentemente desapareció de la escena y…

—¡Espera! —interrumpí, levantando la mano y tratando de sentarme.

—¿Qué? —preguntó.

—Lo tienes en un orden equivocado, y también el lugar —dije—. Primero fue el accidente, y Greenwood no está en Albany.

—Lo sé —dijo—. Me estoy refiriendo al Sanatorio Porter, es una institución mental, donde estuviste dos días y luego escapaste. Tuviste el accidente ese mismo día, y debido a ello te trajeron aquí. Entonces entró en escena tu hermana Evelyn. Hizo que te trasladaran a Greenwood, donde estuviste un par de semanas antes de marcharte por tus propios medios una vez más. ¿Correcto?

—En parte —acordé—. Sólo lo último. Como le dije al doctor antes, mi memoria está en blanco desde un par de días antes del accidente. Este asunto sobre un sitio en Albany hace sonar una campana en mi memoria, pero sólo muy levemente. ¿Sabes algo más sobre ello?

—Oh, si —afirmó—. Incluso puede tener algo que ver con el estado de tu memoria. Te ingresaron por una denuncia de enajenación mental…

—¿De quién?

Sacudió la hoja y buscó.

—Hermano, Branden Corey; tratamiento médico, Hillary B. Brand,

psiquiatra —leyó—. ¿Alguna campana más?

—Creo que sí —dije—. Continúa.

—Bueno, se llegó a firmar una orden sobre esta base —prosiguió—. Se te certificó debidamente, fuiste puesto bajo custodia, y luego trasladado. Entonces, con respecto a tu memoria…

—¿Si ?

—No sé lo suficiente sobre su práctica y sus efectos sobre la memoria, pero fuiste tratado con terapia de electro-shock mientras estuviste en Porter. Luego, como te decía, tu ficha indica que te escapaste después del segundo día. Aparentemente, recuperaste tu coche de un lugar desconocido y te dirigías hacia esta región cuando tuviste el accidente.

—Eso parece correcto —dije.

Durante un momento, mientras él hablaba, tuve la visión fantástica de que había vuelto a la sombra equivocada… una donde todo era similar, pero no congruente. Aunque ahora no creía que ese fuera el caso. En algún nivel, yo estaba respondiendo a esa historia.

—Con respecto a esa orden —comentó—. Estaba basada en evidencia falsa, pero no había ninguna manera de que la corte, en ese momento lo supiera. Cuando todo ocurrió, el verdadero doctor Brand estaba en Inglaterra, y al ponerme en contacto con él más tarde, dijo que nunca había oído hablar de ti. Habían entrado por la fuerza en su consulta. Así como tampoco su inicial del medio es la B. Tampoco oyó hablar nunca de Brandon Corey.

—¿Y qué fue de Branden?

—Simplemente desapareció. Varias veces se intentó contactar con él en la época de tu fuga de Porter, pero no se le pudo localizar. Entonces tuviste el accidente, te trajeron aquí y se te dio tratamiento. En esa época, una mujer llamada Evelyn Flaumel, que se presentó como tu hermana, se puso en contacto con este lugar, les dijo que se había certificado tu estado mental, y que la familia quería que te trasladaran a Greenwood. Al estar ausente Branden, a quien se le había asignado tu custodia, se siguieron sus instrucciones, siendo ella la única pariente próxima que había aparecido. Así es como se te trasladó al otro lugar. Volviste a escaparte un par de semanas más tarde, y ahí es donde acaba mi cronología.

—¿Entonces cuál es mi estatus legal ahora mismo? —pregunté.

—Oh, ya te han limpiado la ficha —contestó—. El doctor Brand, después de que yo hablara con él, se dirigió a la corte y prestó una declaración jurada narrando estos hechos. La orden fue revocada.

—¿Entonces por qué el doctor actúa como si yo fuera un psicópata?

—¡Oh, Dios! Suerte que lo has comentado. No se me había ocurrido. Todo lo que reflejan los registros de esta clínica es que en un momento lo fuiste. Será mejor que lo vea cuando me marche. Aquí tengo una copia del archivo de la corte, se la puedo mostrar.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que me marché de Greenwood hasta que las cosas se aclararon con la corte?

—Fue al mes siguiente —dijo—. Pasaron varias semanas hasta que pude aclararlas y presentarlas.

—No sabes cuan feliz soy de que lo hicieras —le aseguré—. Y me has dado varias informaciones que creo que serán tremendamente importantes.

—A veces es agradable poder ayudar a un amigo —dijo, cerrando la carpeta y guardándola en su maletín—. Una cosa… Cuando todo esto haya acabado —sea lo que fuere lo que estás haciendo—, y si te permiten hablar de ello, me gustaría oír la historia.

—No te lo puedo prometer —le dije.

—Lo sé. Sólo quería decírtelo. De paso, ¿qué quieres hacer con la casa?

—¿La mía? ¿Todavía es válido el título de propiedad?

—Sí, pero probablemente sea vendida este año por impago de impuestos atrasados si no haces algo al respecto.

—Me sorprende que aún no lo hicieran.

—Le diste al banco un poder para que actuara como tu abogado y pagara los recibos.

—Nunca pensé en ello. Abrí la cuenta por comodidad y para que me cargaran pagos y cosas por el estilo.

—Bueno, pues la cuenta está sin fondos ahora —me informó—. El otro día estuve hablando con McNally en el banco. Eso quiere decir que la casa será vendida el año próximo si no haces algo.

—Ya no la necesito ahora —dije—. Pueden hacer lo que quieran con ella.

—Entonces bien podrías venderla tú y quedarte con lo demás.

—No creo que me quede por aquí tanto tiempo.

—Lo podría llevar yo por ti. Y enviarte el dinero a donde quieras.

—De acuerdo —acepté—. Firmaré todo lo que sea necesario. Paga mi cuenta del hospital con ello y quédate con el resto.

—No podría hacer eso.

Me encogí de hombros.

—Haz lo que creas más conveniente, pero asegúrate de percibir unos buenos honorarios.

—Te depositaré lo que sobre en tu cuenta bancaria.

—De acuerdo. Gracias. Ah, antes de que me olvide, ¿mirarías en el cajón de esa mesa para ver si hay un paquete de cartas? Todavía no puedo alcanzarlo, y más tarde me harán falta.

—Seguro.

Extendió el brazo y abrió el cajón.

—Hay un gran sobre marrón —dijo—. Bastante abultado. Probablemente han puesto lo que había en tus bolsillos en su interior.

—Ábrelo.

—Sí, hay un paquete de cartas —observó, metiendo la mano—. ¡Eh! ¡Es una

caja preciosa! ¿Puedo?

—Yo… —¿qué podía decirle?

Abrió la caja.

—Preciosas… —murmuró—. Una especie de tarots… ¿Son antiguas?

—Sí.

—Frías como el hielo… Nunca he visto algo parecido. ¡Ese eres tú! ¡Vestido como una especie de caballero! ¿Para qué sirven?

—Para un juego muy complicado —contesté.

—¿Cómo puedes ser tú ese si son antiguas?

—Yo no dije que fuera yo. Fuiste tú.

—Sí, fui yo. ¿Es algún antepasado?

—Algo así.

—¡Esta sí que es una chica bonita! Pero también lo es la pelirroja…

—Creo…

Ordenó las cartas y las metió de nuevo en su caja. Me la alcanzó.

—Un bonito unicornio, también —añadió—. No tendría que haberlas mirado, ¿no es cierto?

—No te preocupes.

Suspiró y se reclinó contra la silla, cruzando las manos detrás de la cabeza.

—No pude evitarlo —dijo—. Es que hay algo extraño en ti, Cari, más allá de cualquier trabajo secreto que estés realizando… y los misterios siempre me han intrigado. Nunca he estado tan cerca de un enigma como ahora.

—¿Sólo porque viste unos fríos tarots? —pregunté.

—No, eso sólo le añade atmósfera —dijo—. Aunque todo lo que has estado haciendo estos años no es asunto mío, sí hay un incidente reciente que no puedo comprender.

—¿Cuál es?

—Después de traerte aquí y llevar a Alice la noche pasada, volví a tu casa, con la esperanza de tener alguna idea de lo que había ocurrido. La nieve ya había dejado de caer, aunque más tarde empezó otra vez a nevar, y tus huellas eran bien visibles, yendo alrededor de la casa y bajando por el patio delantero.

Asentí.

—Pero no había ninguna huella que condujera dentro… nada que indicara tu llegada. Y siguiendo en esa línea, no había ninguna huella más que saliera… nada que mostrase la huida de tu atacante.

Me reí entre dientes.

—¿Crees que yo mismo me hice la herida?

—No, por supuesto que no. Ni siquiera había un arma a la vista. Seguí las manchas de sangre hasta el dormitorio, hasta tu cama. Lo único que tenía para iluminar era mi linterna, por supuesto, pero lo que vi me produjo una sensación extraña. Era como si repentinamente hubieras aparecido allí, en la cama, sangrando, para luego incorporarte y salir de la casa.

—Imposible, por supuesto.

—Sin embargo, me pregunto por qué no había huellas.

—El viento las habrá cubierto con la nieve.

—¿Y las otras no? —negó con la cabeza—. No, no lo creo. Quiero que tomes nota de que, si algún día me cuentas la historia, también me gustaría saber eso.

—Lo recordaré —prometí.

—Sí —dijo—. Pero me pregunto… Tengo la extraña impresión de que tal vez nunca más vuelva a verte. Es como si yo fuera uno de esos personajes secundarios en un melodrama al que hacen desaparecer del escenario sin que nunca pueda

llegar a saber cómo acabaron las cosas.

—Puedo entender lo que se siente —simpaticé—. Mi propio papel a veces hace que quiera estrangular al autor. Pero míralo de esta manera: las historias verdaderas raramente están a la altura de las expectativas que crean. Normalmente son cosas pequeñas, que se reducen a los motivos más mezquinos una vez que se conocen. Las conjeturas y las ilusiones a menudo son mejores.

Sonrió.

—Hablas como siempre —dijo—, sin embargo, hubo ocasiones en las que fuiste tentado por la virtud. Varias de ellas…

—¿Cómo os llevaron las huellas hasta mí? —pregunté—. Iba a decirte que repentinamente recordé que entré en la casa por el mismo camino exacto por el que la dejé. Obviamente, mi salida borró las huellas de mi llegada.

—No está mal —dijo—. ¿Y tú atacante siguió la misma ruta?

—Debió hacerlo.

—Bastante bien —reconoció—. Sabes cómo producir una duda razonable. Pero todavía siento que la redundancia de evidencias indican que hay algo extraño involucrado.

—¿Extraño? No. Peculiar, tal vez. Es una cuestión de interpretación.

—O semántica. ¿Leíste el informe de la policía sobre tu accidente?

—No. ¿Y tú?

—Mmmm. ¿Y si fuera más que peculiar? ¿Entonces aceptarías la palabra que usé: «extraño»?

—Muy bien.

—¿… Y me contestarías una pregunta?

—No lo sé…

—Una pregunta con una simple respuesta de sí-o-no. Eso es todo.

—De acuerdo, es un trato. ¿Qué decía?

—Decía que habían recibido una notificación de un accidente y un coche patrulla fue enviado a la escena. Allí encontraron a un hombre extrañamente vestido dándote los primeros auxilios. Declaró que te había sacado del coche siniestrado en el lago. Esto parecía ser verdad, ya que él mismo parecía estar empapado. Era de estatura media, complexión ligera, pelo rojo. Vestía de verde, y uno de los oficiales dijo que parecía sacado de una película de Robin Hood. Se negó a identificarse, a acompañarlos o a hacer algún tipo de declaración. Cuando le insistieron en que tenía que hacerlo, silbó y apareció trotando un caballo blanco. Saltó sobre su lomo y se marchó al galope. No se le volvió a ver.

Me reí. Esto me dolió, pero no pude evitarlo.

—¡Qué me condenen! —exclamé—. Las cosas empiezan a tener sentido.

Bill me miró durante un momento. Luego dijo:

—¿De verdad?

—Sí, eso creo. Tal vez sólo por esto que acabo de averiguar valió la pena que me apuñalaran y volver aquí.

—Pones esas dos cosas en un orden peculiar —dijo, acariciándose la barbilla.

—Sí, lo sé. Pero comienzo a ver un cierto orden donde antes no había nada. Esta información bien puede valer el precio de estar aquí.

—¿Todo por un tipo en un caballo blanco?

—En parte, en parte… Bill, me iré pronto de aquí.

—Por un tiempo no vas a ir a ninguna parte.

—Es igual… esos papeles que mencionaste… creo que será mejor que te los firme hoy.

—De acuerdo. Los traeré esta tarde. Pero no quiero que hagas ninguna tontería.

—A cada momento que pasa me vuelvo más cauto —dije—, créeme.

—Eso espero —dijo, cerrando el maletín y poniéndose en pie—. Bien, descansa un poco. Aclararé las cosas con el doctor y haré que traigan los papeles hoy.

—Gracias otra vez.

Estreché su mano.

—De paso —recordó—, dijiste que me responderías una pregunta.

—Lo hice, ¿no es cierto? ¿Cuál es?

—¿Eres humano? —preguntó, todavía cogiendo mi mano, sin ninguna expresión especial en su rostro.

Comencé a sonreír, pero me quedé con la intención.

—No lo sé. Me… me gustaría creerlo. Pero de verdad que no lo sé… ¡Claro que lo soy! Eso es una tontería… ¡Oh, demonios! Lo has preguntado de verdad, ¿no es cierto? Y yo te dije que sería sincero… —me mordí el labio y pensé durante un momento. Luego dije—: No lo creo.

—Yo tampoco —comentó, y sonrió—. Pero eso no cambia las cosas para mí, aunque pensé que a ti sí podría cambiártelas el saber que alguien conoce que eres diferente y no le importa.

—También recordaré eso —dije.

—Bueno… ya te veré.

—Correcto.

IX

Fue justo después de que el policía se marchara… Acababa la tarde. Yacía en la cama y me sentía mejor. Tendido allí, reflexionando en los peligros que acarreaba vivir en Ámbar. Brand y yo estábamos postrados gracias al arma favorita de la familia. Me pregunté quién habría salido peor parado. Probablemente, él. Podría haberle llegado al riñón, y encima se encontraba en malas condiciones físicas.

Trastabillando, había recorrido la habitación, ida y vuelta, dos veces, antes de que el pasante de Bill trajera los papeles para que los firmara. Era necesario que conociera mis límites. Siempre lo es. Ya que suelo curarme bastante más rápido que la gente de la sombra, sentía que debía ser capaz de ponerme en pie y caminar algo, hacerlo de la misma manera en que lo haría una de estas personas después de, digamos, un día y medio, tal vez dos. Demostré que podía hacerlo. Me dolió, y la primera vez me mareé, aunque la segunda menos. Eso era algo. Así que me tendí allí, sintiéndome mejor.

Extendí las cartas en abanico varias veces, jugando solitarios privados, leyendo ambiguos futuros entre rostros familiares. Me contuve en cada ocasión, frenando el deseo de ponerme en contacto con Random, de contarle lo que había ocurrido, de preguntarle por algún acontecimiento nuevo. «Más tarde», me decía continuamente. Cada hora adicional que duerman, son dos horas y media para ti aquí. Cada dos horas y media para ti en este lugar, es el equivalente de seis u ocho para algún mortal inferior. Quédate. Piensa. Recupérate.

Y así ocurrió, que poco después de la cena, justo cuando el cielo comenzaba a oscurecerse otra vez, me sorprendieron. Ya le había contado a un joven policía con el uniforme bien almidonado todo lo que pensaba decirle. No supe si me creyó, pero fue educado y no se quedó mucho tiempo. De hecho, poco después de marcharse, fue cuando las cosas comenzaron a suceder. Acostado allí, sintiéndome mejor, esperaba la visita del doctor Bailey para hacer un chequeo rutinario y que comprobara si todavía estaba cuerdo. Acostado allí, analizando todas las cosas que me había dicho Bill, tratando de hacerlas encajar en otras cosas que yo sabía o había deducido…

¡Contacto! Se me habían anticipado. Había alguien en Ámbar que era madrugador.

—¡Corwin!

Era Random, bastante agitado.

—¡Corwin! ¡Levántate! ¡Abre la puerta! Brand ha recuperado la consciencia y pregunta por ti.

—¿Has estado golpeando esa puerta, tratando de despertarme?

—Así es.

—¿Estás solo?

—Sí.

—Bien. No estoy dentro. Me has alcanzado en la Sombra.

—No entiendo.

—Ni yo tampoco. Estoy herido, pero viviré. Más tarde te contaré la historia. Cuéntame lo de Brand.

—Se despertó sólo hace un rato. Le dijo a Gérard que tenía que hablar contigo inmediatamente. Gérard llamó a un sirviente y le envió a tu habitación.

Cuando no pudo despertarte, vino a verme. Le envié de vuelta para que le dijera a Gérard que yo te llevaría pronto.

—Ya veo —dije, estirándome lentamente y sentándome—. Métete en algún sitio donde no te puedan ver, entonces iré. Necesitaré una bata o algo así. Me falta algo de ropa.

—Entonces será mejor que vuelva a mis habitaciones.

—De acuerdo. Ve allí.

—Dame un minuto.

Y silencio.

Moví lentamente mis piernas. Me senté en el borde de la cama. Recogí los Triunfos y los volví a guardar en su caja. Tenía la impresión de que era importante

que ocultara mi herida de regreso a Ámbar. Incluso en épocas normales, uno no va por ahí haciendo publicidad de su propia vulnerabilidad.

Respiré profundamente y me puse en pie, cogiéndome del cabecero de la cama. Lo que había practicado dio sus frutos. Respiré normalmente y relajé la mano de la que me sostenía. No estaba mal, si me movía despacio, si no me esforzaba más allá de lo mínimo requerido para mantener las apariencias… Tal vez pudiera mantenerlo en secreto hasta que mis fuerzas retornaran de verdad.

Justo en ese momento, oí unas pisadas, y una solícita enfermera quedó contorneada en el umbral de la puerta, resuelta, simétrica, diferente a un copo de nieve principalmente porque estos son muy parecidos.

—¡Vuelva a esa cama, señor Corey! ¡Se supone que no debe estar levantado!

—Señora —expliqué—, es imprescindible que me levante. Tengo que marcharme.

—Podría haber llamado para pedir una taza —dijo, entrando en la habitación y avanzando.

Sacudí cansadamente la cabeza justo en el momento en que la presencia de Random entraba en contacto conmigo una vez más. Me pregunté de qué manera informaría sobre esto… y si mencionaría la imagen prismática que quedaría de mí después de haberme ido. Supongo que sería otra anotación para el creciente archivo de folklore que tiendo a dejar detrás mío.

—Piense en esto de esta manera, querida mía —le dije—. Durante todo este tiempo la nuestra ha sido una relación puramente física. Habrá otros… muchos otros. *¡Adieu!*

Me incliné, enviándole un beso a medida que me marchaba a Ámbar, dejándola en un intento de coger un arcoiris mientras yo cogía el hombro de Random y me tambaleaba.

—¡Corwin! Qué demonios…

—Si la sangre tiene que ser el precio del almirantazgo, acabo de ganarme una graduación naval —observé—. Dame algo que ponerme.

Me pasó una larga y pesada capa por los hombros y yo intenté cerrármela en

la garganta.

—Todo listo —dije—. Llévame hasta él.

Me condujo fuera de la habitación hacia el hall, hasta las escaleras. Mientras caminábamos me apoyaba pesadamente en él.

—¿Es grave la herida? —me preguntó.

—De cuchillo —repliqué, y apoyé la mano en ella—. Alguien me atacó en mi habitación la noche pasada.

—¿Quién?

—Bueno, no puedes haber sido tú, ya que te acababa de dejar —expliqué—, y Gérard estaba arriba, en la biblioteca, con Brand. Quita a esos tres del resto, y comienza a adivinar. Eso es lo mejor…

—Julián —cortó.

—Su tipo definitivamente atrae la atención —concedí—. Fiona me estuvo haciendo la apología de su culpabilidad la otra noche y, por supuesto, no es ningún secreto que él no es uno de mis favoritos.

—Corwin, Julián se ha marchado del palacio. Se fue durante la noche. El sirviente que vino a buscarme me dijo que se había ido. ¿Qué te parece eso a ti?

Llegamos hasta la escalera. Mantuve una mano en Random y la otra en la barandilla. En el primer rellano nos detuvimos para que descansara un poco.

—No lo sé —dije—. A veces puede ser tan malo extender el beneficio de la duda demasiado lejos, como no darlo. Pero se me ocurre que si pensó que se había deshecho de mí, quedaría mucho mejor permaneciendo aquí aparentando sorpresa al enterarse en vez de largarse inmediatamente. Eso sí que es sospechoso. Me inclino a pensar que se marchó porque temía lo que Brand pudiera decir una vez que recuperara la consciencia.

—Pero tú sobreviviste, Corwin. Pudiste escapar de quien fuera el que te atacó, y él no pudo estar seguro de que te había matado. Si fuera yo, ahora me encontraría a mundos de distancia.

—Eso es cierto —reconocí, y volvimos a bajar otra vez—. Sí, tal vez tengas razón. Por ahora, dejémoslo como una cuestión académica. Y nadie tiene que saber que estoy herido. —Asintió.

—Como digas.

—Mientras tanto, podrías darme algunas sugerencias de cómo entró en mi habitación mi atacante.

—¿La puerta?

—Se cierra desde dentro. Ahora la mantengo así. Y la cerradura de la puerta es nueva.

—De acuerdo, lo tengo. Mi respuesta requiere que también sea un miembro de la familia.

—Cuéntamela.

—Alguien estaba lo suficientemente dispuesto a darse una buena sacudida física y mental como para caminar otra vez el Patrón para intentar matarte. Fue abajo, lo atravesó, se proyectó a tu habitación, y te atacó.

—Eso sería perfecto si no fuera por una cosa. Todos nos marchamos más o menos a la misma hora. El ataque no ocurrió más tarde por la noche; ocurrió apenas entré en la habitación. No creo que uno de nosotros tuviera el suficiente tiempo para bajar hasta la cámara, y menos atravesar el Patrón. El atacante ya estaba allí, esperando. Así que si fue uno de nosotros, logró entrar por algún otro medio.

—Entonces logró abrir la cerradura con algún truco.

—Posiblemente —dije cuando llegamos al rellano y continuamos—. Descansaremos en la esquina, así podré entrar en la biblioteca sin necesidad de ayuda.

—Seguro. —Así lo hicimos. Me arreglé, cubriéndome por completo con lacapa, enderecé los hombros y avancé, golpeando la puerta.

—Un momento —la voz de Gérard.

Pasos acercándose a la puerta…

—¿Quién es?

—Corwin —contesté—. Random está conmigo.

Le escuché preguntar:

—¿Quieres a Random también?

Y escuché un suave «No» como réplica.

La puerta se abrió.

—Sólo tú, Corwin —dijo Gérard.

Asentí, volviéndome hacia Random.

—Más tarde —le dije.

Me devolvió el gesto y retrocedió en la dirección por la que habíamos venido. Entré en la biblioteca.

—Abre la capa, Corwin —ordenó Gérard.

—Eso no es necesario —intervino Brand.

Dirigí la mirada hacia él, y vi que estaba apoyado sobre unos cuantos almohadones, mostrando una sonrisa de dientes amarillos..

—Lo siento, pero yo no soy tan confiado como Brand —dijo Gérard—, y no dejaré que todo lo que he hecho por él se venga abajo. Déjame ver.

—He dicho que no es necesario —repitió Brand—. Él no es el que me apuñaló.

Gérard se volvió rápidamente.

—¿Cómo sabes que no es él? —preguntó.

—Porque sé quién fue, por supuesto. No seas pesado, Gérard. No hubiera pedido verle si tuviera algún motivo para temerle.

—Estabas inconsciente cuando te traje. No podías saber quién fue.

—¿Estás seguro de eso?

—Bueno… ¿Por qué no me lo dijiste, entonces?

—Tengo mis razones, y son válidas. Y ahora quisiera hablar a solas con Corwin.

Gérard bajó la cabeza.

—Espero que no estés delirando —musitó. Se acercó a la puerta y la volvió a abrir—. Estaré a una distancia en la que podré oír tu llamada —añadió, cerrándola detrás suyo.

Me acerqué. Brand extendió su mano y yo se la estreché.

—Me alegra ver que has podido regresar —comentó.

—Lo mismo digo —añadí, y entonces cogí la silla de Gérard, tratando de no derrumbarme sobre ella.

—¿Cómo te encuentras ahora? —pregunté.

—En un sentido, podrido. Pero en otro, mejor de lo que he estado en años. Todo es relativo.

—La mayoría de las cosas lo son.

—Ámbar, no.

Suspiré.

—De acuerdo. No me estaba poniendo técnico. ¿Qué demonios sucedió?

Su mirada era muy intensa. Me estaba estudiando, buscando algo. ¿Qué? Supongo que conocimiento. O, más correctamente, ignorancia. Como ésta es más difícil de medir, su mente tenía que estar funcionando a toda velocidad. Conociéndole, estaba más interesado en lo que yo no sabía que en lo que sabía. Si podía evitarlo, no iba a darme ninguna pista. Daría lo mínimo para conseguir todo lo que deseaba. No gastaría ningún vatio más del que debiera. Esta era su manera

de actuar, y, por supuesto, quería algo. A menos… En años recientes he tratado de convencerme de que la gente cambia, que el paso del tiempo no sirve meramente para acentuar lo que ya está ahí, que los cambios cualitativos a veces ocurren en la gente debido a cosas que han hecho, visto, pensado, y sentido. Esto me brinda algún solaz en tiempos como estos, cuando todo lo demás parece ir mal, por no mencionar que fortalece mi filosofía de las cosas. Y Brand probablemente había sido el responsable de salvar mi vida y mi memoria, fueran cuales fueren sus motivos. Muy bien. Decidí darle el beneficio de la duda, sin dejar al descubierto mi espalda. Esta era una pequeña concesión, mi movimiento contra la simple psicología de humores que generalmente rige las aperturas de nuestros juegos.

—Las cosas nunca son lo que parecen, Corwin —comenzó—. Tu amigo hoy es tu enemigo mañana y…

—¡Corta eso! —exclamé—. Este es el momento de poner las cartas sobre la mesa. Aprecio lo que Branden Corey hizo por mí… y fue a mí a quien se le ocurrió usar los Triunfos para intentar localizarte.

Asintió.

—Supongo que había buenas razones para ese incremento de amor fraternal después de todo este tiempo.

—Yo también puedo suponer que tenías otros motivos cuando me ayudaste.

Volvió a sonreír, alzando la mano derecha y dejándola caer.

—Entonces, estamos en paz el uno con el otro, o en deuda, depende cómo analice uno estas cosas. Ya que parece que ahora nos necesitamos mutuamente, sería bueno que nos entendiéramos.

—Comienzas a divagar, Brand. Estás intentando distraerme. No arruines mi esfuerzo del día para ser idealista. Me sacaste de la cama para decirme algo; dímelo ya.

—El mismo viejo Corwin —dijo, riéndose entre dientes. Luego miró hacia un lado—. ¿O no lo eres? Me pregunto… ¿Crees que te cambió… vivir todo ese tiempo en la Sombra, sin saber quién eras, permaneciendo en un lugar tan diferente de Ámbar?

—Quizás —repliqué—. No lo sé. Sí, me cambió. Sé que me hizo impaciente

cuando se trata de intrigas familiares.

—Hablar clara y directamente, ¿eso es lo que quieres? Pero así se pierde parte de la diversión… aunque puede ser un cambio valioso. Mantienes a todo el mundo desconcertado… cambiando cuando menos lo esperan. Sí, tal vez sea positivo. También refrescante. ¡De acuerdo! No temas. Así termina mi introducción. Aquí acaba el intercambio de bienvenida. Iré derecho al grano, amordazaré a la Insensatez y le arrebataré al sórdido misterio la perla del más dulce de los sentidos. Pero primero una cosa, si me lo permites. ¿Tienes algo que se pueda fumar? Han pasado muchos años, y me gustaría cualquier cosa… para celebrar mi vuelta a casa.

Iba a decir que no, pero estaba convencido de que había unos cigarrillos en el escritorio, a mi izquierda. No deseaba forzar mi costado, pero dije:

—Espera un momento.

Intenté hacer que mis movimientos parecieran casuales cuando me incorporé y atravesé la habitación. Apoyé mi mano con naturalidad sobre el escritorio mientras inspeccionaba los cajones, evitando que viera que me estaba sosteniendo pesadamente sobre él. Oculté mis movimientos con el cuerpo y con la capa tanto como pude.

Localicé el paquete de cigarrillos y di media vuelta, deteniéndome para encender un par de cigarrillos en la chimenea. Brand tardó en coger el que le ofrecía.

—Te tiembla un poco la mano —observó—. ¿Qué ocurre?

—Trasnoché demasiado ayer —dije, volviendo a mi silla.

—No había pensado en eso. Supongo que tuvisteis una gran fiesta, ¿no? Por supuesto. Todos juntos en una habitación… celebrando el inesperado éxito que supuso mi localización y rescate… oscurecido por el desesperado acto de alguien muy nervioso y muy culpable… El éxito se empañó cuando me hirieron, cerrándome la boca, ¿pero por cuánto tiempo? Luego…

—Dijiste que sabías quién lo había hecho. ¿Estabas bromeando?

—No, no bromeaba.

—Entonces, ¿quién fue?

—En su momento, querido hermano. En su momento. Secuencia y orden, tiempo y medida… son muy importantes en este asunto. Permíteme que disfrute, ya a salvo, de mi drama una vez que ha pasado. Os imagino a todos a mi alrededor, atendiéndome. ¡Ah! ¡Qué no daría por ser testigo de esa escena! ¿Me podrías describir la expresión en el rostro de cada uno?

—Me temo que sus caras eran la menor de mis preocupaciones en ese momento.

Suspiró, echando humo.

—Ah, eso está bien —prosiguió—. No te preocupes, puedo ver sus caras. Ya sabes que tengo una imaginación muy desarrollada. Impacto, abatimiento, desconcierto… oscureciéndose hacia la sospecha, el miedo. Me dijeron que luego todos os marchasteis, quedándose el gentil Gérard para hacer de enfermera —se detuvo, miró el humo, y durante un momento el tono burlón desapareció—. ¿Sabes? Él es el único decente de todos nosotros.

—Ocupa una buena posición en mi lista de gente buena —dije.

—Me cuidó bien. Siempre ha cuidado de la familia —repentinamente se rió entre dientes—. Sinceramente, no sé por qué se molesta. Pero, como estaba diciendo, seguramente os marchasteis a otra habitación para hablar. Lamento habérmelo perdido. Todas esas emociones, sospechas y mentiras rebotando de uno a otro… y nadie se atrevía a ser el primero en retirarse. Todos exhibiendo un comportamiento impecable, pero con un ojo listo para captar el más ligero desliz. Intentos de intimidar al culpable. Tal vez se arrojaron algunas piedras para conseguir un chivo expiatorio. Pero, resumiendo, no se consiguió gran cosa. ¿Tengo razón?

Asentí, apreciando la manera en que su mente funcionaba, resignado a dejar que lo contara a su modo.

—Sabes que tienes razón —comenté.

Me miró con intensidad al decir eso, y luego continuó:

—Pero, finalmente, todo el mundo se marchó. O bien permanecieron despiertos analizando lo sucedido o fueron a reunirse con un cómplice. Secuencias

escondidas en la noche. Es halagador pensar que mi estado de salud fue el factor principal en la mente de todos. Algunos, por supuesto, estaban a favor de que me recuperara, y otros, en contra. Y en medio de todo ello, yo me fortalecía —no, florecía—, tratando de complacer a los que estaban a mi favor. Gérard estuvo un buen rato poniéndome al día sobre los últimos acontecimientos históricos. Cuando ya me cansé de esto, hice que te llamaran.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, estoy aquí. ¿Qué querías decirme?

—¡Paciencia, hermano! ¡Paciencia! Piensa en todos los años que pasaste en la Sombra, sin poder ni siquiera recordar… esto —hizo un gesto con su cigarrillo, abarcando la habitación—. Piensa en todo ese tiempo que tú esperaste en la ignorancia hasta que yo te localicé. Supongo que unos pocos momentos más de incertidumbre no son tan importantes.

—Me dijeron que me buscaste —dije—. Me pregunto qué razones tenías, ya que cuando dejamos de vernos no éramos muy amigos.

Asintió.

—No puedo negarlo —reconoció—. Pero, con el tiempo, siempre se me pasan los enfados.

Di un bufido.

—He estado pensando qué contarte y si me creerías —continuó—. Dudé que lo aceptaras si simplemente aparecía diciéndote que mis actuales motivos son casi altruistas en su totalidad.

Volví a bufar.

—Pero esto es cierto —prosiguió—, y para acallar tus sospechas, añadiré que ello se debe a que no tengo mucha elección en el asunto. Los comienzos siempre son difíciles. No sé por dónde empezar, ya que siempre habrá algún acontecimiento anterior. Tú estuviste fuera tanto tiempo. Sin embargo, si debemos elegir un punto central, que sea el trono. Ya está. Lo he dicho. ¿Sabes?, habíamos pensado en una manera de hacernos con él. Todo ocurrió poco después de tu desaparición y, en gran parte, impulsado por ella. Papá sospechaba que Eric te había matado. Pero no había ninguna evidencia. Aunque nosotros potenciamos este sentimiento… una palabra aquí y allí, dicha cada cierto tiempo. Los años

pasaron, y fue imposible llegar hasta ti por ningún medio y, poco a poco, cobró más fuerza la noción de que habías muerto. Papá miraba a Eric con creciente desaprobación. Entonces, una noche, después de una discusión que yo había comenzado sobre un tema totalmente intrascendente —estábamos casi todos a la mesa—, él dijo que ningún fratricida subiría jamás al trono, y miraba a Eric cuando lo dijo. Ya sabes la mirada intensa que tenía. Eric se puso rojo como una puesta de sol, y no pudo tragar bocado durante un buen rato. Pero entonces Papá llevó las cosas mucho más lejos de lo que alguno de nosotros había anticipado o deseado. Para ser justo contigo, no sé si hablaba solamente para dar rienda suelta a sus sentimientos, o si realmente creía en lo que decía. Pero nos dijo que estaba casi decidido a que fueras tú su sucesor, por lo que se tomaba lo que te hubiera ocurrido de una manera bastante personal. No habría hablado de ello si no hubiera estado convencido de tu muerte. En los meses que siguieron, te levantamos un cenotafio para darle una forma sólida a esta conclusión, y nos aseguramos de que nadie olvidara los sentimientos de Papá hacia Eric. Ya que pensábamos que, después de ti, Eric era el que más posibilidades tenía de llegar al trono.

—¡Pensábamos! ¿Quiénes eran los otros?

—Paciencia, Corwin. ¡Secuencia y orden, tiempo y medida! Acento, énfasis… Escucha —cogió otro cigarrillo, lo encendió con la colilla del anterior, apuñalando el aire con el extremo ardiente.

—El paso siguiente requería que sacáramos a Papá de Ámbar. Esta era la parte más crucial y peligrosa del asunto, y fue en este punto donde no estuvimos de acuerdo. A mí no me gustaba la idea de una alianza con un poder que no entendía por completo, especialmente una alianza que le daba ventaja sobre nosotros. Usar las sombras es una cosa; dejar que te usen a ti es enfermizo, sean cuales fueren las circunstancias. Estuve en contra de ello, pero la mayoría lo quiso de otra manera —sonrió—. Dos a uno. Sí, éramos tres. Entonces seguimos adelante con el plan. Se puso la trampa, y Papá fue detrás del cebo…

—¿Vive todavía? —pregunté.

—No lo sé —contestó Brand—. Después de la trampa todo nos empezó a salir mal, y luego tuve problemas propios de los que preocuparme. Sin embargo, una vez que Papá se marchó, nuestro siguiente movimiento fue consolidar nuestra posición mientras esperábamos un período de tiempo respetable para que pareciera adecuada la presunción de su muerte. Idealmente, lo único que necesitábamos era la cooperación de una persona. Podía ser Caine o Julián… no

importaba quién. Bleys ya se había marchado a la Sombra para reunir una gran fuerza militar…

—¡Bleys! ¿Era uno de los vuestros?

—Ciertamente. Teníamos pensado que fuera él quien subiera al trono… con suficientes restricciones que no le permitieran ostentar el poder absoluto, por supuesto, formando un triunvirato *de facto*. Como te estaba diciendo, esta es la razón por la que se marchó para reunir tropas. Esperábamos tomar el trono sin derramamiento de sangre, pero estaríamos preparados en caso de que las palabras resultaran insuficientes para ganar nuestra causa. Si Julián nos abría el camino de tierra, o Caine el marítimo, transportaríamos a las tropas con rapidez y, si fuera necesario, ganaríamos la batalla con la fuerza de las armas. Desafortunadamente, yo elegí al hombre erróneo. En mi estimación, Caine era más fácil de corromper que Julián. Por lo que, con medida delicadeza, le tanteé al respecto. Al principio pareció estar de acuerdo en unirse a nosotros. Pero, o lo reconsideró después, o desde el comienzo me engañó hábilmente. Por supuesto, prefiero pensar que fue lo primero. Fuera lo que fuere, en algún punto llegó a la conclusión de que se beneficiaría más ayudando al otro aspirante al trono. Para ser más exactos, a Eric. Ahora bien, las esperanzas de Eric se habían visto frustradas por la actitud de Papá hacia él… pero Papá no estaba, y nuestro planeado movimiento le dio a Eric la oportunidad de actuar como defensor de Ámbar. Lamentablemente para nosotros, tal posición le colocaría a sólo un paso del trono. Empeorando aún más las cosas, Julián se unió a Caine y puso la lealtad de sus tropas a favor de Eric. De esta manera, se formó el otro trío. Y así Eric juró públicamente defender el trono, y, a partir de ese momento, se trazaron las líneas divisorias. Entonces, naturalmente, yo quedé en una posición un poco embarazosa. Sobre mí caía toda su animosidad, ya que desconocían quiénes estaban de mi lado. Pero no podían aprisionarme o someterme a tortura, porque inmediatamente me liberarían con los Triunfos. Y, al no saber quiénes eran mis aliados, temían matarme. Por lo que, durante un tiempo, la situación se quedó en tablas. Manteniéndome estrechamente vigilado, se encargaron de que no actuara contra ellos de manera directa. Entonces planeamos un ataque más sutil. De nuevo me opuse, y otra vez perdí dos a uno. Utilizaríamos las mismas fuerzas que usamos contra Papá, esta vez con el propósito de desacreditar a Eric. Si se demostraba que la defensa de Ámbar, tan confiadamente asumida por él, resultaba ser una tarea demasiado pesada, y si en ese momento aparecía Bleys en escena y arreglaba la situación con rapidez, incluso éste tendría el apoyo popular cuando tomara bajo su responsabilidad el papel de defensor del reino. Y una vez transcurrido un período de tiempo adecuado, ya sin oposición, asumiría el papel de soberano por el bien de Ámbar.

—Una pregunta —interrumpí—. ¿Qué pensabais hacer con Benedict? Sé que él desaprobaba todas estas maniobras y permanecía alejado en su Avalón, pero si Ámbar se veía amenazada de verdad…

—Sí —dijo—, y por esa razón, parte de nuestro plan consistía en distraer a Benedict creándole una serie de problemas que le mantuvieran ocupado. —Pensé en los ataques al Avalón de Benedict por las doncellas del infierno. Pensé en el muñón de su brazo derecho. Abrí la boca para hablar de nuevo, pero Brand levantó la mano.

—Deja que acabe a mi manera, Corwin. Sé cuáles son tus pensamientos. También siento el dolor en tu costado, idéntico al mío. Sí, conozco estas cosas y muchas más —sus ojos ardían extrañamente cuando cogió otro cigarrillo e hizo que se encendiera solo. Aspiró profundamente y habló mientras exhalaba—. Me separé de los otros por esta decisión. Vi que era muy peligroso y que colocaría a la misma Ámbar en una situación muy extrema. Me separé de ellos… —observó el humo durante unos momentos antes de continuar—: Pero el plan ya estaba en marcha, y no podía, así por las buenas, marcharme. Me opuse a su acción, y lo hice para protegerme de ellos y para salvaguardar Ámbar. Era demasiado tarde para pasarme al lado de Eric. No me hubiera aceptado… y, además, estaba seguro de que iba a perder. Fue en ese momento cuando decidí emplear ciertas nuevas habilidades que había adquirido. Muchas veces me pregunté por qué Eric mantenía con Flora un contacto tan estrecho y por qué estaba ella en esa Tierra de sombra fingiendo que disfrutaba su estancia allí. Tuve la sospecha de que había algo que él ocultaba y que, tal vez, ella estuviera en ese lugar por órdenes suyas. Con la certeza de que no haría falta demasiada sutileza para descubrir los motivos que tenía Flora para estar allí, me dediqué a ello. Entonces, y de manera repentina, el ritmo se aceleró. Mi propio grupo estaba preocupado con respecto a mi paradero. Y cuando te localicé y te devolví algunos recuerdos, Eric se enteró a través de Flora de que había algo que no iba bien. Y pronto me vi perseguido por los dos grupos. Había llegado a la conclusión de que tu regreso echaría los planes de todo el mundo por la ventana, y me sacaría del problema en el que yo me encontraba, por lo menos el tiempo suficiente hasta que se solucionaran las cosas. El deseo de Eric de subir al trono se vería obstaculizado, tú tendrías apoyo de mucha gente, y mi grupo ya no podría continuar con su plan. Además, supuse que tú no olvidarías que fui yo quien te ayudó. Entonces, tú te escapaste de Porter, y las cosas se complicaron de verdad. Todos nosotros te estábamos buscando, como más tarde me enteré, por diferentes motivos. Pero mis antiguos socios tenían algo a su favor. Descubrieron lo que estaba ocurriendo, te localizaron, y llegaron allí primero. Obviamente, había una sola manera de mantener el *status quo*, de forma

que ellos siguieran con la ventaja. Bleys hizo los disparos que te mandaron a ti y a tu coche al lago. Yo llegué justo cuando los hacía. Él se marchó casi inmediatamente, ya que creía haber hecho un trabajo completo. Pero yo te pude sacar del coche, y aún quedaba lo suficiente de ti como para empezar otro tratamiento. Era frustrante, ahora que lo pienso de nuevo, no saber si el tratamiento anterior había sido efectivo, si despertarías como Corwin o Corey… Me marché inmediatamente a través de la Sombra apenas llegó ayuda. Mis socios me cogieron poco después, encerrándome donde me encontrasteis. ¿Conoces el resto de la historia?

—No toda.

—Bien. Haz que me detenga cuando llegue a lo que tú conoces. El grupo de Eric supo lo del accidente. Consiguió enterarse de tu paradero e hizo que te trasladaran a una clínica privada, donde te podrían *proteger* mejor y te mantuvieron continuamente drogado para que no aparecieras en escena. Así se protegieron ellos.

—¿Por qué Eric querría mantenerme vivo, especialmente si mi presencia iba a arruinar sus planes?

—Por ese entonces., siete de nosotros sabíamos que todavía vivías. Éramos muchos. Ya era demasiado tarde para matarte, que es lo que le hubiera gustado hacer. Todavía intentaba limpiarse de las palabras de Papá. Si te hubiera ocurrido algo estando en su poder, esto hubiera frenado su subida al trono. Si Benedict alguna vez se enteraba, o Gérard… No, no lo habría conseguido. Después, sí. Antes, no. Lo que ocurrió es que el conocimiento general de tu existencia le obligó a moverse antes. Fijó la fecha para su coronación y decidió mantenerte fuera da su camino hasta que tuviera lugar. Creo que fue algo extremadamente prematuro, pero sé que no tenía mucha elección. Estoy seguro de que ya sabes lo que ocurrió después de eso, ya que te sucedió a ti.

—Me uní a Bleys cuando iba a atacar. No fue muy afortunado. —Se encogió de hombros.

—Oh, pudo serlo… si hubierais ganado, y si hubieras sido capaz de controlar a Bleys. Pero no tenías ninguna oportunidad, ninguna de verdad. Mi conocimiento de sus motivaciones comienza a disolverse en este punto, pero creo que todo aquel ataque constituyó una especie de movimiento de distracción.

—¿Por qué?

—Como ya he dicho, no lo sé. Pero ya tenían a Eric donde querían… No era necesario lanzar ese ataque.

Sacudí la cabeza. Demasiados conocimientos en muy poco tiempo… Muchos de los hechos parecían verdaderos, una vez extraía la subjetividad del narrador. Sin embargo…

—No sé… —comencé.

—Por supuesto —dijo—. Pero si preguntas, contestaré.

—¿Quién era el tercer miembro de vuestro grupo?

—La misma persona que me apuñaló, por supuesto. ¿Te gustaría aventurar un nombre?

—Simplemente, dímelo.

—Fiona. Todo fue idea suya.

—¿Por qué no me lo dijiste al principio?

—Porque no te habrías quedado quieto el tiempo necesario para escuchar todo lo que tenía que decirte. Te habrías lanzado inmediatamente tras ella con la intención de encerrarla e iniciar una investigación, para descubrir que ya se había marchado, perdiendo de esta manera un tiempo precioso. Todavía puedes hacerlo, pero al menos me prestaste la suficiente atención como para convencerte de que sé en lo que estoy metido. Y ahora, cuando te diga que el tiempo es esencial, y que debes oír el resto de mi historia tan pronto como sea posible —si Ámbar quiere tener alguna oportunidad—, puede que me escuches en vez de ir tras una dama enloquecida.

Yo me había incorporado a medias de mi silla.

—¿No debería ir tras ella? —pregunté.

—Al demonio con ella, por ahora. Tienes problemas más grandes. Sería mejor que te sentaras otra vez.

Así lo hice.

X

Una balsa de luz de luna… la fantasmal luz de la antorcha, como el color del fuego en películas en blanco y negro… estrellas… unos pocos hilos de niebla…

Me apoyé en la barandilla, mirando el mundo… Un silencio profundo sostenía la noche, la ciudad bañada de sueño, todo el universo desde aquí. Cosas distantes: el mar, Ámbar, Arden, Garnath, el Faro de Cabra, la Arboleda del Unicornio, mi tumba en la cima de Kolvir… Silenciosa, lejana, sin embargo, clara allí abajo, inconfundible… La vista desde el ojo de un dios, diría yo, o la de un alma liberada, flotando, alejándose… En medio de la noche…

Vine al lugar donde los fantasmas juegan a ser fantasmas, donde las profecías, portentos, signos y deseos animados, pasean por las nocturnas avenidas y los altos vestíbulos del palacio de Ámbar en el cielo, Tir-na Nog'th…

Volviéndome, dándole la espalda a la barandilla y a los vestigios del día en el mundo de abajo, contemplé las avenidas y las oscuras terrazas, los pasillos de los señores, las habitaciones de los plebeyos… La luz de la luna es intensa en Tirna Nog'th, plata sobre las fachadas de todos nuestros lugares imaginados… Con el bastón en la mano, entré, y los seres extraños se movieron a mi alrededor, aparecieron en las ventanas, en los balcones, en los bancos, en las puertas… Pasaba sin ser visto, ya que, dicho apropiadamente, era yo el ser fantasmal en su realidad, cualquiera que ésta fuera…

Silencio y plata… Sólo el golpear de mi bastón, e incluso éste, casi inaudible… Más niebla vagando hacia el corazón de las cosas… El palacio es una blanca hoguera de plata… Rocío, como gotas de mercurio, en los pétalos y tallos sutilmente enarenados en los jardines de los paseos… La luna pasajera tan dolorosa al ojo como el sol del mediodía, brillando por encima de las estrellas, oscurecidas por ella… Plata y silencio… El brillo…

No había planeado venir aquí, ya que sus profecías —si son realmente eso— eran engañosas, sus similitudes con las vidas y lugares de abajo, perturbadoras, un espectáculo a menudo desconcertante. Sin embargo, había venido… Una parte de mi trato con el tiempo…

Después de dejar a Brand que continuara su recuperación al cuidado de

Gérard, me di cuenta de que yo mismo necesitaba un descanso, y esperaba hallarlo sin necesidad de revelar que estaba herido. Fiona, realmente, se había marchado, y ni ella ni Julián podían ser contactados a través de los Triunfos. Si les hubiera contado a Benedict y a Gérard lo que me dijo Brand, estoy seguro de que habrían insistido en que comenzáramos a buscarla, a buscarlos a los dos. También estaba seguro de que tales esfuerzos no hubieran servido para nada.

Mandé que llamaran a Random y a Ganelón y me retiré a mis habitaciones, dando a entender que estaría todo el día descansando y meditando como preparación para la noche que pasaría en Tir-na Nog'th… un comportamiento razonable para cualquier amberita con un problema grave. Yo no seguía este procedimiento al pie de la letra, pero la mayoría sí lo hacía. Ese era el momento adecuado para que yo lo siguiera, ya que así podría justificar mi descanso sin decir que estaba herido. Tendría un día, una noche, y parte del día siguiente para que mi herida se curara lo suficiente como para no molestarme tanto, lo cual era bueno. Estaba seguro de que sería un tiempo bien empleado.

Tenía que contárselo a alguien. Se lo dije a Random y a Ganelón. Reclinado sobre almohadones en mi cama, les conté los planes de Brand, Fiona y Bleys, y de la cábala formada por Eric-Julián-Caine. Les conté lo que Brand había dicho sobre mi regreso y su propio encarcelamiento a manos de sus aliados conspiradores. Entendieron por qué los supervivientes de las dos facciones —Fiona y Julián— habían huido: para reunir a sus fuerzas, esperando que se mataran entre ellos, pero con pocas posibilidades de que esto ocurriera. Al menos, no inmediatamente. Lo más probable es que uno u otro avanzaran para tomar Ámbar primero.

—Tendrán que sacar número y esperar su turno, como todo el mundo —había comentado Random.

—No necesariamente —recuerdo que dije—. Los aliados que buscó Fiona son los mismos seres que han aparecido desde el camino negro.

—¿Y los del Círculo negro que había en Lorraine? —había preguntado Ganelón.

—Igual. Esa fue la forma en la que se manifestaron en aquella sombra. Han recorrido una gran distancia.

—Ubicuos bastardos —dijo Random.

Asintiendo, traté de explicarles…

Y así vine a Tir-na Nog'th. Cuando la luna se alzó y apareció el reflejo de Ámbar tenuemente en los cielos, atravesada por la luz de las estrellas, un pálido halo alrededor de sus torres y diminutos destellos de movimiento sobre sus muros, esperé; esperé con Ganelón y Random, esperé en el más alto saliente de Kolvir, allí donde, toscamente, en la roca, están marcados los tres escalones…

Cuando la luz de la luna se posó sobre ellos, el contorno de toda la escalera comenzó a cobrar forma, cubriendo el gran golfo hasta aquel punto por encima del mar donde se mantenía la visión de la ciudad. Cuando la luz de la luna cayó de lleno sobre ella, la escalera había cobrado tanta substancia como nunca llegaría a tener, y yo puse mi pie sobre la piedra… Random llevaba un paquete completo de Triunfos consigo, y yo traía el mío en mi chaqueta. Grayswandir, forjada sobre esta misma roca por la luz de la luna, tenía poder en la ciudad en el cielo, por lo que llevaba mi espada conmigo. Había descansado todo el día, y portaba un bastón sobre el que apoyarme. Ilusión de distancia y tiempo… Una vez que se ha iniciado el movimiento, deja de ser una simple progresión aritmética. Yo estaba aquí, estaba allí, había subido un cuarto del camino antes de que mi hombro hubiera olvidado el apretón de la mano de Ganelón… Si miraba demasiado intensamente cualquier parte de la escalera, perdía su trémula opacidad y podía ver el océano, muy abajo, como a través de una lente translúcida… Perdí el paso del tiempo, aunque siempre, después, parece que no ha sido mucho… A la misma distancia en que se encontraba la ciudad en el cielo, debajo, a mi derecha, apareció el brillante contorno de Rabma bajo el mar. Pensé en Moira, y me pregunté cómo estaría. ¿Qué sería del doble de Ámbar si alguna vez ésta caía? ¿Se mantendría intacta la imagen en su espejo? ¿O los edificios y los huesos se verían también sacudidos mientras nuestras flotas surcaban el mar? No hubo respuesta en las aguas que me confundían, aunque sentí una punzada de dolor en mi costado.

Al final de la escalera, avancé, entrando en la ciudad fantasma de la misma forma que uno entraría en Ámbar después de subir por la gran escalera que hay en la cara de Kolvir, la que mira al mar.

Me incliné sobre la barandilla, contemplando el mundo.

El camino negro se perdía hacia el sur. No podía verlo de noche. No es que importara. Ahora sabía hacia dónde conducía. O, más bien, hacia dónde Brand decía que conducía. Como parecía que él había gastado todo el valor de una vida en excusas para mentir, yo creía saber hacia dónde conducía.

Todo el camino.

Desde el resplandor de Ámbar y el poder, por el limpio esplendor de la Sombra adyacente, lejos, a través de las imágenes cada vez más oscuras que conducen fuera, en cualquier dirección, más lejos, cruzando los retorcidos paisajes, y más lejos aún, continuando por lugares vistos sólo en el delirio o en los sueños, y de nuevo todavía más lejos, más allá del lugar donde yo me detengo… Donde yo me detengo…

¿Cómo exponer de manera simple aquello que no es simple…? Supongo que en el solipsismo es donde tenemos que comenzar… en la noción de que nada existe salvo el ego, o, al menos, de que no podemos ser realmente conscientes de nada salvo de nuestra propia existencia y experiencia. Puedo encontrar, en algún lugar de la Sombra, cualquier cosa que yo pueda visualizar. Cualquiera de nosotros puede. Esto, en buena fe, no trasciende los límites del ego. Se puede discutir, y de hecho ya lo ha sido, por nuestra familia, que nosotros creamos las sombras que visitamos del material de nuestras propias psiques, que sólo nosotros existimos de verdad, que las sombras que atravesamos son sólo proyecciones de nuestros deseos… Sean cuales fueren los méritos de este argumento, y tiene varios, penetra bastante en la explicación de la actitud de nuestra familia hacia la gente, lugares, y cosas que hay fuera de Ámbar. A saber, que somos fabricantes de juguetes y ellos nuestros juguetes… a veces, peligrosamente animados, por cierto; pero esto también es parte del juego. Somos empresarios por temperamento, y nos tratamos mutuamente de acuerdo con esto. Mientras que el solipsismo tiende a dejarte turbado en cuestiones de etiología, uno fácilmente puede evitar la turbación negándose a admitir la validez de las cuestiones. La mayoría de nosotros somos, como a menudo he observado, casi completamente pragmáticos en la conducción de nuestros asuntos. Casi…

Sin embargo… sin embargo hay un elemento perturbador en el cuadro. Hay un lugar donde las sombras enloquecen: cuando, a propósito, te obligas a continuar, atravesando un estrato tras otro de Sombra, dejando —de nuevo, a propósito— un trozo de tu comprensión a cada paso del camino, llegando al final a un lugar enloquecido más allá del cual ya no puedes avanzar. ¿Por qué hacer esto? Diría que por la esperanza de conseguir más comprensión, o un juego nuevo… Pero cuando llegas a este lugar, como todos lo hemos hecho, te das cuenta de que has alcanzado el límite de la Sombra o el final de ti mismo… términos sinónimos, como siempre hemos pensado. Ahora, sin embargo…

Ahora sé que esto no es así, ahora que estoy aquí, esperando, fuera de las Cortes del Caos, contándote cómo ocurrió, sé que no es así. Pero lo sabía bien aquella noche en Tir-na Nog'th, y lo había sabido antes, cuando luché con el

hombre-cabra en el Círculo Negro de Lorraine, después de fugarme de las mazmorras de Ámbar, cuando puse mis ojos sobre el arruinado Garnath… Sabía que ese no era todo el trayecto. Pasaba a través de la locura hacia el caos y continuaba avanzando. Los seres que lo recorrían venían de algún lugar, y yo no los había creado. De alguna manera les había ayudado a obtener un pasaje, pero no surgían de mi versión de la realidad. Eran de la suya propia o de la de alguien más —no importa esto— y agujereaban la pequeña metafísica que habíamos tejido a lo largo de las eras. Habían entrado en nuestro coto de caza, no pertenecían a él, lo amenazaban, nos amenazaban. Fiona y Brand habían llegado más allá, encontrando algo donde el resto de nosotros creía que nada existía. El peligro que había entrado en nuestro mundo casi, en cierto nivel, valía la evidencia conseguida: no estábamos solos, ni las sombras eran de verdad nuestros juguetes. Sea cual fuere nuestra relación con la Sombra, nunca mas podría observarla bajo la vieja luz…

Todo ello debido a que el camino negro conducía hacia el sur e iba más allá del fin del mundo, donde yo me detengo.

Silencio y plata… Alejándome de la barandilla, apoyándome en mi bastón, atravesando la visión entretejida con niebla, penetrando en la perturbadora ciudad… Fantasmas… Sombras de sombras… Imágenes de probabilidades… Podrían-ser y podrían-haber-sido… Probabilidad perdida… Probabilidad recuperada…

Caminando, ahora por el paseo marítimo… Figuras, rostros, muchos de ellos familiares… ¿Qué hacen? Difícil de decir… Algunos labios se mueven, algunas caras muestran animación. No hay palabras aquí para mí. Paso entre ellos, desapercibido.

Allí… una de esas figuras… Sola, pero esperando… Los dedos desanudando los minutos, lanzándolos lejos… El rostro mira en otra dirección, y yo deseo verlo… Un signo de que lo haré o debería… Está sentada en un banco de piedra bajo un nudoso árbol… Mira en la dirección del palacio… Su silueta es muy familiar… Acercándome, veo que es Lorraine… Continúa observando un punto muy lejos de mí, no me escucha decir que he vengado su muerte.

Pero mío es el poder de ser oído aquí… Descansa en la espada a mi lado.

Empuño a Grayswandir, levanto la espada por encima de mi cabeza, donde la luz de la luna le confiere a sus dibujos una especie de movimiento. La coloco en

el suelo entre nosotros.

—¡Corwin!

Su cabeza gira bruscamente, su cabello cobra color bajo la luz de la luna, sus ojos se enfocan.

—¿De dónde vienes? Llegas temprano.

—¿Me esperabas a mí?

—Por supuesto. Me dijiste…

—¿Cómo llegaste a este lugar?

—¿Este banco…?

—No. Esta ciudad.

—¿Ámbar? No entiendo. Tú mismo me trajiste. Yo…

—¿Eres feliz aquí?

—Sabes que lo soy, siempre que esté contigo.

No había olvidado la perfección de sus dientes, el destello de pecas bajo el velo de la suave luz…

—¿Qué ocurrió? Es muy importante. Finge por un momento que no lo sé, y cuéntame todo lo que nos ocurrió a nosotros después de la batalla del Círculo Negro de Lorraine.

Frunció el ceño. Se puso en pie. Me dio la espalda.

—Discutimos —comenzó—. Me seguiste, hiciste que Melkin se marchara, y hablamos. Vi que me había equivocado y fui contigo a Avalón. Allí, tu hermano Benedict te convenció para que hablaras con Eric. No os reconciliasteis, pero acordasteis una tregua debido a algo que te dijo. Él juró no dañarte y tú juraste defender Ámbar, con Benedict como testigo. Permanecimos en Avalón mientras tú conseguías unos productos químicos, y luego nos marchamos a otros sitio, un lugar donde compraste unas armas extrañas. Ganamos la batalla, pero Eric yace

herido ahora —se calló y me miró—. ¿Estás pensando en acabar con la tregua? ¿Es eso, Corwin?

Negué con la cabeza, y aunque sabía que no debía hacerlo, extendí los brazos para abrazarla. Quería abrazarla, a pesar del hecho de que uno de los dos no existiría, no podía existir, cuando ese diminuto trozo de espacio entre nuestra piel fuera cruzado; quería decirle que no importaba lo que ocurrió o lo que ocurriría…

El impacto no fue muy fuerte, pero hizo que me tambaleara. Quedé tendido al lado de Grayswandir… Mi bastón cayó en la hierba a unos pasos de distancia. Poniéndome de rodillas, vi que había desaparecido el color de su rostro, de sus ojos, de su cabello. Su boca configuraba palabras fantasmales mientras su cabeza se volvía, buscando. Guardando Grayswandir, recuperando el bastón, me incorporé una vez más. Su mirada pasó a través de mí y se enfocó. Su cara se relajó, sonriendo, y avanzó. Me hice a un lado y, dando media vuelta, la vi correr hacia el hombre que se aproximaba, la contemplé abrazada en sus brazos, vislumbré la cara de él cuando la inclinaba hacia la de ella, fantasma con suerte, una rosa de plata en el cuello de su capa… la besó, este hombre a quien nunca conocería, plata sobre silencio, y plata…

Me alejé… Sin mirar atrás… Cruzando el paseo marítimo…

La voz de Random:

—Corwin, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Está ocurriendo algo interesante?

—Más tarde, Random.

—Lo siento.

Y repentinamente, la resplandeciente escalera ante los terrenos de palacio… la subo, y giro a la derecha… Despacio y fácil, ahora, hacia el jardín… A mi alrededor flores fantasmas palpitan en sus tallos, arbustos fantasmas, brotes caídos como muestras congeladas de fuegos artificiales. Sin colores, todo… Sólo lo esencial está esbozado, grados de luminosidad en plata, sólo lo básico llega al ojo, está aquí. ¿Es Tir-na Nog'th una esfera especial de la Sombra en el mundo real,

sacudida por los dictados e impulsos del inconsciente… un test proyectado a todo tamaño en el cielo, incluso, tal vez, un aparato terapéutico? Diría que a pesar de la plata, si esta es una parte del alma, la noche es muy oscura… Y silenciosa…

Camino… Entre fuentes, bancos, arboledas, ingeniosos huecos en laberintos de setos… Cruzando los paseos, subiendo un escalón ocasional, pasando por pequeños puentes… Dejando atrás estanques, entre árboles, por una extraña escultura, un reloj solar (¿reloj lunar aquí?), girando a mi derecha, siguiendo firmemente hacia adelante, doblando, después de un rato, el extremo norte del palacio, donde giro a la izquierda, más allá de un patio rodeado de balcones, con más fantasmas esparcidos en ellos, detrás, dentro…

Me dirijo hacia la parte de atrás, sólo para ver los jardines traseros del palacio desde este lado, otra vez, ya que son hermosos a la luz normal de la luna en la verdadera Ámbar.

Unas pocas figuras más, hablando, de pie… No hay ningún movimiento aparente salvo el mío.

…Y me siento arrastrado hacia la derecha. Ya que uno nunca debe desoír un oráculo gratis, hacia allí me dirijo.

…Hacia una mata de altos setos, hay una pequeña zona abierta dentro, si es que no la han dejado crecer demasiado… Hace mucho había…

Dos figuras, abrazadas, dentro. Se separan cuando estoy a punto de dar media vuelta para irme. No es asunto mío, pero… Deirdre… Una de ellas es Deirdre. Sé quién será el hombre antes de que se gire. Es una broma cruel de parte del poder que pueda gobernar este lugar plateado, este silencio…Retrocedo, retrocedo, lejos de ese seto… Girando, tambaleándome, incorporándome otra vez, ahora alejándome, rápidamente…

La voz de Random:

—¿Corwin? ¿Te encuentras bien?

—¡Luego, maldición! ¡Luego!

—Falta poco para que amanezca, Corwin. Creí que era mejor que te lo recordara…

—¡Ya lo has hecho!

Alejándome ahora, rápidamente… El tiempo también es un sueño en Tir-na Nog'th. Es un consuelo pequeño, pero mejor que nada. Rápidamente, alejándome ahora, yendo otra vez…

Hacia el palacio, brillante arquitectura de la mente o del espíritu, erguido allí más claramente de lo que nunca lo estuvo el verdadero… Juzgar la perfección es emitir un veredicto inútil, pero tengo que ver qué hay dentro… Esto tiene que ser una especie de final, ya que estoy obsesionado. Esta vez no me detuve para recuperar el bastón de donde había caído, entre las hierbas brillantes. Sé a dónde debo dirigirme, lo que debo hacer. Ahora es obvio, aunque la lógica que se había apoderado de mí entonces no es la de una mente despierta. Me apresuro, subiendo, hacia el portal de atrás… El dolor penetrante de mi costado vuelve otra vez… Atravieso el umbral, dentro…

A una ausencia de luz de las estrellas y la luna: la iluminación no tiene dirección, parece estar casi a la deriva, sin destino fijo. Donde no se posa, las sombras son absolutas, y ocultan grandes secciones de la habitación, el vestíbulo, y la escalera.

Entro en ellas, atravesándolas, casi corriendo… En la falta de colores de mi hogar… La aprensión se apodera de mí… En ese momento las zonas negras parecen como agujeros en este trozo de realidad… Temo pasar demasiado cerca. Caerme en ellas y perderme…

Girando… Cruzando… Finalmente… Entrando… En la sala del trono… Medidas de oscuridad apiladas donde mis ojos dibujarían líneas para ver el mismo trono…

Pero allí hay movimiento.

Algo se aleja, a mi derecha, mientras avanzo.

Las botas aparecen a la vista a medida que me acerco a la base.

Grayswandir surge en mi mano, encontrando el camino hacia un parche de luz, renovando su poder de cambiar y engañar, adquiriendo un brillo propio…

Pongo el pie izquierdo en el escalón, descanso mi mano izquierda sobre la rodilla. Me distrae, pero lo soporto, el palpitar de mi herida curándose. Espero que

caiga la oscuridad, el vacío, como un telón apropiado para los gestos teatrales que llevo esta noche.

Y se hace a un lado, mostrando una mano, un brazo, un hombro; el brazo resplandece, es metálico, sus planos como las facetas de una joya; su muñeca y codo, maravillosos tejidos de cable de plata, sujetos con destellos de fuego; la mano, estilizada, esquelética, un juguete suizo, un insecto metálico, funcional, mortal, hermosa a su manera…

Y se hace a un lado, mostrando el resto del hombre…

Benedict está relajado al lado del trono, con su mano izquierda y humana apoyada ligeramente sobre él. Se inclina hacia el trono. Sus labios se mueven.

Y se hace a un lado, mostrando al ocupante del trono…

—¡Dará!

Vuelta hacia su derecha, ella sonríe, le asiente a Benedict, sus labios se mueven. Avanzo y extiendo a Grayswandir hasta que su punta descansa levemente en la concavidad que hay debajo de su esternón…

Lentamente, muy lentamente, ella vuelve la cabeza y me mira a los ojos. Cobra color y vida. Sus labios se mueven otra vez, y ahora sus palabras me llegan.

—¿Qué sois?

—No. Esa es mi pregunta. Contéstala. Ahora.

—Soy Dará. Dará de Ámbar, Reina Dará. Tengo este trono por derecho de sangre y de conquista. ¿Quién sois vos?

—Corwin. También de Ámbar. ¡No te muevas! No te pregunté quién eras…

—Corwin ha estado muerto todos estos siglos. He visto su tumba.

—Vacía.

—No. Su cuerpo está dentro.

—¡Dime tu ascendencia!

Sus ojos se mueven hacia la derecha, donde la sombra de Benedict todavía permanece. Una espada ha aparecido en su nueva mano, semejando casi un extensión de ésta, pero él la sostiene floja, relajadamente. Su mano izquierda ahora descansa en el brazo de ella. Los ojos de él me buscan detrás de la empuñadura de Grayswandir. No pudiendo encontrarme, vuelven otra vez a aquello que es visible —Grayswandir—, reconociendo su diseño…

—Soy la bisnieta de Benedict y la doncella del infierno, Lintra, a quien él amó y, más tarde, mató —Benedict, ante esto, hace una mueca de dolor, pero ella continúa—. Nunca la conocí. Mi madre, y la madre de mi madre, nacieron en un lugar donde el tiempo no transcurre como en Ámbar. Yo soy la primera de la línea de mi madre en llevar todas las marcas de humanidad. Y vos, Lord Corwin, sois sólo un fantasma de un pasado muerto hace mucho, aunque un fantasma peligroso. Cómo llegasteis aquí, no lo sé, pero no debisteis haber venido. Volved a vuestra tumba. No perturbéis a los vivos. —Mi mano tiembla. Grayswandir se mueve menos de un centímetro. Pero basta.

El ataque que lanza Benedict apenas está por debajo del umbral de mi percepción. El brazo nuevo mueve su nueva mano que sostiene la espada que ataca a Grayswandir, mientras su brazo viejo mueve su vieja mano, que se ha aferrado a Dará por encima del trono… Esta impresión subliminal me llega momentos después, cuando retrocedo, cortando el aire, y me recupero, contraatacando reflexivamente con un *en garde…* Es ridículo que un par de fantasmas estén peleando. Y aquí ni siquiera es una pelea limpia. Él no puede alcanzarme ni tocarme, mientras que Grayswandir…

¡Pero no! Su espada cambia de mano cuando suelta a Dará y gira, juntando la mano vieja y la nueva. Su muñeca izquierda gira mientras la desliza hacia adelante y abajo, colocándose en lo que sería un *corps a corps* si estuviéramos enfrentándonos con nuestros cuerpos mortales. Durante un momento nuestras guardias quedan bloqueadas. Ese momento es suficiente…

Esa resplandeciente mano se adelanta, un movimiento de luz de luna y fuego, negrura y suavidad, toda ángulos, ninguna curva, con los dedos ligeramente doblados, la plateada palma con unos dibujos a medias familiares, avanza, avanza, e intenta cogerme del cuello…

Su intento fracasa, y los dedos cogen mi hombro y el pulgar se clava… no sé si busca la clavícula o la laringe. Lanzo un golpe con la izquierda, hacia su estómago, y allí no hay nada…

La voz de Random:

—¡Corwin! ¡El sol está a punto de salir! ¡Tienes que bajar ahora mismo!

Ni siquiera puedo responder. En un segundo o dos esa mano destrozará mi hombro. Esa mano… Grayswandir y esa mano, que extrañamente se le parece, son las únicas dos cosas que parecen coexistir en mi mundo y en la ciudad de los fantasmas…

—¡Lo veo, Corwin! ¡Sepárate y contáctame! El Triunfo…

Hago girar a Grayswandir, sacándola de su inmovilidad, haciéndola caer en un arco largo y cortante… Sólo un fantasma podría haber derrotado a Benedict o al fantasma de Benedict con esa maniobra. Estamos demasiado cerca para que pueda bloquear mi espada, pero su réplica, perfectamente colocada, me hubiera cortado el brazo si hubiera encontrado un brazo en su camino…

Como no lo hay, finalizo mi ataque, dando el golpe con toda la fuerza de mi brazo derecho, por encima de ese aparato letal de luz de luna y fuego, negrura y suavidad, cerca del punto donde está unido a él.

Con una espantosa sacudida de mi hombro, el brazo se separa de Benedict y se queda inmóvil… Los dos caemos.

—¡Levántate! ¡Por el unicornio, Corwin, levántate! ¡El sol está saliendo! ¡La ciudad va a desaparecer a tu alrededor!

El suelo debajo mío tiembla, cobrando una transparencia neblinosa. Vislumbro una extensión de agua. Girando, me pongo en pie, evitando a duras penas el intento del fantasma de coger el brazo que ha perdido. Se aferra a mí como un parásito muerto, y mi costado vuelve a dolerme…

Repentinamente, soy pesado, y la visión del océano no desaparece. Comienzo a hundirme en el suelo. El color vuelve al mundo, oscilando en franjas de color rosa. El suelo, indiferente a mí, se desvanece y el golfo de aire se abre…

Caigo…

—¡Por aquí, Corwin! ¡Ya!

Random está en la cima de una montaña e intenta alcanzarme. Extiendo mi

brazo…

XI

…Y a veces se sale de la sartén para caer en el fuego…

Nos desenredamos, incorporándonos. Yo volví a sentarme inmediatamente en el escalón más bajo de la escalera. Lentamente, comencé a separar la mano metálica de mi hombro —no había sangre, pero sí la promesa de magulladuras—, arrojándola luego, junto con el brazo, al suelo. La luz de la mañana que nacía no le quitaba su apariencia exquisita y amenazadora.

Ganelón y Random estaban de pie a mi lado.

—¿Te encuentras bien, Corwin?

—Sí. Sólo deja que recupere el aire.

—Traje comida —dijo Random—. Podríamos desayunar aquí mismo.

—Buena idea.

Mientras Random comenzaba a sacar provisiones, Ganelón tocó el brazo con la punta de su bota.

—¿Qué demonios —preguntó— es eso?

Sacudí la cabeza.

—Se lo arranqué al fantasma de Benedict —le dije—. Por razones que no entiendo, pudo entrar en contacto conmigo.

Se agachó y lo cogió, estudiándolo.

—Es mucho más liviano de lo que pensé que sería —observó. Hendió el aire con él—. Con un brazo como este, podrías dañar seriamente a alguien.

—Lo sé.

Movió los dedos de la mano.

—Tal vez el verdadero Benedict podría usarlo.

—Tal vez —dije—. Cuando pienso en ofrecérselo, tengo sensaciones contradictorias, pero posiblemente tengas razón…

—¿Cómo tienes el costado?

Lo toqué suavemente.

—No demasiado mal, considerando todo lo ocurrido. Después del desayuno podré cabalgar, siempre y cuando vayamos al paso.

—Bien. Dime una cosa, Corwin, mientras Random prepara todo; tengo una pregunta que quizás esté fuera de lugar, pero que no puedo quitar de mi mente desde hace tiempo.

—Hazla.

—Bueno, deja que lo exponga de esta manera: estoy totalmente de tu lado, o no me encontraría aquí. Sin importar lo que pueda surgir, lucharé por ti para que consigas el trono. Pero cada vez que surge el tema de la sucesión, alguien se enfada y todos se callan o se cambia de tema. Como hizo Random mientras tú estabas ahí arriba. Supongo que no es absolutamente esencial para mí conocer la base de tu reclamación sobre el trono, o las de los demás, pero no puedo evitar sentir curiosidad sobre las causas de todos estos roces.

Suspiré, luego quedé en silencio por un rato.

—De acuerdo —dije después de un momento, y entonces me reí entre dientes—. De acuerdo. Si nosotros mismos no podemos llegar a un acuerdo sobre este asunto, supongo que parecerá bastante confuso para alguien de fuera. Benedict es el mayor. Su madre fue Cymnea. También le dio a Papá otros dos hijos, Osric y Finndo. Luego —¿cómo dice uno estas cosas?— Faiella trajo a Eric al mundo. Después, Papá encontró un defecto en su matrimonio con Cymnea y lo disolvió —*ab initio*, como dirían en mi vieja sombra— desde el comienzo. Ese fue un buen truco. Pero él era el rey.

—¿Este hecho no hizo que todos fueran ilegítimos?

—Bueno, hizo que su estado fuera menos seguro. Osric y Finndo quedaron más que irritados, tal como me lo han contado, pero murieron poco después.

Benedict quedó menos irritado o fue más diplomático en el asunto. Nunca sacó el tema. Papá entonces se casó con Faiella.

—¿Y eso legitimó a Eric?

—Lo habría hecho, si él lo hubiera reconocido como a su hijo. Lo trató como si fuera un hijo legítimo, pero nunca formalizó los papeles. De esta manera, aplacó a la familia de Cymnea, que por ese entonces tenía bastante poder.

—Sin embargo, si le trataba como si lo fuera…

—¡Ah! Pero más tarde sí reconoció formalmente a Llewella. Ella nació fuera del matrimonio, pero igualmente decidió reconocerla, pobre muchacha. Todos los que apoyaban a Eric la odiaron por el efecto que produjo en su estado social. De cualquier manera, Faiella luego se convertiría en mi madre. Yo nací a salvo dentro del matrimonio, haciendo que me convirtiera en el primero que tenía un derecho real a la sucesión. Habla con cualquiera de los demás y tal vez te den una línea de razonamiento totalmente diferente, mas así son los hechos, y en ellos me basaré para continuar. Pero con Eric muerto y con Benedict al margen de la lucha, ya no parece tan importante como lo fue alguna vez… Pero ahí es donde estoy yo.

—Ya veo… más o menos —dijo—. Sólo una cosa más…

—¿Qué?

—¿Quién es el siguiente? Quiero decir, ¿si te ocurriera algo a ti…?

Sacudí la cabeza.

—A partir de aquí se complica aún más. Caine hubiera sido el próximo. Pero al estar muerto, creo que pasa a la familia de Clarissa: los pelirrojos. Hubiera seguido Bleys, luego Brand.

—¿Clarissa? ¿Qué ocurrió con tu madre?

—Murió al dar a luz a Deirdre. Después de la muerte de mamá, Papá no se volvió a casar en varios años. Cuando lo hizo, fue con una zorra de una sombra alejada del sur. Nunca me gustó. Después de un tiempo, él empezó a sentir lo mismo, y comenzó otra vez con sus andadas. Después del nacimiento de Llewella en Rabma, se reconciliaron, y Brand fue el resultado. Cuando finalmente se divorciaron, reconoció a Llewella para humillar a Clarissa. Al menos, eso es lo que

creo que ocurrió.

—¿Así que no cuentas a las damas en la sucesión?

—No. O no están interesadas o no están preparadas. Pero, si las contara, Fiona estaría antes que Bleys y Llewella vendría luego. Ahí acaban los hijos de Clarissa, luego seguirían Julián, Gérard, y Random, en ese orden. Perdóname… pon a Flora antes que Julián. El momento del matrimonio es muy importante, pero nadie cuestionará el orden final. Dejémoslo aquí.

—De buena gana —acordó—. O sea que, si tú murieras, el siguiente en la lista de la sucesión sería Brand, ¿cierto?

—Bueno… Él mismo se ha confesado como un traidor, y además irrita a la gente en los momentos más inoportunos. No creo que los demás lo aceptaran, tal como está ahora. Pero dudo que haya renunciado a ello de ninguna manera.

—Pero la alternativa es Julián.

Me encogí de hombros.

—El hecho de que Julián no me guste, no le vuelve malo. De hecho, podría ser un monarca muy efectivo.

—Por lo que te apuñaló para conseguir la oportunidad de demostrarlo —intervino Random, llamándonos—. Venid a comer.

—Todavía no lo creo —dudé, incorporándome—. Primero, no veo cómo pudo haber llegado hasta mí. Segundo, hubiera sido demasiado obvio. Tercero, si muero en un futuro cercano, Benedict es el que realmente decidirá sobre la sucesión. Todo el mundo lo sabe. Tiene el derecho, tiene el cerebro, y tiene el poder. Simplemente podría decir, por ejemplo: «Al demonio con todas estas peleas, voy a apoyar a Gérard», y eso sería todo.

—¿Qué ocurriría si decidiera reinterpretar su propio estado y se nombrara a sí mismo? —preguntó Ganelón.

Nos sentamos en el suelo y cogimos los platos de metal que Random había llenado.

—Si deseara el trono, podría haberlo conseguido mucho antes de todo esto

—dije—. Hay varias maneras de contemplar la descendencia de un matrimonio nulo, y la más favorable posiblemente se le aplicara a él. Osric y Finndo se precipitaron en su juicio, tomando el peor lado. Benedict fue más cuidadoso. Simplemente, esperó. Así que… es posible. Pero diría que poco probable.

—Entonces, en el curso normal de las cosas, si te ocurriera algo, ¿seguiría todo en el aire?

—Totalmente.

—¿Pero por qué asesinaron a Caine? —preguntó Random. Luego, entre bocados, él mismo contestó su pregunta—. Para que, cuando te mataran a ti, el poder pasara de inmediato a los hijos de Clarissa. He estado pensando que probablemente Bleys todavía esté vivo, y él es el siguiente en la línea. Nunca se encontró su cuerpo. Esto es lo que yo creo que ocurrió: Fiona le transportó con el Triunfo durante vuestro ataque, regresando a la Sombra para reconstruir su ejército, dejándote a ti en lo que Bleys esperaba sería tu muerte a manos de Eric. Y, preparados ya para un nuevo ataque, mataron a Caine, e intentaron matarte a ti. Si de verdad están aliados con la horda del camino negro, él podría hacer lo mismo que hiciste tú… llegar en el último momento, repeler a los invasores, y entrar en Ámbar. Y allí estaría: el siguiente en la línea de sucesión y el primero en fuerzas. Es muy sencillo. Salvo por el hecho de que tú sobreviviste y de que trajimos de vuelta a Brand. Si vamos a aceptar la acusación de Brand sobre Fiona —y no veo ninguna razón para no creerle—, es lo que hubieran hecho con su plan original.

Asentí.

—Posiblemente —comenté—. Le hice estas preguntas a Brand. Admitió que era posible, pero dijo que no sabía si Bleys vivía. Personalmente, creo que está mintiendo.

—¿Por qué?

—Es posible que desee unir la venganza por su encarcelamiento y el intento de matarlo con la desaparición del único impedimento que tiene, exceptuándome a mí, para acceder al trono. Creo que piensa que de mí se podrá deshacer una vez que elimine la amenaza del camino negro con un plan ideado por él. La destrucción de su propia cábala y la aniquilación del camino le convertiría, ante los demás, en un tipo bastante decente, especialmente después de todos los sufrimientos por los que pasó. Entonces, y quizás sólo entonces, tenga una

oportunidad… o crea que la va a tener.

—¿Tú también piensas que Bleys todavía vive?

—Es sólo un presentimiento —observé—. Pero sí, lo creo.

—¿Cuál es su fuerza?

—Un mayor conocimiento —respondí—. Fiona y Brand escuchaban a Dworkin mientras que el resto de nosotros estábamos en la Sombra practicando nuestros pasatiempos favoritos, lo que les da una mejor comprensión de los principios de la que tenemos nosotros. Saben más de la Sombra y de lo que hay más allá, más del Patrón, de los Triunfos, de lo que nosotros sabemos. Esa es la razón por la que Brand pudo enviarte su mensaje.

—Es una teoría interesante… —musitó Random—. ¿Crees que se deshicieron de Dworkin una vez que pensaron que ya habían aprendido lo suficiente de él? Ciertamente, les ayudaría bastante mantener ese conocimiento en exclusiva si algo le hubiera ocurrido a Papá.

—Eso no se me había ocurrido —repliqué.

Y me pregunté: ¿le habrían hecho algo a su mente, algo que le dejara como la última vez que le vi? De ser así, ¿eran conscientes de que aún estaba vivo, o creían que su destrucción era total?

—Sí, es una teoría interesante —repetí—. Supongo que es posible.

El sol, poco a poco, había ido ascendiendo, y la comida me había dado fuerzas. No quedaba ninguna huella de Tir-na Nog'th en la luz de la mañana. Y mis recuerdos de todo lo ocurrido ya habían cobrado la cualidad de las imágenes en un espejo borroso. Ganelón cogió el último recordatorio, el brazo, y Random lo guardó junto con los platos. A la luz del día, los primeros tres escalones parecían menos una escalera y más una mezcla irregular de rocas.

Random hizo un gesto con la cabeza.

—¿Regresamos por el mismo camino? —preguntó.

—Sí —contesté, y montamos en los caballos.

Habíamos venido por un sendero que ascendía en espiral alrededor del lado sur de Kolvir. Era más largo, pero menos accidentado, que la ruta que atravesaba la cima. Estaba dispuesto a cuidarme y seguir mis deseos mientras el costado continuara doliéndome.

Así que nos dirigimos hacia la derecha, avanzando en fila india, con Random a la cabeza y Ganelón en la retaguardia. El sendero ascendía suavemente, y luego volvía a bajar. El aire era frío, y rebosaba fragancias de vegetación y tierra húmeda, algo bastante inusual en aquel áspero lugar y a esa altitud. Supuse que serían corrientes perdidas provenientes del bosque que había abajo.

Dejamos que los caballos bajaran al paso por la pendiente, hasta que atravesaran la próxima elevación. Cuando nos aproximábamos a su cima, el caballo de Random relinchó y empezó a encabritarse. Inmediatamente él lo controló, y yo eché una ojeada a nuestro alrededor, pero no vi nada que pudiera haberlo asustado.

Cuando alcanzó la cima, Random frenó y se volvió para decirnos:

—Échale un vistazo a esa salida de sol.

Hubiera sido bastante difícil no hacerlo, pero no insistí en ese hecho. Muy raramente Random caía en el sentimentalismo con respecto a la vegetación, la geología o la iluminación.

Yo mismo estuve a punto de tirar de las riendas cuando llegué a la cima, ya que el sol era una fantástica bola dorada. Parecía tener la mitad de su tamaño normal, y su peculiar coloración no era parecida a nada que hubiera visto antes. Producía maravillosos efectos sobre la línea de océano que apareció por encima de la siguiente elevación, y los matices en las nubes y en el cielo eran de verdad singulares. Pero no me detuve, ya que el repentino brillo era doloroso para los ojos.

—Tienes razón —reconocí, alzando la voz y yendo detrás de él en la siguiente pendiente. Detrás de mí, Ganelón lanzó una exclamación de asentimiento.

Cuando hice desaparecer con varios parpadeos los efectos posteriores de aquellos rayos, me di cuenta de que la vegetación era más tupida de lo que recordaba. Pensé que sólo había un puñado de árboles enanos y algunos parches de liquen, pero ahora aparecían varias docenas, más grandes y más verdes de lo que yo recordaba, con gran cantidad de hierbas aquí y allí y una parra o dos que

suavizaban el contorno de las rocas. Sin embargo, desde que regresé a Ámbar, sólo había atravesado este camino una sola vez, y por la noche.

Al cruzarla, era como si la pequeña superficie fuera también más ancha de lo que recordaba. Cuando la atravesamos, ascendiendo una vez más, estaba seguro de ello.

—Random —llamé—, ¿ha sufrido algún cambio este lugar recientemente?

—Es difícil de decir —respondió—. Eric no me dejaba salir mucho. Parece haber crecido un poco.

—Parece más grande… más ancho.

—Sí, así es. Pensé que sólo era mi imaginación.

Cuando llegamos a la siguiente cima no me sorprendió de nuevo ver que el sol estaba bloqueado por el follaje. La zona que se extendía por delante nuestro tenía muchos más árboles que la que acabábamos de abandonar… y eran más grandes y casi estaban uno al lado del otro. Detuvimos los caballos.

—No recuerdo que estuviera así —comentó—. Incluso atravesando este sitio por la noche, no pasaría desapercibido. Debemos haber cogido un camino equivocado.

—No veo cómo. Sin embargo, y aproximadamente, sabemos dónde estamos. Yo prefiero continuar antes que retroceder y volver a empezar. Creo que deberíamos estar al tanto de los cambios que ocurren alrededor de Ámbar.

—Cierto.

Comenzó a descender, dirigiéndose hacia el bosque. Nosotros le seguimos.

—Es bastante inusual, a esta altitud… un bosque como este —nos comentó.

Cuando entramos en el bosque, el sendero se curvó hacia la izquierda. No veía ningún motivo para este desvío de la ruta directa. Sin embargo, seguimos por el sendero, y esto se sumó a la ilusión de distancia. Después, abruptamente volvió a girar a la derecha. La idea de volver era extraña. Los árboles incluso parecían más altos, y ahora eran tan densos como para desconcertar al ojo que buscara penetrar en ellos. Cuando una vez más el camino volvió a girar, se hizo más ancho, y el

sendero se mantuvo recto durante una larga distancia. Demasiado grande, de hecho. Nuestro pequeño valle no era tan ancho.

Random se detuvo otra vez.

—¡Maldita sea, Corwin! ¡Esto es ridículo! —exclamó—. No estarás haciendo algún truco con la Sombra, ¿verdad?

—Incluso si lo deseara no podría —dije—. No he sido capaz nunca de manipular la Sombra en ningún lugar de Kolvir. Y tampoco se supone que haya ninguna Sombra que manipular aquí.

—Eso es lo que siempre he creído yo también. Ámbar proyecta Sombra, pero no existe en Ámbar. No me gusta nada lo que está ocurriendo. ¿Qué te parece si diéramos marcha atrás?

—Tengo el presentimiento de que no podríamos regresar por donde hemos venido —observé—. Tiene que haber alguna razón para esto, y quiero saber cuál es.

—Se me ocurre que podría ser una especie de trampa.

—Incluso si es así —insistí.

Asintió, y continuamos cabalgando, bajando por el sombrío sendero, bajo árboles que ahora eran majestuosos. El bosque estaba en silencio a nuestro alrededor. El terreno se mantuvo nivelado y el sendero recto. Sólo conscientes a medias, hicimos que los caballos aceleraran el paso.

Transcurrieron unos cinco minutos hasta que volvimos a hablar. Entonces

Random dijo:

—Corwin, esto no puede ser Sombra.

—¿Por qué no?

—He estado intentando manipularla y no ocurre nada. ¿Lo has intentado tú?

—No.

—¿Por qué no lo haces?

—De acuerdo.

Una roca podría sobresalir más allá de ese árbol… Allí, deberá aparecer un trozo de cielo, con una tenue nube en él… Después, Que surja una rama en el camino toda cubierta de hongos… un estanque con agua sucia… Una rana… Una pluma que cae, una semilla llevada por el aire… Una rama que gire justo de esta manera… Otro camino en nuestra ruta, nuevo, bien marcado, más allá del lugar donde debería haber caído la pluma…

—No sirve —dije.

—Si no es la Sombra, ¿qué es?

—Alguna otra cosa, por supuesto.

Sacudió la cabeza y volvió a comprobar que su espada estuviera suelta en la funda. Automáticamente yo hice lo mismo. Momentos más tarde, escuché cómo Ganelón chasqueaba la lengua detrás mío.

Delante nuestro, el camino volvía a estrecharse, y poco después comenzó a desviarse. Una vez más, nos vimos obligados a hacer más lento nuestro paso; el bosque era muy denso, con las ramas colgando mucho más bajo que en cualquier momento anterior.

El camino se convirtió en un sendero. Era recto, luego se curvó, y finalmente dio un último giro y desapareció.

Random esquivó una rama, luego alzó la mano y se detuvo. Llegamos a su altura. Hasta donde podía ver, no había ninguna indicación de que el camino volviera a aparecer más adelante. Mirando atrás, tampoco pude localizar ningún signo de que hubiera estado allí.

—Es un buen momento para las sugerencias —comentó—. No sabemos dónde hemos estado ni hacia dónde vamos, y menos dónde nos encontramos. Mi sugerencia es que se vaya al infierno la curiosidad. Larguémonos de aquí de la manera más rápida que podamos.

—¿Los Triunfos? —preguntó Ganelón.

—Sí. ¿Qué te parece, Corwin?

—De acuerdo. A mí tampoco me gusta, pero no se me ocurre ninguna alternativa mejor. Adelante.

—¿Con quién debería intentarlo? —preguntó, sacando las cartas y desplegándolas —¿Gérard?

—Sí.

Buscó entre ellas, localizando la de Gérard y contemplándola. Nosotros lo contemplamos a él. El tiempo siguió su curso.

—Parece que no puedo establecer contacto —anunció finalmente.

—Inténtalo con Benedict.

—De acuerdo.

El mismo proceso. Ningún contacto.

—Intenta con Deirdre —sugerí, sacando mis propias cartas y buscando su Triunfo—. Me uniré a ti. Veremos si al intentarlo los dos lo conseguimos.

Y otra vez. Y otra vez.

—Nada —dije después de un prolongado esfuerzo.

Random sacudió la cabeza.

—¿Notaste algo fuera de lo normal en tus Triunfos? —preguntó.

—Sí, pero no sé lo que es. Parecen diferentes.

—Es como si hubieran perdido esa cualidad fría que siempre tuvieron —observó.

Inspeccioné lentamente los míos. Pasé suavemente los dedos por su superficie.

—Sí, tienes razón —dije—. Es eso. Pero intentémoslo otra vez. Ahora con Flora.

—Bien.

Los resultados fueron los mismos. Y con Llewella. Y con Brand.

—¿Tienes alguna idea de qué es lo que puede estar mal? —preguntó Random.

—Ninguna. No puede estar toda nuestra familia con los Triunfos bloqueados. Y no pueden estar todos muertos…Bueno, me imagino que sí, pero es una posibilidad demasiado remota. Parece que algo ha afectado la naturaleza misma de los Triunfos, sea lo que fuere. Pensé que nada podía hacerlo.

—Sin embargo, de acuerdo con las palabras del fabricante —comentó Random—, no están garantizados en un cien por cien.

—¿Qué es lo que sabes que yo no sepa?

Se rió entre dientes.

—Uno nunca olvida el día que cumple la mayoría de edad y atraviesa el Patrón —dijo—. Yo lo recuerdo como si fuera el año pasado. Cuando lo atravesé con éxito —rojo de alborozo, de gloria—, Dworkin me dio mi primer mazo de Triunfos y me enseñó a usarlos. Recuerdo perfectamente haberle preguntado si funcionaban en todos los lugares. Y recuerdo su respuesta: «No», me dijo, «pero deberían servirte en cualquier rincón que algún día puedas visitar». Ya sabes que nunca le gusté mucho.

—¿Pero le preguntaste lo que quería decir con eso?

—Sí, y comentó: «Dudo que alguna vez consigas un estado en el que te fallen. ¿Por qué no vas a divertirte ahora?» Y fue lo que hice. Estaba ansioso de ir a jugar con los Triunfos yo solo, sin nadie que me controlara.

—«¿Conseguir un estado?» ¿No dijo «estar en un lugar»?

—No. Para ciertas cosas tengo una memoria muy buena.

—Es peculiar… aunque no veo cómo puede servirnos en este momento. Son pequeños chasquidos metafísicos.

—Apostaría que Brand lo sabe.

—Tengo el presentimiento de que tienes razón.

—Deberíamos hacer algo en vez de discutir sobre metafísica —comentó Ganelón—. Si no podéis manipular la Sombra ni utilizar los Triunfos, está claro que nuestro siguiente paso sería determinar en qué lugar nos encontramos. Y luego ir en busca de ayuda.

Asentí.

—Ya que queda claro que no estamos en Ámbar, creo que podemos asumir casi con certeza que nos encontramos en la Sombra… aunque en un lugar muy especial, bastante cerca de Ámbar, pues el camino ha sido fácil. Y como fuimos trasladados sin ninguna cooperación activa por nuestra parte, tiene que haber alguien, y presumiblemente con alguna intención específica, detrás de esta maniobra. Si fuera a atacarnos, este es un momento tan bueno como cualquier otro. Si quiere algo más de nosotros, entonces tendrá que indicárnoslo, porque ni siquiera estamos en posición de intentar adivinarlo.

—Así que propones que no hagamos nada.

—Propongo que esperemos. No veo que nos pueda servir de nada ir por ahí con la posibilidad de perdernos aún más.

—Recuerdo que una vez me dijiste que las sombras adyacentes tienden a ser congruentes con Ámbar —comentó Ganelón.

—Sí, probablemente te lo dijera. ¿Y qué?

—Que, si estamos tan cerca de Ámbar como tú supones, sólo tenemos que cabalgar hacia el sol naciente para llegar a un punto que sea paralelo a la misma ciudad.

—No es así de fácil. Pero suponiendo que lo fuera, ¿de qué nos serviría?

—Tal vez los Triunfos vuelvan a funcionar en el punto de máxima congruencia.

Random miró a Ganelón, luego a mí.

—Eso podría resultar —dijo—. ¿Qué tenemos que perder?

—La poca orientación que todavía podamos tener —comenté—. No es una mala idea; si no ocurre nada aquí, lo intentaremos. Sin embargo, mirando hacia

atrás, parece que el camino detrás nuestro se cierra en proporción directa a la distancia que avanzamos. No estamos moviéndonos simplemente en el espacio. En estas circunstancias, soy bastante reacio a investigar hasta que esté completamente seguro de que no nos queda ninguna otra opción. Si alguien desea nuestra presencia en un punto determinado, a él le corresponde hacer que la invitación sea un poco más legible. Esperaremos.

Los dos asintieron. Random comenzó a desmontar, luego se detuvo, con un pie en el estribo y otro en tierra.

—Después de todos estos años —exclamó—. Nunca llegué a creerlo…

—¿Qué ocurre? —pregunté en un susurro.

—La opción —dijo, y volvió a montar.

Convenció a su caballo para que avanzara muy lentamente. Le seguí, y un momento después pude vislumbrarlo, tan blanco como lo había visto en la arboleda, inmóvil, escondido a medias entre un grupo de helechos: el unicornio.

Se volvió cuando avanzamos, y segundos después se lanzó como una exhalación hacia adelante, para quedar parcialmente cubierto una vez más por los troncos de varios árboles.

—¡Lo veo! —murmuró Ganelón—. Pensar que realmente existe una bestia así… Es el emblema de vuestra familia, ¿no es cierto?

—Sí.

—Diría que es un buen signo.

No respondí, sin quitar los ojos del unicornio. No había ninguna duda de que quería que lo siguiéramos.

Todo el tiempo logró mantenerse parcialmente oculto… se asomaba por detrás de algún arbusto, saltaba de refugio en refugio, moviéndose con una rapidez increíble cuando lo hacía, evitando espacios abiertos, elegía los claros y las sombras. Lo seguíamos, penetrando más y más en el bosque, que ya había perdido cualquier semblanza de ser el mismo que había en las laderas de Kolvir. Ahora se parecía a Arden más que a cualquier otra cosa que estuviera cerca de Ámbar, ya que el terreno estaba relativamente nivelado y los árboles se hacían más

majestuosos con cada momento que pasaba.

Creo que transcurrió una hora, seguida luego de otra, antes de que llegáramos hasta una corriente pequeña y de aguas claras, donde el unicornio giró, subiendo por el curso que ésta seguía. Mientras cabalgábamos a lo largo del lecho, Random comentó:

—Esto comienza a tener un aire familiar.

—Sí —estuve de acuerdo—, pero sólo un poco, y no puedo descubrir la razón.

—Ni yo.

Momentos después llegamos a una pendiente que fue haciéndose cada vez más empinada. La subida se hizo más difícil para los caballos, pero el unicornio ajustó su paso para que éstos acomodaran el suyo. El terreno se volvió más rocoso y los árboles más pequeños. La corriente cambió su curso con un giro. Perdí la cuenta de todas sus curvas, pero al fin nos acercábamos a la cima de la pequeña pendiente que habíamos estado subiendo.

Llegamos hasta una zona nivelada y continuamos por ese camino hacia el bosque del que surgía la corriente. En este punto tuve una visión oblicua —delante y hacia la derecha, a través de un lugar donde la tierra desaparecía— de un helado mar azul, a gran distancia bajo nosotros.

—Estamos a bastante altura —comentó Ganelón—. Pero no lo parecía…

—¡La Arboleda del Unicornio! —interrumpió Random—. A eso se parece. ¡Mira!

Y no estaba equivocado. Delante nuestro había una zona cubierta de rocas. Y entre ellas surgía un manantial que se mezclaba con la corriente que estábamos siguiendo. Este lugar era más grande y exuberante, su localización incorrecta de acuerdo con mi compás interno. Sin embargo, la similitud tenía que ser más que simple coincidencia. El unicornio saltó sobre la roca más cercana al manantial y nos miró, volviéndose. Podría haber estado mirando al océano.

Entonces, al continuar, la arboleda, el unicornio, los árboles a nuestro alrededor, el manantial, cobraron una claridad inusual, como si estuvieran radiando una iluminación especial que les hacía temblar con la intensidad de su

color, mientras al mismo tiempo oscilaban ligeramente, justo en el umbral de la percepción. Esto me hizo sentir la creciente sensación que surge como acompañamiento emocional al comienzo de una cabalgada infernal.

Después… Después… Con cada paso que daba mi caballo, algo desaparecía del mundo a nuestro alrededor. Repentinamente se produjo un ajuste en la relación de los objetos, desgastando mi sentido de la profundidad, destruyendo la perspectiva, organizando de manera diferente la manifestación de las cosas que abarcaba mi campo de visión, de manera que todo presentara su completa superficie externa sin dar la impresión de ocupar simultáneamente un espacio mayor: predominaron los ángulos, y los tamaños relativos súbitamente parecieron ridículos. El caballo de Random se encabritó, relinchando, masivo, apocalíptico, trayendo inmediatamente a mi recuerdo el *Guernica*. Y para mi angustia, vi como nosotros mismos no habíamos permanecido incólumes ante este fenómeno… y ese Random, luchando por controlar su caballo, y Ganelón, intentando aún dominar a Firedrake, fueron, como todo lo demás, transfigurados por este sueño cubista del espacio.

Pero Star era un veterano de muchas cabalgadas infernales; también Firedrake había participado en unas cuantas. Nos aferramos a ellos, sintiendo los movimientos que no podíamos medir con exactitud. Y Random tuvo éxito al fin al imponerle su voluntad al caballo, pero el paisaje siguió alterándose a medida que avanzábamos.

El siguiente cambio se produjo en los valores de la luz. El cielo se volvió negro, no como el de la noche, sino como el de una superficie plana, sin capacidad reflectora. Lo mismo ocurrió con ciertas zonas vacías entre los elementos. La única luz que quedó en el mundo parecía provenir de los mismos objetos, y gradualmente se hizo más clara. De los planos de la existencia surgieron varias intensidades de blanco, de un brillo intenso, enorme, imponente: repentinamente el unicornio se alzó, quedando sobre las patas traseras, arañando el aire con las delanteras, llenando tal vez el noventa por ciento de la creación con lo que se convirtió en un movimiento en cámara lenta que temí que nos aniquilara si avanzábamos un paso más.

Luego sólo quedó la luz.

Más tarde, una absoluta inmovilidad.

Entonces la luz desapareció y no quedó nada. Ni siquiera la negrura. Un

vacío en la existencia, que duró quizás un instante o una eternidad…

Luego la negrura retornó, y la luz. Sólo que estaban invertidas. La luz llenaba los intersticios, perfilando vacíos que debían ser objetos. El primer sonido que escuché fue el correr del agua, y supe que nos había detenido al lado del manantial. Lo primero que sentí fue el estremecimiento de Star. Entonces olí el mar.

En ese momento apareció a la vista el Patrón, o un negativo distorsionado de él…

Me incliné hacia adelante y más luz se filtró alrededor de los contornos de las cosas. Volví a erguirme, y desapareció. Adelante de nuevo, esta vez más lejos que antes…

La luz se extendió, introduciendo varios matices de gris en el esquema de las cosas. Con las rodillas, suavemente, le indiqué a Star que avanzara.

Con cada paso que daba, algo retornaba al mundo. Superficies, texturas, colores…

Detrás mío oí como los demás me seguían. Debajo mío estaba el Patrón, que no revelaba nada de su misterio, pero que adquirió un contexto que, gradualmente, encontró su lugar en la transformación del mundo a nuestro alrededor.

Continuando el descenso de la colina, retornó un sentido de la profundidad. El mar, ahora visible a la derecha, sufrió una mera separación óptica del cielo, con el que momentáneamente estuvo unido en una especie de *Urmeer*, con el agua rodeándonos por todos lados. Bajábamos por una pendiente rocosa y pronunciada que parecía haberse iniciado en la parte posterior de la arboleda hacia la cual nos había guiado el unicornio. Tal vez a unos cien metros más abajo, había una zona perfectamente plana que tenía el aspecto de ser roca sólida, ligeramente oval, de unos doscientos metros a lo largo de su eje mayor. La pendiente por la que descendíamos se desvió hacia la izquierda, recuperando luego su anterior dirección, describiendo un vasto arco, un paréntesis, envolviendo a medias la lisa plataforma. Más allá de su lado derecho no había nada… esto es, la tierra caía en un pronunciado descenso hacia aquel extraño mar.

Y, continuando, las tres dimensiones parecieron reafirmarse una vez más. El sol era el gran globo de oro derretido que vimos antes. El cielo era de un azul más

profundo que el de Ámbar, y no tenía nubes. Aquel mar era del mismo tono azul, limpio de embarcaciones o islas. No vi ningún pájaro, y no escuché ningún ruido que no fuera nuestro. En este día, en este lugar, se extendía un enorme silencio. En el campo de mi visión, que repentinamente fue clara, el Patrón se vio con nitidez en la superficie de abajo. En un principió pensé que estaba marcado en la roca, pero a medida que nos aproximábamos vi que estaba contenido en su interior: remolinos de color oro-rosa, como vetas en un mármol exótico, de apariencia natural a pesar del propósito obvio del diseño.

Tiré de las riendas y los dos se pusieron a mi lado, Random a mi derecha y Ganelón a mi izquierda.

Lo contemplamos en silencio durante largo tiempo. Una mancha oscura, de bordes irregulares, había borrado una parte de la sección que estaba justo debajo de nosotros. Llegaba hasta el centro.

Random finalmente comentó:

—Es como si alguien hubiera afeitado la cima de Kolvir, cortando aproximadamente al nivel de las mazmorras.

—Sí —dije.

—En este caso… si buscamos la congruencia, este sería el lugar donde estaría nuestro Patrón.

—Sí —repetí.

—Y esa zona donde está la mancha indica el sur, de donde viene el camino negro.

Asentí lentamente a medida que la comprensión se asentaba, convirtiéndose en una certeza.

—¿Qué significa? —preguntó—. Parece coincidir con el verdadero estado de las cosas, pero no entiendo qué otro significado puede tener. ¿Por qué nos trajeron hasta aquí para que lo viéramos?

—No coincide con el verdadero estado de las cosas —expuse—. Es el verdadero estado de las cosas.

Ganelón se volvió hacia nosotros.

—En aquella Tierra de sombra que visitamos —donde tú pasaste tantos años—, escuché un poema sobre dos caminos que se separaban en un bosque —comentó—. Acaba así: «Cogí el menos transitado, y aquello marcó la diferencia». Cuando lo oí, pensé en algo que me dijiste una vez —«Todos los caminos conducen a Ámbar»—, y entonces me pregunté, al igual que ahora, en la diferencia que la elección podría marcar, a pesar de la aparente inevitabilidad del fin de aquellos de tu sangre.

—¿Lo sabes? —le pregunté— ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

Asintió, señalando.

—Esa de ahí abajo es la verdadera Ámbar, ¿no es cierto?

—Sí —contesté—. Sí, así es.

FIN